

# LA PORTERA DE LA FÁBRICA

Xavier de Montépin



Lectulandia

Un malvado encargado de fábrica y su avaricia, provoca en la portera y su pequeño hijo un cúmulo de desgracias que atemperan una serie de bondadosos personajes que los rodean. Un drama folletinesco materno filial con final feliz.

**Lectulandia**

Xavier de Montépin

# **La portera de la fábrica**

ePub r1.0

Titivillus 23-04-2018

Título original: *La Porteuse de pain*

Xavier de Montépin, 1884

Traducción: J. Sirvent

Escaneo y OCR: mabalgo

Diseño de portada: mabalgo

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

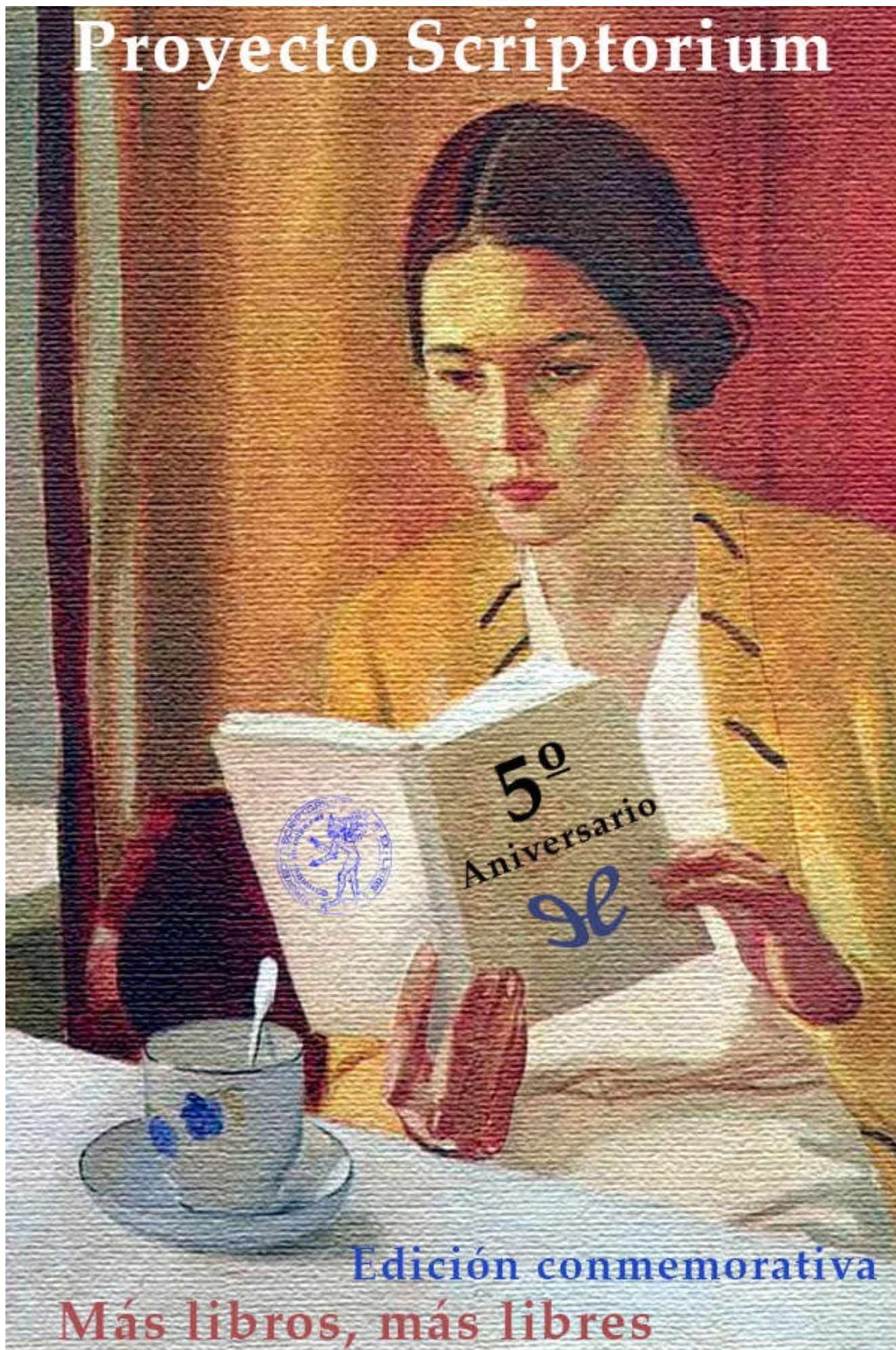
---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



# Proyecto Scriptorium



Edición conmemorativa

Más libros, más libres

# **PRIMERA PARTE - El incendiario**

## CAPÍTULO I

**E**n el momento en que comienza nuestra historia, a las tres de la tarde, de un día de otoño, una mujer de unos veintiséis años de edad camina por la carretera que conduce de Maisons-Alfort a Alfortville. Dicha mujer, modesta, pero correctamente vestida de luto, era de estatura regular, perfectamente formada, guapa más bien que bonita, de una belleza simpática y atrayente.

Sobre su cabeza descubierta brillaba, artísticamente adujado, magnífico cabello, de color rubio aleonado, y longitud y abundancia prodigiosas. Bajo esta opulenta cabellera y en medio de un rostro de mate palidez, brillaban dos ojos grandes, de pupilas de color azul oscuro, sombreados por hermosas cejas. Su boca era pequeña y sus labios, perfectamente dibujados y rojos como cerezas dejaban ver, al entreabrirse, unos dientes de blancura deslumbrante.

Llevaba en la mano derecha un pote de hoja de lata, de asa movable y con la izquierda oprimía la manecita rosada de un niño de unos tres años, que marchaba a paso lento.

Pasaron por delante del fuerte de Charenton y llegaron bien pronto a las primeras casas de Alfortville, penetrando la joven en una pequeña tienda de ultramarinos, cuya dueña le dijo, al verla entrar:

—Buenos días, señora Fortier. ¿Qué es lo que desea usted?

—Un poco de petróleo, si me hace usted el favor.

La dueña del establecimiento hizo un gesto de sorpresa y exclamó:

—¡Petróleo! ¡Otra vez petróleo! Pero, Dios mío, ¿qué hace usted con tanto petróleo? Lo llevó usted ayer mismo.

—El niño, con sus juegos, me ha derramado el pote —respondió la señora Fortier.

—¡Pues ha sido una gracia! ¿Cuánto quiere que le ponga?

—Cuatro litros, para no tener que venir tan a menudo.

La tendera comenzó a medir el líquido, diciendo al mismo tiempo:

—Es un líquido peligroso. ¿Sabe usted que su niño ha podido muy bien incendiar la fábrica? Una cerilla, arrojada sin pensar, hubiera bastado para ello.

—Demasiado lo sé; por eso le reprendí severamente, a pesar de que la infeliz criatura lo hizo sin malicia alguna; pero ya no lo hará más: así me lo ha prometido.

—Esperemos entonces que cumpla su palabra. ¿Y está usted contenta en su nuevo empleo, señora Fortier?

—¿No he de estarlo, señora? En medio de mi desgracia ha sido una verdadera suerte para mí.

—Debe producirlo lo mismo que la costura, con mucho menos trabajo.

—Por supuesto... Y, sin embargo, a no ser por la economía con que vivo, no me alcanzaría lo que gano... ¡Ya ve usted... con dos criaturas!

—Lucía, la niña pequeña, vive con una nodriza, ¿no es cierto?

—Sí señora, allá en Borgoña, en Joigny.



—¿Y cuánto le cuesta a usted?

—Treinta francos mensuales. ¡Ay! Mi pobre marido cuánta falta hacía en el mundo. ¡Y tan bueno... tan honrado... y que tanto me quería! Bien puedo decir que la caldera que, al estallar, lo mató, mató al mismo tiempo mi dicha.

Al pronunciar estas palabras, la señora Fortier pasóse la mano por el rostro para enjugar dos gruesas lágrimas.

—No hay que llorar, hija mía. Otras hay más desgraciadas que usted. Es usted joven, bonita... ya verá usted como el día menos pensado solicita alguien su mano, y usted, de buena gana, se la otorga...

—¡Oh! ¡Lo que es eso, jamás! —interrumpió Juana Fortier, con acento decidido.

La joven salió de la tienda después de pagar el petróleo. El niño, que jugaba a la puerta, cogió, al ver a su madre, el caballito de cartón que llevaba a rastras, y tomó la mano que aquélla le tendía emprendiendo ambos el camino de vuelta hacia la fábrica de que Juana era portera.

Era ésta una buena costurera, que, a la edad de veintidós años, había contraído matrimonio con un honrado obrero, llamado Pedro Fortier, empleado en la fábrica del señor Julio Labroue, el cual había muerto a consecuencia de la explosión de una caldera.

El señor Labroue había ofrecido a Juana el cargo de portera y guardesa de la fábrica, el cual había aceptado aquélla para poder criar a sus hijos, aunque pesarosa de tener que habitar en un sitio donde todo le recordaba la trágica muerte de su esposo.

Durante su regreso a la fábrica, Juana pensaba en todo esto. Caminaba con lentitud, con tristeza, con la vista fija en el suelo, sin oír nada, sin ver nada. De pronto se estremeció. Una voz acababa de pronunciar su nombre por detrás de ella. Aquella voz prodújole sin duda una profunda impresión, pues se frunció su entrecejo y nublóse su semblante; pero no volvió la cara, apretando el paso, en vez de detener su marcha.

—Espéreme, señora Fortier. Yo voy también, para la fábrica; haremos el viaje juntos y le llevaré ese pote, que tan pesado parece.

Jorge había vuelto la cara, y, al reconocer al que hablaba detúvose en firme, a pesar de los esfuerzos de su madre para obligarle a seguir.

—Mamaíta —le decía—, es mi amigo Garaud, el que me regaló el caballito...

Aprovechando aquella detención, Garaud llegó al lugar donde ambos se encontraban, y, después de besar cariñosamente al niño, dijo con amargura a Juana:

—¡Cualquiera diría que le infundo a usted miedo, señora Fortier! ¿Qué motivo le he dado para ello? Me oyó usted perfectamente cuando la llamé por vez primera, y en lugar de esperarme, apretó usted el paso. ¿Es que huye usted de mí?

Juana respondióle con manifiesto embarazo:

—Le aseguro a usted que se engaña. Si apreté el paso fue porque dejé a una obrera encargada de la portería, mientras iba a la aldea y tengo prisa por llegar antes



de que noten su falta.

—No sé si creerla, Juana. Noto que siempre procura usted evitar mi compañía, a pesar de que le consta cuán dichoso, cuán feliz me considero cuando puedo cambiar con usted media docena de palabras. ¿No es cierto, Juana, que le consta?

—Señor Garaud —dijo la joven— no empiece usted a hablarme nuevamente en el sentido que lo ha hecho varias veces: le he dicho ya que me molesta.

—También yo sufro, Juana. La frialdad con que me recibe siempre, la desconfianza que le inspiro causándome inmenso dolor. ¡La amo a usted con toda mi alma! ¡La adoro a usted, Juana! Demasiado lo sabe usted.

—Señor Garaud, cálese usted, se lo ruego...

—¿Por qué, me he de callar? ¿No es cierto lo que digo, por ventura?

—Debía usted recordar que sólo hace cinco meses que murió mi pobre Pedro, al cual llamaba usted amigo.

—Es verdad y no lo olvido; pero ¿es ultrajar su memoria amarla a usted cuando ya es libre? ¿Es ultrajarla el decir a usted: Juana, los hijos de Pedro, que fue mi amigo, serán en lo sucesivo los míos? Razonemos con calma, Juana. El señor Labroue, después de la desgracia, ha nombrado a usted portera de su fabrica; pero esto apenas si le permite a usted malvivir con este niño y pagar la nodriza del otro, que tan cara le cuesta. Con lo que yo gano podríamos vivir bien sus hijos y nosotros. Aparte de que yo tengo grandes proyectos... ¡Quién sabe si algún día seríamos ricos! ¿Porqué, andando el tiempo, no he de llegar yo a ser dueño de una fábrica? Y en ese caso me hallaría en condiciones de hacer mucho por los niños.

Detúvose Juana de repente y, mirando cara a cara a su interlocutor, díjole con voz que la emoción estrangulaba en su garganta:

—Mire, Garaud: ésta es la cuarta vez que, bajo formas diferentes, me habla usted de su amor y de sus esperanzas. No dudo de su sinceridad. Su interés por nosotros me demuestra el afecto que nos profesa. No dudo tampoco de sus honradas intenciones; pero, a pesar de todo, tengo que darle la misma respuesta que siempre: Quiero permanecer viuda; jamás me volveré a casar. He amado demasiado a Pedro para poder amar a otro. Mi corazón era suyo todo entero y se lo ha llevado consigo. Mi corazón está muerto...

Hizo el contraamaestre un gesto de desesperación.

—Pues, a pesar de todo —le dijo con voz ahogada— la adoro a usted, ¡oh, la adoro! Es usted demasiado dura conmigo. Me trata usted sin piedad. Me hace sufrir horribilmente...

—Ya sé que le hago padecer al decirle la verdad —replicóle con voz dulce—. Yo sufro al verle sufrir; pero mi conciencia y mi honradez me obligan, a ser sincera. No piense más en mí.

—¡No pensar más en usted! ¿Acaso es eso posible?

—Es mi deber, Santiago.

Jorge, que durante este largo diálogo había estado jugando con su caballo;

empezó a impacientarse de tan prolongada detención, diciéndole a su madre:

—Vámonos, mamaíta, que me aburro. Acompáñanos tú, Santiago.

Dio la mano al contraamaestre y los tres reanudaron la marcha, recorriendo algunos pasos sin pronunciar una palabra. Santiago iba sombrío. De repente dijo a Juana:

—Deme usted ese pote; yo se lo llevaré.

—No, mil gracias; ya vamos a llegar; además, que no pesa mucho... además, que no pesa mucho... cuatro litros de petróleo.

El contraamaestre no pudo contener un movimiento de sorpresa y preguntóle:

—¿Pero se alumbrá usted con petróleo?

—Sí, señor; es mucho más barato, y ya sabe usted que tengo que tener la luz encendida toda la noche en la portería.

—Sin duda; pero el petróleo es peligroso; sumamente peligroso y, si el señor Labroue se entera de que hace usted esa pequeña economía no le agradará ciertamente. No quiere que entre en su fábrica una sola gota de aceite mineral.

—Lo ignoraba en absoluto —dijo Juana pesarosa—. Pero desde mañana me alumbraré con aceite ordinario. No quiero disgustar a mi patrón.

En esto habían llegado a la fábrica, cuya alta chimenea descollaba orgullosa sobre los techos de los talleres, arrojando al aire un inmenso penacho de humo gris. La puerta estaba cerrada y Juana se adelantó para llamar.

—Permítame usted una última palabra —dijo Santiago.

—Diga usted.

—Fíjeme usted una fecha, por muy remota que sea, pero no me deje sin esperanzas.

—Imposible, Santiago.

—¿Ni eso siquiera? —exclamó furioso el contraamaestre.

Asustada la joven por el cambio operado en la fisonomía y en la voz de su interlocutor, dirigióse presurosa hacia la puerta; pero él cerróle el paso, diciéndole con tono amenazador:

—Si me quita usted toda esperanza, no respondo de mis actos.

Deseosa Juana de desembarazarse del contraamaestre, que le inspiraba miedo realmente, le dijo:

—Mas adelante...

—¿Lo dice usted de verdad?

—Sin duda alguna.

—¡Oh! ¡Cuánto agradezco esas palabras! Ellas me darán fuerza y valor.

Una mujer que salió del edificio, la dijo:

—Me alegro que haya usted vuelto pronto, porque si me echan de menos... —díjole, al verla, la obrera.

—Sí, sí; márchese pronto, Victoria, y gracias por el favor.

Abrió Juana la puerta de una alacena y colocó sobre una de sus tablas el pote del

petróleo, diciendo en alta voz:

—Aquí no podrá derramarlo este pícaro.

Tendióle la mano Santiago, y como vacilara ella en tomarla, preguntóle aquél:

—¿Me aborrece usted, por ventura, hasta ese extremo?

—No por cierto; pero le quisiera rogar...

—Pierda usted cuidado que no volveré a decirle nada que le desagrade; sólo le ruego que no olvide que me ha dado una esperanza. Ella me dará fuerzas para luchar y un día volveré a decirle: no es tan sólo mi ternura lo que le vengo a ofrecer; es, además, la fortuna para usted y para sus hijos. ¿Consentirá usted ese día en ser mi esposa?

—Por mis hijos... ¡Quién sabe! —balbuceó Juana emocionada.

—Hoy no le pido a usted más: me basta sólo con eso. ¿Quiere usted darme la mano?

Juana se la alargó y él estrechóla con afecto entre las suyas, alejándose después.

## CAPÍTULO II

**F**risaba el contraamaestre en los treinta años de edad, y era un hombre robusto y vigoroso. Aunque perfectas, sus facciones carecían de distinción. Su grueso labio inferior revelaba en él un temperamento sensual, y violentas pasiones.

Era Garaud un obrero mecánico de primer orden, exacto y concienzudo en su trabajo, y llevaba ya seis años en la fábrica en calidad de contraamaestre. Su patrón, que además de industrial era inventor, no se desdeñaba de consultarle ciertos asuntos, porque Garaud tenía ideas ingeniosas y prácticas sobre todo.

Santiago conocía sus aptitudes naturales y consagraba muchas veces buena parte de la noche al estudio de libros especiales. Su ambición era muy grande y sus esperanzas aún mayores, y soñaba siempre con grandezas. Atraíanle los goces materiales de la vida, únicos que conocía, y se había propuesto ser rico a toda costa...

Al jurar a Juana que la amaba, no había mentido. Sentía, en efecto, por la viuda de Pedro Fortier una pasión sincera y violenta; una de aquellas pasiones que ante nada retroceden, cuando se trata de conseguir el fin apetecido; pero que se extinguen tan pronto como dicho objeto se ha logrado. Las últimas palabras de Juana habían engendrado en su alma una sensación de inefable alegría.

Dirigióse Santiago hacia el despacho del propietario de la fábrica, el ingeniero Julio Labroue, que se hallaba situado en un pabellón próximo a las oficinas de contabilidad y a la caja, y lindaba con los talleres de fabricación, en el que tenían empleo todo el año sesenta o setenta obreros.

El dueño vivía en la misma fábrica, en el primer piso del pabellón. La puerta de su despacho caía precisamente enfrente de la ventanilla de la caja, de la que sólo lo separaba un corredor. Al fondo de dicho corredor existía una escalera que conducía al departamento del señor Labroue. Santiago llamó discretamente a la puerta y, al no obtener contestación, llamó, por segunda vez, con más fuerza. Al oír llamar el cajero, asomóse a la ventanilla y, al reconocer a Garaud, le dijo:

—Es inútil que llame usted: el señor Labroue ha salido. ¿Puedo yo reemplazarlo?

—No, señor Ricoux: tengo que hablarle de asuntos relativos al trabajo. Lo que sí le agradeceré es que, cuando regrese, le diga usted que yo ya estoy de vuelta.

## CAPÍTULO III

**E**l ingeniero Julio Labroue era un hombre de unos cuarenta y cinco años de edad, y tenía aspecto de militar en traje de paisano, aunque jamás había servido en el ejército, y un semblante inteligente. Aunque de natural bondadoso, había aprendido, en la Escuela Politécnica a respetar la consigna y tenía montada militarmente su fábrica.

Cinco años antes, Julio Labroue había perdido a su joven esposa, al dar a luz un niño. Esta muerte prematura impresionó vivamente al ingeniero, y todos los que le rodeaban sufrieron sus consecuencias. Herido en el corazón, tornóse áspero, brusco, brutal a veces.

Su pequeño hijo Luciano vivía al cuidado de una hermana de Labroue, viuda de un comerciante de vinos, que vivía modestamente en Blaisois. Todos los meses abandonaba la fábrica Labroue para ir a pasar cuarenta y ocho horas con su hijo, a quien adoraba y para quien vivía exclusivamente.

Cuando regresó a la fábrica, el ingeniero Labroue mandó llamar a Garaud. Lo introdujo en su despacho, y apenas se hubieron sentado le dijo:

—O mucho me equivoco, Santiago, o he descubierto algo maravilloso... ¡una fortuna!

—¡Una fortuna! —exclamó el contraamaestre en cuyos ojos brilló un relámpago de codicia.

—Sí —respondió el ingeniero—. El perfeccionamiento de un sistema que usted debe conocer. Tenemos que hablar, Santiago. Usted me inspira una confianza sin límites, al par que una gran afección. Ahora necesito de usted para sacar adelante un nuevo invento. Usted estaba colocado en una fábrica suiza antes de entrar mi casa, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—Y conoce usted sin duda las máquinas para torneear que se construyen para América...

—¡Ya lo creo! Como que yo mismo he perfeccionado una máquina de precisión que contribuyó no poco a enriquecer a mi antiguo patrón. Pero me atrevo a decir a usted que sobre máquinas de torneear se ha dicho ya la última palabra.

—Sobre las de torneear superficies planas, sí.

—Es que es imposible construir tornos capaces de torneear superficies redondas. Yo mismo he estudiado el problema.

—Usted olvida, sin duda, que hemos borrado la palabra imposible de nuestro diccionario. Difícil, sí; imposible, no. Lo que yo he inventado ha sido precisamente una máquina de torneear los contornos.

—Si no se forja usted ilusiones —dijo el contraamaestre, abriendo desmesuradamente los ojos—, ganará usted muchos millones, porque se las quitarán a usted de las manos.



—También yo creo que si venzo legaré una fortuna a mi hijo, que es para quien yo trabajo. Pero no quiero ser egoísta; voy a confiarle a usted mis planos; los estudiaremos juntos, y, si los encuentra usted bien, pondremos manos a la obra, teniendo muy buen cuidado de mantener en el mayor secreto un invento que nos enriquecerá y que a la menor indiscreción podrían robarme.

—En mí puede usted tener una fe ciega, señor.

—Lo sé y precisamente por eso le asocio a usted a mi negocio desde hoy, dándole el 15 por 100 de los beneficios que dejen las máquinas de tornear que vamos a construir.

Un relámpago de codicia brilló de nuevo en las pupilas del contraamaestre.

—¡El quince por ciento!

—Sí, amigo mío; y aumentaré dicho tanto por ciento al veinte si los beneficios superan la suma de trescientos mil francos, previa la firma del oportuno contrato que garantice los intereses de usted. Mire los planos.

Abrió Labroue una caja de caudales, tomó de ella un cofrecillo de hierro, sacó unos papeles que desarrolló y extendió encima de la mesa.

—He aquí el sistema —dijo tocando con el dedo aquellos complicados dibujos.

Santiago los devoraba con la vista. El ingeniero prosiguió:

—Ahora voy a explicárselo todo.

A medida que adelantaba su explicación, pintábase en el rostro de Garaud el más franco entusiasmo: sus ojos despedían fuego. Cuando hubo terminado Labroue, exclamó el contraamaestre:

—¡Es admirable, señor! ¡Es la realización de lo imposible!

—¿Cree usted, pues, en un éxito probable?

—Probable, no; asegurado.

—Pues bien: mi labor ha terminado; ahora empieza la de usted: Manos, pues, a la obra.

—Primero tengo que estudiar despacio todos los detalles, a fin de hacer forjar o fundir los modelos.

—Puede usted estudiarlo con calma. Venga usted todos los días a mi despacho, que yo le dejaré los planos durante dos o tres horas. No me atrevo a que salgan de aquí, porque toda precaución me parece poca.

—Lo comprendo perfectamente. Vendré todos los días a dibujar mis modelos y, si hay que introducir alguna modificación, ya se lo indicará a usted.

—Convenido: trabajaremos juntos, Santiago. ¿Está usted satisfecho del porvenir que le preparo?

—Creo que ningún patrón procedería conmigo como usted. Mi reconocimiento será eterno.

—Ahora que es usted mi socio, es preciso que redoble su actividad y su celo y que se muestre usted severo en los talleres. Al que infrinja el reglamento, a la calle sin compasión. Haga el favor, al salir, de decir al muchacho que avise a la señora

Fortier.

—Perfectamente.

Como el muchacho no estaba, fue Santiago en persona a llamar a Juana.

—Señora Fortier —le dijo—; dice el amo que vaya usted a verle.

La joven se echó a temblar.

—¿Le ha hablado a usted de mí? —preguntóle con angustia.

—Sí; de fijo la reñirá; escúchele usted sin contradecirle, que esto lo irritará más, y, suceda lo que quiera, acuérdesse usted de lo que hablamos hace un rato y de que tendrá siempre en mí un amigo verdadero.

—Que haga lo que le parezca. Yo tengo mi conciencia tranquila.

Cerró Juana la portería, dejando dentro a su hijo, y se dirigió al despacho del patrón, mientras Santiago, que parecía preocupado, atravesó los talleres y penetró en una pequeña pieza, que le estaba reservada, donde se dejó caer en una silla sujetándose la cabeza con ambas manos.

—¡Cierto! El patrón no se engaña. Es una verdadera fortuna. Lo que yo busqué tanto tiempo lo ha encontrado él. Si el invento fuese mío, yo ganaría millones. Pero para ello necesitaría capital y yo no lo poseo. La tentación es muy fuerte. ¡Quince por ciento...!, ¡veinte por ciento...!, ¿y qué es eso, pudiendo tenerlo todo? Entonces sería rico y Juana no me rechazaría. ¡Ojalá la expulse el patrón! Así se vería en la calle, sin recursos, y tendría que recurrir a mí.

Juana, entretanto, presa de una turbación bien fácil de comprender, penetró, previo permiso, en el despacho del patrón.

—¿Me ha llamado usted, señor?

—Sí, señora —respondió el ingeniero con voz ruda—. Necesito saber por qué se ausentó usted esta tarde dejando en la portería a una obrera, cosa terminantemente prohibida por el reglamento. Ocupa usted un puesto de confianza, que exige una vigilancia activa y una energía a toda prueba.

—Señor, si he salido ha sido para asuntos relacionados con el buen orden de la fábrica: he ido a comprar combustible para las lámparas —dijo Juana con los ojos arrasados en lágrimas—. Yo no he solicitado este puesto —añadió con dignidad—. Usted me lo ha ofrecido para ayudarme a vivir al faltarme mi marido, que murió al servicio de usted. Acéptelo por evitar la miseria; pero si usted está arrepentido de habérmelo dado, yo lo estoy a mi vez de haberlo aceptado, porque usted me dirige duros cargos, que yo no creo merecer.

—¡Cómo! —exclamó el ingeniero—. ¿Se atreve usted a afirmar que no ha infringido el reglamento?

—He rogado a una joven, que trabaja a destajo, que me reemplazase en la portería durante una hora; y como esa mujer es dueña de su tiempo, ¿qué falta ha cometido?

—Usted lleva la cuestión a otro terreno —dijo el ingeniero irritado—. Es a usted, exclusivamente, a quien yo he confiado la custodia de mi fábrica; de suerte que, durante las horas de trabajo, no debe usted abandonar su puesto.

En aquel momento entró en la estancia el cajero, con algunos documentos, y al ver a la portera, dijo, al irse a retirar, al ingeniero:

—Ya que está aquí la señora Fortier, tenga, señor, la amabilidad de decirle que está terminantemente prohibido introducir petróleo en la fábrica.

—¡Petróleo! —exclamó Labroue, dando un salto—. ¡Petróleo aquí!

—Sí, señor. Esta señora se alumbra con aceite mineral. Ayer sentí junto a la portería un fuerte olor a petróleo derramado.

—¿Se atreverá usted a negar que esto es una infracción flagrante del reglamento? —preguntó furioso Labroue.

—Yo lo ignoraba, señor.

—¡Es imposible!

—Yo jamás miento, señor. Aparte de que, ¿para qué me serviría mentir, cuando veo que la medida está colmada?

—Tiene usted mucha razón. Búsquese usted otro empleo, porque para fin de mes queda usted despedida de la fábrica.

—¿De suerte que me echa usted? —dijo Juana conteniendo sus sollozos—. Mi marido trabajó para usted toda su vida, murió por servirle a usted en su puesto, lo mismo que un soldado; ¡y la recompensa es echarme! ¿Qué será de mí y de mis hijos? ¡Pero a usted qué le importa eso! Cuidado, sin embargo, señor, no sea que mi salida le traiga a usted la desgracia.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Labroue.

—¡Desdichada! —exclamó el cajero—. Eso es una amenaza.

—No, señor —dijo Juana sollozando—. Yo no amenazo a nadie. He faltado a mi deber y recibo el castigo merecido. Me marcharé, señor; no esperaré a fin de mes para abandonar la fábrica; lo haré dentro de ocho días. Haga usted el favor de buscar quien me reemplace.

Labroue, a pesar de su rudeza, sintióse emocionado.

—Se equivoca usted, hija mía —le dijo con dulzura—. Yo no la despido a usted. Es que cometí un error al poner una mujer en puesto que debe ser desempeñado por un hombre; ¿no lo comprende usted misma?

—Debió usted pensarlo antes.

—Es cierto; pero mi deseo de favorecerla a usted me impidió reflexionar. Quédese usted hasta fin de mes, que de aquí a entonces, yo le buscaré un empleo más en armonía con su carácter y aptitudes.

—No, señor, no —insistió ella—. Dentro de ocho días me iré. Así como así, esta casa era un infierno para mí. En ella encontró la muerte mi marido y yo sólo he hallado penas. Me marcharé...

Y cubriéndose con ambas manos el rostro, precipitase Juana fuera del despacho.

—¡Pobre joven! —dijo el ingeniero al verla atravesar el patio—. Cuánto siento lo ocurrido. He revivido sus penas. Se necesita estar loco para dar a una mujer el cargo que le confié.

—Usted se dejó arrastrar por sus buenos sentimientos.

—Quise cumplir un deber, pagar una deuda sagrada: la deuda del patrón con la vida de un obrero, muerto su servicio. Pero todo se arreglará buscándole yo un destino allá, al lado de mi hermana.

—Señor, tenga usted cuidado. Esta mujer amenaza a cada instante —observó el cajero—. No me gusta ni su manera de hablar, ni su actitud.

—Usted exagera, Ricoux. Esta pobre mujer es viuda y madre de familia. Su marido murió en mi fábrica, aunque fuese por una imprudencia suya, y algo debo yo hacer en su favor; así que, si no logro colocarla al lado de mi hermana, le señalaré una pensión para que pueda vivir mientras no encuentre trabajo.

Y cambiando de conversación, añadió el señor Labroue:

—¿Tiene usted listo el balance?

—Sí, señor; voy a traérselo.

—Qué manía tan especial es la de usted, querido Ricoux. Resulta así que yo soy el cajero de mi cajero. ¿Por qué no guarda usted el dinero en su caja?

—Ya le he dicho a usted, señor, que la responsabilidad me aterra. Como no duermo en la fábrica, no quiero responder de nada. Si le roban a usted de noche, yo lo deploraré, pero no tendré que reprocharme nada, ni usted podrá hacerme cargo alguno. Así estoy yo tranquilo.

—Bueno, traiga usted los fondos.

Salió Ricoux y regresó a los pocos instantes con el dinero, que encerró el señor Labroue en su caja particular, como hacía todas las noches. Oyese el toque de la campana, que anunciaba que se iban a cerrar los talleres.

Entretanto, esperaba Juana para cerrar la puerta a que le trajesen las hojas de revista. Diez minutos más tarde, apareció Santiago Garaud.

—Aquí tiene usted las hojas —díjole colocándolas sobre una mesita—. ¿No ocurre nada nuevo?

—Nos vamos de la fábrica —respondió Juana secamente.

—¡Que se van ustedes de la fábrica! —exclamó el contraamaestre estremeciéndose—. Sucedió lo que temía. El amo le ha regañado a usted... usted le ha contestado... él se ha encolerizado y...

—¡Y me ha puesto en el arroyo! Ha estado brutal conmigo. Yo me he rebelado contra los reproches que me ha dirigido, motivados, no lo niego; pero que bien pudo formularlos con menos dureza... en fin, para resumir, que dentro de ocho días abandonaré la fábrica.

—Pero ¿adónde irá usted, criatura? ¿Qué hará usted dentro de ocho días?

—¿Que adónde iré? No lo sé. ¿Que qué haré? Pues, trabajar... trabajar cuanto mis fuerzas me permitan para ganar mi pan y el de mis hijos.

—Veamos, Juana: no quiera usted agravar una situación ya difícil de por sí. El amo puede arrepentirse de una determinación adoptada en un momento de arrebato.

—Es que yo me quiero ir.

—Pero ¿lo dice usted en serio?

—Y tan en serio como lo digo: ahora soy yo la que me quiero marchar.

—Entonces no la veré a usted, Juana...

—¡Mejor! No ha mucho le decía que, dejando de verme, se olvidaría usted de mí.

—Y yo le contesté a usted que su amor era mi vida, y que me sería más fácil dejar de respirar que de amarla. No sea usted chiquilla, Juana. Mañana hablaré yo con el amo y le rogaré que vuelva de su acuerdo.

—Usted no hará tal cosa, porque yo se lo prohíbo.

—Pero entonces se verá usted en la miseria, Juana. Usted conoce el amor que le profeso y le repito lo que le decía esta mañana: Yo la amo a usted, Juana... yo la amo a usted con locura... ¿por qué no vivir juntos?

La joven se irguió indignada y exclamó con dignidad:

—¡Vivir con usted! ¡Ser su amante de usted...! ¡Para hacerme semejante proposición es preciso que me desprecie usted mucho!

—Por todo lo que hay para mí de más sagrado en este mundo, por mi honor, por el honor de mi madre, que ya es muerta, le juro a usted que será mi esposa.

Interrumpiese Santiago para acariciar al pequeño Jorge, que se le había abrazado a las piernas, y prosiguió después con exaltación:

—Juana, mi querida Juana... reflexione usted y no sea niña. Lo que le propongo es la vida, es la felicidad de estos pequeños seres que usted ama y que yo también amaré con toda mi alma. El rechazarme a mí significará la miseria para usted y para ellos. Todos sabemos lo que puede producir el trabajo de una mujer.

— Es usted una tentación. Procura usted recargar exageradamente de sombras el cuadro de mi porvenir para aterrorizarme... para hacerme vacilar...

—Me limito a decirle a usted la verdad, tal como es. Pero la salvaré a usted, aunque sea mal de su grado. Usted será mi mujer.

—¡Dios mío! —exclamó Juana retorciéndose las manos entre sollozos—. ¡No se apiadará de mí... no pondrá freno a su lengua... no se marchará de una vez!

—Me marchó para demostrarle a usted mi ternura; pero no cesaré de pensar en usted... de ocuparme de usted... de hacer su felicidad necesaria y segura.

Partió Santiago, y Juana se dejó caer en una silla, presa de una agitación terrible.

—Tiene razón —decía hablando consigo misma— muchísima razón. ¿Cómo podré con el trabajo de mis manos pagar la nodriza de Lucía? ¿Cómo criaré a esta criatura? El porvenir es espantoso. Santiago me ofrece la paz... la tranquilidad... el bienestar... Pero para ello sería preciso violar el juramento que hice a mi pobre Pedro en su lecho de muerte, y eso sería odioso... indigno... No, no... suceda lo que suceda, no cederé jamás.

Presentóse entonces para salir el señor Labroue. Abrióle ella la puerta, sin pronunciar una palabra, y volvió a entrar en sus habitaciones. Jorge jugaba en un rincón con su caballo y unos soldados de plomo. El cochero salió también algo después. Juana quedó sola en la fábrica.



## CAPÍTULO IV

**N**i el cochero ni el cajero ni el primer contraamaestre pernoctaban en la fábrica. La cuadra, en la que había alojados tres caballos, hallábase aislada de los otros edificios. Así, pues, durante la noche sólo quedaban dentro de la fábrica Juana y el ingeniero. Éste no se ausentaba más que para ir a ver a su hijo o cuando los negocios de la casa exigían su presencia en provincias. Llevaba siempre consigo un llavean de la puerta de escape, para entrar cuando lo estimase conveniente, y tenía dada orden a Juana de que no le esperase nunca.

Al día siguiente, reanudase como de costumbre la vida activa de la fábrica. A las nueve presentóse Santiago en el despacho del señor Labroue, y empezó a estudiar minuciosamente, con él, el proyecto de la máquina de torneear. La jornada transcurrió sin incidentes dignos de especial mención. Al retirarse por la noche Santiago, estrechó fuertemente la mano de la viuda.

El contraamaestre Garaud tenía su domicilio muy lejos de la fábrica: vivía en una habitación alquilada en una casa de Alfortville, cerca del camino de Créteil, necesitando veinticinco minutos para trasladarse a ella. Comía en una taberna, donde se reunían por la noche gran número de obreros de la fábrica. Aquella noche no fue Santiago a su restaurante. Al salir de los talleres, habíase trasladado a las orillas del Marne, en busca de soledad, caminando con paso desigual y vacilante.

Acostase a medianoche sin cenar, y a la mañana siguiente, cuando llegó a la fábrica, una fiebre violenta abrasaba su sangre. Una palidez mortal cubría su semblante y sus ojos brillaban con siniestro resplandor. Trémulo, vacilante, detúvose a la puerta de Juana, la cual, al verlo, le dijo:

—¿Qué tiene usted, señor Garaud?

—No es nada, señora Fortier —balbució Santiago con voz apagada—. Quisiera decirle a usted... Pero no... vale más dejarlo para luego... Esta tarde... Ahora voy a los talleres —añadió, prosiguiendo su camino.

Prestó Garaud su servicio habitual, ocultando a todos, a fuerza de energía, la turbación que le dominaba. Cuando, por la tarde, entró, por segunda vez aquel día, en el despacho del ingeniero, éste se hallaba escribiendo y dijo al contraamaestre:

—Santiago, puede usted empezar los dibujos de los moldes, mientras yo termino esta carta, que me corre mucha prisa.

Al intentarlo Garaud, vio que sus manos temblaban, que sus ojos carecían de la claridad de percepción habitual, y tuvo que esperar un rato, antes de comenzar. Entretanto, entró el cajero, diciendo:

—Acaban de regresar del Banco, señor.

—¿Y han cobrado? —preguntó el ingeniero levantando la cabeza.

—Sí, señor, aquí le traigo el importe de la factura.

—Hágame usted el favor de volver dentro de un rato... Déjeme concluir esta carta.

El cajero salió, pero Santiago habíase estremecido al escuchar estas palabras: Aquí le traigo el importe de la factura. Sus dedos se agarrotaron aún más y sus pupilas agitáronse por una contracción nerviosa. Al cabo de un cuarto de hora, llamaron nuevamente a la puerta.

—¡Adelante! —gritó con impaciencia el ingeniero.

—Señor —dijo Juana, presentándose en la puerta— un telegrama para usted.

—Gracias —dijo Labroue tomando el papel azul. Salió Juana, y al leer el telegrama el ingeniero lanzó una exclamación dolorosa y palideció intensamente.

—¡Luciano enfermo! —exclamó—. En peligro, puede ser. ¡Ay, Dios mío! —Y dirigiéndose al contraamaestre añadió—: He recibido un telegrama de mi hermana en el que me comunica que mi hijo se encuentra enfermo. Yo me marcho ahora mismo. Recoja usted los dibujos y los planos y démelos en seguida, que voy a guardarlos en la caja.

—Sí, señor; voy al momento —replicó el contraamaestre, en cuyo contraído semblante brilló un rayo de alegría.

Tiró Labroue del cordón de la campana, para que acudiese la portera, y llamó desde la puerta al cajero, que se presentó en seguida.

—Ricoux —le dijo— un telegrama de mi hermana exige mi presencia al lado de mi hijo enfermo. Voy a partir al instante. Haga usted el balance de caja; quédese con la suma que necesite y tráigame usted el resto.

—Voy al momento, señor.

Ricoux salió y Juana entró en el despacho.

—Dígale usted al chófer —le dijo el señor Labroue— que prepare el coche, y vuelva usted en seguida a recibir instrucciones.

Juana regresó al cabo de breves instantes. Santiago seguía en el despacho arreglando con calma los papeles. El cajero había vuelto a entrar y estaba entregando cuentas.

—No me espere usted hasta dentro de dos días, lo más pronto —respondió el ingeniero—. Hoy es miércoles, ¿no es cierto? Pues suponiendo que no me detenga más tiempo la enfermedad de mi hijo, no estaré de regreso hasta el sábado por la mañana.

Juana contempló a Santiago y notaba en su semblante una expresión extraña. Avanzó el contraamaestre hacia el señor Labroue y, alargándole los papeles que acababa de ordenar, le dijo:

—Aquí tiene usted, señor, los dibujos y los planos.

Colocalos el ingeniero en el cofrecillo, donde los guardaba siempre, y encerró después éste dentro de la caja de caudales.

—A mi regreso —dijo a Garaud— continuaremos estos trabajos.

—Perfectamente, señor. ¿Tiene usted algo que ordenarme o alguna recomendación que hacerme?

—Sí, espérese usted un momento.

Y volviéndose hacia Juana, prosiguió:

—Señora Fortier, le recomiendo a usted que, durante mi ausencia, no descuide un solo instante la vigilancia que le ha sido confiada. A mi regreso me ocuparé de usted. Tenga usted la seguridad de que no la dejaré sin colocación; y olvide usted para siempre lo que pasó entre nosotros, como lo he olvidado yo.

Asombrada Juana por aquella inesperada amabilidad, no supo qué contestar.

El señor Labroue prosiguió:

—Haga el favor de prepararme una maleta con alguna ropa blanca, y sáqueme un gabán de entretiem po y la manta de viaje.

Dio a Garaud y a Ricoux sus últimas instrucciones y, cinco minutos después, dirigióse hacia la estación del ferrocarril, no sin volver a recomendar a Juana, antes de partir, la más escrupulosa vigilancia y cuidado durante su ausencia.

Aquella noche salió el contra maestre, como de costumbre, el último, trayendo a la viuda las hojas de revista para el día siguiente.

—Buenas noches, Juana —dijo, echando las hojas encima de una mesa.

Dirigióse a la puerta, pero la joven le detuvo preguntándole:

—¿Qué quería usted decirme esta mañana, señor Garaud?

—Quería decirle a usted muchas cosas —respondió Santiago estremeciéndose.

—Pues dígamelas usted.

—No... he estado reflexionando... aún es pronto... no me atrevo...

—¡Que no se atreve usted!

—No... Prefiero decírselo a por escrito.

Juana encontró las palabras del contra maestre no menos extrañas que su fisonomía.

—Casi me causa usted miedo —murmuró—. ¿Por qué está usted tan sombrío?

—No me pregunte usted nada, de momento por lo menos, y respóndame a una pregunta que le voy a dirigir...

—Sepamos de qué se trata.

—¿Ha pensado usted con calma en lo que le dije ayer acerca de su situación?

—Sí, ya he pensado en ello.

—¿Y consiente usted, al fin, en lo que le proponía?

—Cuando me haya comunicado usted lo que no quiere, lo que no se atreve a decirme hoy...

—¡Basta! —interrumpióla Garaud—. Mañana se habrá decidido la suerte de los dos.

—¡Mañana! ¿Por qué mañana?

—No me interrogue usted, porque no he de responderle. Un día transcurre pronto y, sin embargo, en pocas horas pueden ocurrir muchas cosas.

Despidióse Santiago bruscamente, fue a cenar a la taberna donde solía hacerlo siempre, y jugó después a los naipes, con sus camaradas, hasta las diez de la noche, que se despidió de ellos.

## CAPÍTULO V

**L**os obreros entraron como de costumbre. Garaud llegó de los primeros, pero ocupada Juana en hacer firmar la lista no lo vio entrar, no obstante estarlo acechando.

Las palabras enigmáticas del contraamaestre y, sobre todo, lo extraño de su proceder y de su aspecto, produjeron a Juana una viva preocupación, deseando volverle a ver para cerciorarse de que había recobrado su calma habitual. El pensar, sin querer, constantemente en Santiago, habíala puesto tan agitada y febril que muchas personas le preguntaron qué tenía.

Ella seguía trajinando de un lado para otro, cuando de repente pensó:

—¿Para qué dejar el petróleo, que es mío, en un pote que pertenece a la fábrica? Voy a envasarlo en botellas que me llevaré el día que me marche y me servirá para alumbrarme en mi casa.

Puso manos a la obra y, apenas hubo llenado la primera botella, llamaron a la puerta. Salió a abrir y entró el cajero, quien, después de cerrar tras de sí la puerta y de contestar apenas los buenos días de la joven, dirigióse hacia el pabellón donde estaban las oficinas. Pero al pasar por el lugar donde Juana estaba haciendo el transvase ya aludido, detúvose de repente y exclamó con voz severa:

—¡Otra vez manipulando con petróleo, señora Fortier!

—No le extraña a usted, señor. Este petróleo es mío, y al irme, me lo llevaré conmigo para alumbrarme en mi casa, donde seré muy libre para hacerlo y no habrá temor alguno de que pueda incendiarse la fábrica —respondióle Juana con sequedad.

Ricoux murmuró entre dientes:

—Hay que estar siempre prevenidos. Hay gente muy mala en el mundo. Existen personas rencorosas que gozan con hacer mal.

Estuvo trabajando normalmente en la fábrica durante todo el día. Al anoecer dijo a Santiago:

—Las seis. Aún tengo que estar aquí una hora... Me sobra tiempo para escribir a Juana.

Al dar las siete, hizo sonar la campana que anunciaba el cese de los trabajos y guardóse en el bolsillo la carta que acababa de escribir. Juana, de pie en el umbral, veía salir, unos tras otros, a los obreros, mientras su hijo se entretenía jugando con eterno caballito de cartón.

Los últimos obreros abandonaron la fábrica. Salió después Ricoux. No quedaba ya dentro más que Santiago, cuya salida esperaba Juana con tanta ansiedad como impaciencia. Las últimas palabras pronunciadas la víspera por él no se apartaban ni un instante de su pensamiento.

—Mañana se habrá decidido la suerte de los dos —habíale dicho—. Un día transcurre pronto y, sin embargo, en pocas horas pueden ocurrir muchas cosas.

Al cabo de un cuarto de hora vio venir a Santiago, quien cerró tras sí las puertas,

atravesó el patio, trayendo en las manos las hojas de revista, y se dirigió a la portería. Un escalofrío de emoción recorrió todos los nervios de Juana. Garaud avanzaba lentamente. También él parecía presa de gran turbación, de una profunda ansiedad.

Al encontrarse el uno frente al otro, miráronse sin pronunciar una palabra. Nada tan embarazoso como aquel silencio. Juana rompiólo primero, preguntándole, con voz temblorosa y sólo por decir algo:

—¿Qué trae usted, las hojas de revista?

—Sí —contestó Santiago—. Las hojas... y esto, además.

Y le señaló la carta que venía entre los papeles.

—¿Esto...? —repitió Juana.

—Sí... mi carta...

—Pero ¿para qué escribirme, cuando puede usted hablarme?

—Ya se lo expliqué a usted ayer —respondió el contraamaestre—. Hay cosas que se escriben fácilmente y se dicen con gran dificultad... Tome usted esa carta y, cuando yo me haya marchado, léala usted. Léala usted pronto y reflexione sobre su contenido más pronto todavía. Su felicidad de usted, la de sus hijos y la mía dependen de su resolución.

Y, sin esperar más, salió rápidamente, dejando a Juana confusa y temblorosa. Cerró la puerta de la calle, volvió a entrar en sus habitaciones y, sin vacilar un momento y presa de una febril ansiedad, abrió la carta y leyó:

*«Queridísima Juana de mi alma:*

*»Ayer le dejé a usted entrever la esperanza de un cercano porvenir de felicidad y riquezas para usted y para sus hijos. Ahora puedo prometérselo de una manera inmediata y positiva.*

*»Mañana seré rico, o tendré, por lo menos, en mis manos los medios de labrarme una gran fortuna. Seré dueño de un invento que producirá incalculables beneficios. ¡Basta de necios escrúpulos, Juana! Piense usted en sus hijos, que pasarán a ser míos, y esta consideración le dará a usted el valor de que carece.*

*»La esperaré a usted, con el pequeño Jorge, esta noche a las once en el puente de Charenton, y los conduciré a un lugar seguro, desde el cual partiremos mañana hacia el extranjero, donde seremos ricos y dichosos.*

*»Abandone usted sin dolor esa casa de donde la arroja su dueño, y véngase usted conmigo, que la amo y no la abandonaré jamás.*

*»Si no acude usted a mi cita, ignoro hasta qué extremos podrá la desesperación impelerme...*

*»Pero usted acudirá; estoy seguro de ello...*



—¿Qué significa esto? —murmuró Juana, estupefacta—. ¡Santiago pierde la cabeza! ¡Sus delirios de ambición los toma por realidades! ¿Qué invención es ésta, que según él, puede producir sumas enormes? ¡Que me aguarda en el puente de Charenton...! A menos que no trate de tenderme un lazo. Sabedor de la suerte que me espera, se habrá imaginado quizás que el cebo del dinero me va a arrojar en sus brazos.

Estrujó la carta entre sus manos y la arrojó con coraje contra el suelo. El niño, al verla rodar hasta un rincón, cogióla con viveza y la introdujo en el vientre de su caballo de cartón, por un orificio que, jugando, momentos antes le abriera.

La noche, entretanto, había cerrado, y Juana había encendido los reverberos que alumbraban el patio de la fábrica. El tiempo estaba caluroso, la atmósfera pesada, y silenciosos fusilazos rasgaban a cada instante, el cielo.

Juana cenó con su hijo, y a las nueve y media dormía ya tranquilamente Jorge en su camita, rodeado de sus juguetes, que, por una manía infantil, subía consigo al primer piso todas las noches.

Juana tenía la costumbre de pasar una ronda, entre diez y media y once, antes de irse a acostar, y esperaba, trabajando, que llegase dicha hora. La tormenta prevenida acercábase a pasos agigantados. A los fusilazos, cada vez más frecuentes, sucediéronse los truenos lejanos, cuyos ecos repetían las nubes; no tardando en desencadenarse un fuerte viento, cuyas impetuosas rachas azotaban con fuerza los edificios de la fábrica.

Juana se puso a trabajar pensando en Santiago. Cuanto más vueltas le daba a la cuestión, más firmemente creía que el contramaestre representaba una odiosa comedia, con el fin de atraerla a un lazo, del que su honor no saldría bien parado. Cuando dieron las once, levantóse Juana y trató de salir a la portería, para pasar su acostumbrada ronda; pero, en el preciso momento en que abría la puerta, un trueno formidable estalló cerca de la fábrica y una racha de viento apagó al mismo tiempo la luz que llevaba en la mano.

—Es imposible salir con semejante tiempo —murmuró lo joven— el viento me tiraría...

En el momento de cerrar la puerta estalló un nuevo trueno más vibrante, más ensordecedor aún.

—Mamá... mamá... —gritó el pequeño Jorge, con voz temblorosa—. Ven, mamá, que tengo miedo.

Juana subió presurosa y trató de calmar a su hijo, pero la tormenta aumentaba por minutos y el niño sollozaba sin consuelo.

—¡Vísteme! —gritaba—. ¡Vísteme, mamaíta!

Vistiólo Juana, con la esperanza de calmarlo. Los truenos empezaron a alejarse y

a hacerse más distanciados; pero la lluvia seguía cayendo cual si se hubiesen desbordado las cataratas del cielo. La madre tomó por la cuerda el caballito de cartón, y lo hizo rodar, gritando:

—¡Arre, jaca!

El caballo hizo una cabriola y Jorge rompió a reír, perdido del todo el miedo.

## CAPÍTULO VI

**S**antiago Garaud había pasado una parte de la noche en el restaurante. A las once menos cuarto despidióse de sus amigos; pero en vez de dirigirse a su casa, tomó el camino del puente de Charenton.

—Buena tormenta se prepara —pensó al oír retumbar en lontananza los primeros truenos—. Pero, si se ha decidido a venir, vendrá lo mismo con tormenta que sin ella.

Llegado al lugar de la cita, púsose a pasear de un lado para otro, devorado por la impaciencia de la espera. Cuando oyó sonar las once sin escuchar ruido alguno que le anunciase la llegada de Juana, golpeó colérico el suelo con los pies.

—¡Ya debía estar aquí! —murmuró—. ¿Se negará a seguirme? ¡Ah! ¡Si fuera así...!

Pasóse la mano por la frente, inundada de frío sudor.

—Venga o no venga, yo obraré. ¿Que no me ama? ¡Tanto peor para ella! ¿Que me desdeña tal vez? ¿Que desprecia la fortuna? ¡Tanto peor para ella! Yo obraré de todos modos.

Interrumpiese de nuevo, y al rato prosiguió, estremeciéndose:

—Pero ¿y mi carta? ¿Y si la enseña a alguien? ¿Y si la encuentra la justicia?

Y al cabo de un instante de reflexión, añadió:

—Y después de todo, mi carta, ¿qué probaría? Nada. Por otro lado, buen cuidado tendré yo de tomar mis medidas para destruir toda sospecha contra mí, caso que pudiera haberla. En vez de partir mañana mismo para el extranjero esperaré un mes entero, si fuese necesario.

La tempestad estaba en toda su furia. La lluvia caía a torrentes, Santiago oyó sonar las once y media.

—Vamos —pensó—. Juana no vendrá ya.

Y, bajo aquella lluvia torrencial y calado hasta los huesos, abandonó Santiago la entrada del puente, internándose por el sendero y llegó por fin a la llanura. Antes de un cuarto de hora detúvose ante una puerta y sacando de sus bolsillos uno de los pequeños instrumentos de hierro fabricados por él, introdujolo por el ojo de la llave y lo hizo girar ligeramente.

La puerta se abrió, empujola Santiago, y dando dos pasos al frente, encontróse dentro del patio de la fábrica. La tormenta había adquirido su máxima intensidad. Garaud dirigió la mirada hacia la portería y vio luz a través de sus cristales.

—Ahí está —murmuró con los dientes apretados—. De fijo que se estará riendo, al pensar que yo estoy en el puente, esperándola, como un necio, en medio de la tempestad. ¡Ah! No es ya amor lo que esa mujer me inspira... es odio...

Y deslizándose adosado a las paredes para no penetrar en la zona débilmente iluminada por los reverberos aproximóse a la habitación de Juana. El ruido del viento y de la lluvia ahogaba el de sus pasos. Al llegar al pabellón, percibió un rumor de voces. Juana hablaba con su hijo; pero no pudo oír distintamente sus palabras.

Santiago avanzó hasta la alacena donde Juana colocara por la mañana el petróleo, después de envasarlo en las botellas; tomó cuatro de las cinco que había, y dirigióse al taller de carpinteros. Entró en él y, después de verter el contenido de dos de ellas sobre el montón de virutas y los rimeros de tablas, volvió a salir, dejando en el patio los dos cascos vacíos. Dirigióse después; con las dos botellas restantes, al pabellón donde se hallaba el gabinete de estudio del señor Labroue, forzó la puerta de éste de un fuerte empujón; y después de asegurarse de que estaban bien cerradas las interiores de madera, encendió una bujía.

Bastáronle cinco minutos, para forzar la caja de caudales. Tomó en seguida el cofrecillo que contenía los planos y dibujos, apoderóse de los fajos de billetes de Banco, colocándolos dentro del expresado cofre, guardóse en los bolsillos el oro que pudo encontrar, vertió sobre el pavimento de madera el petróleo contenido en las dos botellas, depositó el cofrecillo en el corredor y murmuró:

—A pegar ahora fuego a los talleres; después volveré aquí a recoger estos valores y a concluir mi obra, volvió al taller de carpinteros y, encendiendo una cerilla, arrojóla en medio de las virutas, que se encendieron al instante.

\* \* \*

La enfermedad del hijo del señor Labroue no tenía la gravedad que en un principio le pareció a su hermana.

Tranquilo el señor Labroue acerca del estado de su hijo, tomó en Blois el expreso, que le dejó en París a las nueve y cinco de la noche. Como no había comido antes de salir, hízolo en el restaurante de la estación, en compañía de varios ingenieros de ferrocarriles, antiguos camaradas de la Academia Politécnica.

La conversación se prolongó insensiblemente hasta las once y media de la noche, hora en que costó gran trabajo a Labroue encontrar un coche que quisiese conducirlo a Alfortville, donde llegó a las doce y media, en medio de la furiosa tempestad que hemos descrito.

Llegó a la puerta de la fábrica, abrió con su llavín, cerró tras sí y dirigióse presuroso hacia su pabellón. Juana oyó el ruido producido por la puerta al cerrarse y se vistió inmediatamente.

—Alguien ha entrado —murmuró—. Alguien atraviesa el patio...

Dirigióse a la puerta de su cuarto para bajar, cuando Jorge, de improviso, agarrósele con una mano a las faldas, gritando desconsolado:

—No, mamá, no; no te vayas... yo tengo mucho miedo.

—Si vengo enseguida, hijo mío.

—No, no, que tengo miedo; estáte aquí conmigo.

Y el niño se aferraba más y más a sus faldas, con la mano derecha, en tanto que con la izquierda mantenía fuertemente agarrado su caballo. Cogiolo entonces Juana en sus brazos, bajó con rapidez, salió al patio y dirigió su mirada hacia el pabellón del

señor Labroue.

De repente, un resplandor rojizo y vacilante procedente de los talleres, iluminó las tinieblas. Aterrada Juana, dirigióse corriendo hacia los edificios de la fábrica; pero, cuando sólo le separaban del pabellón veinte pasos a lo sumo, oyó gritar con angustia:

—¡A mí! ¡Socorro! ¡Asesino!

Inmediatamente después resonó en el silencio de la noche un espantoso grito de agonía, oyóse seguidamente un ronquido siniestro y después... nada. Juana no interrumpió su carrera y llegó a los pocos momentos a la puerta del pabellón, cuyas ventanas empezaban a iluminarse también de rojos resplandores. Una exclamación de horror escapóse de sus labios.

Había visto en el corredor a Santiago, blandiendo una navaja y a sus pies al señor Labroue tendido, ensangrentado, exánime.

—¡Miserable asesino! —exclamó—. No había comprendido el sentido de tu infame carta. Me prometes en ella enriquecerme con el oro amontonado sobre la sangre de tu inocente víctima. ¡Miserable! ¡Miserable!

El contraamaestre dio un salto hasta Juana y la agarró por la muñeca.

—¡Ah! ¡Lo comprendes al fin! —le dijo con un cinismo espantoso—. ¡Más vale tarde que nunca! Y bien, ¿consientes en ser mía?

—¡Jamás! —exclamó Juana con horror.

—Si no accedes voluntariamente, te obligaré por la fuerza.

—¡Jamás! Gritaré pidiendo auxilio.

—Si no te callas degollaré a tu hijo. Si quieres que viva, sé mía y démonos prisa, porque dentro de algunos instantes todo se va a desplomar.

Y el contraamaestre arrastró a Juana y a su hijo primero al patio, después al campo, pasando por la pequeña puerta cercana al pabellón. La joven quería gritar.

—¡Calla la boca, insensata! —le dijo Santiago con tono imperioso—. Por tu propia salvación, cállate. Vas a llamar a los que te acusarán bien pronto.

—¡A mí! ¡A mí! ¡Acusarme a mí! —exclamó Juana que creía perder la razón.

—¡Ya lo creo! ¡Y a fe que no les faltarán las pruebas! El petróleo comprado por ti ha servido para incendiar la fábrica. En el patio encontrarán las botellas. Se te acusará de haber asesinado al señor Labroue, porque sólo tú podías saber que había regresado esta noche, y todos recordarán, además, las amenazas que contra él has pronunciado delante de testigos.

La señora Fortier creía volverse loca. El contraamaestre la arrastraba a la fuerza, llevando el niño sobre sus propias espaldas. Juana, con voz estrangulada, gritó con desesperación:

—¡Socorro! ¡Socorro!

Santiago sacudióla brutalmente y la hizo caer de rodillas.

—¡Una palabra más y te quedas sin hijo!

—¡Piedad! —gritó la joven.

—Si quieres que tenga piedad, cállate... y ven... seremos ricos.

—¡No...!, ¡no...! Prefiero morir mil veces.

—Entonces que se cumpla tu destino. Vete y procura desaparecer, porque todo está contra ti y tratarás en vano de defenderte contra la evidencia. Te amaba... Te quería hacer dichosa... Tú rechazas la felicidad, tanto peor para ti. Yo poseo ya una fortuna y dentro de breve plazo habré puesto mucha tierra de por medio.

Santiago emprendió veloz carrera través de la llanura. De todos los lugares de la fábrica elevábanse llamas hacia el cielo, coloreando las nubes de un tinte rojizo oscuro. El pabellón del ingeniero, construido con mayor solidez; ardía con más lentitud.

\* \* \*

La desdichada mujer, aterrada, temblorosa, contemplaba con ojos desmesuradamente abiertos las llamas, cada vez más imponentes, y estrechaba contra su pecho a su hijo, medio muerto de terror.

De repente, sonaron a lo lejos las notas penetrantes y metálicas de un clarín, oyéndose al mismo tiempo gritar por todas partes:

—¡Fuego! ¡Fuego!

Como estos gritos se acercasen, Juana se puso en pie bruscamente, murmurando:

—¡Estoy perdida, Dios mío! Tiene razón ese miserable. Me acusarán... Pero no... yo sabré justificarme... tengo en mi poder su carta... su carta que le descubre...

De repente llevóse la joven las dos manos a las sienes, con un gesto de locura, y prosiguió desesperada, jadeante:

—Su carta... pero si no la tengo... si se ha quedado en la portería...

Iba Juana a dirigirse a la fábrica, cuando oyó decir a una voz salida de un grupo de hombres:

—Apuesto a que ha sido Juana Fortier la que ha puesto fuego a la fábrica. La miserable había amenazado delante de mí al señor Labroue.

Juana reconoció la voz del cajero Ricoux.

—¿Y he de dejarme acusar de ese modo, pudiendo probar mi inocencia? No, no... Es preciso que yo vaya a la fábrica a recoger la carta de ese infame.

Echó a andar con el niño entre sus brazos, pero a los pocos momentos detúvose llena de terror. El fuego, impelido por el viento, había prendido también en el pabellón de la portera, que ardía con grandes llamas. Juana sintió helársele la sangre en sus venas, mientras sus sienes cubríanse de helado sudor.

—¡Mis habitaciones arden! La única prueba que tenía. ¡Estoy perdida!

Entonces, fuera de sí, huyó a través de los campos, con su hijo entre los brazos. Jorge, apretaba entre sus crispados dedos el caballo de cartón en cuyo vientre iba oculta la única prueba de la inocencia de su madre.

La fábrica del señor Labroue hallábase situada en medio de la llanura de

Alfortville, lejos de todo poblado. Se comprende, por lo tanto, que en medio de tan horrorosa tormenta y a la hora en que se tuvo conocimiento del incendio, los auxilios se hiciesen esperar. Cuando llegaron, ya era tarde. Las puertas estaban cerradas y fue preciso escalar las tapias, echándose así de ver, desde los primeros instantes, la ausencia de la portera.

—¡Fuego en la portería! —oyóse de repente exclamar a una voz, que no era otra que la de Santiago Garaud, que había vuelto a reunirse con la gente del pueblo—. Esa desdichada ha incendiado la fábrica y nos deja a todos sin trabajo para vengarse del señor Labroue. Vamos, al pabellón, amigos míos; ¡a ver si salvamos la caja!

—Sí, sí; tratemos de salvarla —asintió el cajero Ricoux—. Contiene una suma enorme.

Y todos sin excepción, guiados por el contraamaestre y el cajero, precipitáronse hacia el pabellón incendiado.

Las llamas, avivadas por el viento, salían por todas las ventanas del pabellón.

—No podremos entrar —dijo el cajero Ricoux.

—Déjeme usted a mí —replicóle Santiago.

—¿Qué intenta usted hacer?

—Ahora mismo va usted a verlo.

Arrojóse entre las llamas y penetró en el corredor, donde yacía el cadáver de Labroue, lanzando una exclamación de horror, seguida de estas palabras:

—¡Un muerto!

Y levantando el cuerpo inanimado de su víctima, lanzóse con él fuera del pabellón y depositó sobre el suelo del patio su siniestra carga.

—¡Pero si es el señor Labroue... lleno de sangre... asesinado! —exclamó el cajero, retrocediendo aterrado.

Santiago ya no escuchaba. Habíase lanzado por segunda vez entre las llamas, desapareciendo por el corredor.

Al cabo de dos segundos, oyósele gritar con voz angustiada:

—Estoy en el despacho... al lado de la caja... me asfixio... me muero... ¡socorro!

Todos quisieron penetrar para auxiliarle; pero una muralla de fuego infranqueable cerrábales en absoluto la entrada del corredor. Oyóse de repente un crujido espantoso, y derribóse la techumbre sobre el primer piso, que a su vez se derrumbó sobre el bajo. La muchedumbre, espantada, lanzó un inmenso clamor. Santiago había sido sepultado entre los escombros humeantes. No había salvación para él.

—¡Esa infame ha sido la que ha pegado fuego! ¡Ella la que ha asesinado vilmente al señor Labroue! ¡Esa miserable ha sido la causa de la muerte de Santiago! —gritaba el cajero.

El comisario de Charenton, que había Llegado también con los bomberos, oyó las palabras pronunciadas por Ricoux y le detuvo, preguntándole:

—¿Quién es usted, señor?

—Yo soy, o, por mejor decir, yo era el cajero de la fábrica.

—¿Dice usted que se ha cometido un asesinato?

—Sí, señor. Haga el favor de venir...

Condujo Ricoux al magistrado al lugar del patio donde se hallaba depositado el cadáver del ingeniero, y, mostrándolo, le dijo:

—He aquí la víctima. Ha recibido el golpe en mitad mismo del pecho... Mire usted...

—¡Cómo! ¡El señor Labroue! —exclamó el comisario al reconocer al fabricante.

—¡El mismo, sí, señor! ¡Nuestro desventurado patrón!

El magistrado hizo constar la muerte del ingeniero, y preguntó:

—¿A quién acusa usted?

—A la portera de la fábrica.

—¿Su nombre?

—Juana Fortier.

—¿Sobre qué basa usted su acusación?

—Se la busca por todas partes, y nadie puede dar con ella, lo que demuestra bien claro que se ha dado a la fuga después de pegar fuego a la fábrica. Me consta, por otra parte, que había comprado petróleo para realizar el crimen que premeditaba.

—Pero ¿cuál era el móvil de ese crimen?

—El instinto de venganza, por haberla despedido el amo hace dos días.

—Y, ¿quién es la otra víctima de que usted hablaba?

—Santiago Garaud, el primer contramaestre de la fábrica, hombre honrado a carta cabal, quien, queriendo salvar la caja de caudales, ha perecido aplastado bajo las vigas inflamadas.

Transportaron entonces el cadáver, por orden del comisario, al pabellón que ocupaban las cuadras y cocheras, único que había sido respetado por el fuego, y después, preguntó aquél a Ricoux:

—¿Era casado el señor Labroue? ¿Tiene familia en París?

—Era viudo, señor, y no tiene más familia que un hijo de corta edad y una hermana, que cuida de la criatura, y habita en una aldea cercana a Blois: la señora Bertin. El señor Labroue recibió ayer tarde un telegrama, de su hermana anunciándole que el pequeño Luciano se hallaba enfermo de cuidado, y partió inmediatamente, diciéndome que no regresaría hasta mañana por la noche o pasado mañana.

—¿Cómo se explica usted, entonces, su presencia aquí esta noche?

—Sin duda pasaría pronto la gravedad de su hijo y anticipó su regreso, atraído por los muchos trabajos que reclamaban en ésta su presencia.

—¿Me hará usted el favor de avisar por teléfono a su hermana lo ocurrido?

—Lo haré tan pronto apunte el día.



## CAPÍTULO VII

**L**os socorros habían llegado tarde.

El edificio entero, salvo el pabellón de las cuadras y cocheras, no era más que un montón de escombros. La muchedumbre contemplaba el desastre y comentaba la desaparición de Juana Fortier. Nadie dudaba de su culpabilidad: todo el mundo la acusaba.

La tempestad había cesado y el tinte grisáceo que el cielo presentaba por Oriente anunciaba la proximidad del nuevo día. Juana, aterrada, enloquecida, había huido con su hijo.

Corrió por espacio de una hora, sin saber adónde iba; hasta que agotada, jadeante, sintió que sus piernas se negaban a sostener el peso de su cuerpo, y se dejó caer sobre una loma cubierta de césped. Entonces, por primera vez, volvió la cara hacia atrás y no vio en el horizonte más que un resplandor rojizo que iluminaba las nubes.

Jorge, que llevaba los vestidos calados por la lluvia, abrió los ojos y dijo:

—Mamaíta, tengo frío.

Juana tomólo en brazos y prosiguió por la carretera adelante, sin saber adónde iba. Al cabo de una hora de marcha descubrió las primeras casas de una aldea; apretó entonces el paso y, al hallarse a unos cien metros de distancia, sin fuerzas para sostener más a su hijo, depositólo en el suelo, diciéndole con cariño:

—Prueba si puedes andar, hijo mío.

Jorge trató de andar, pero sus pies doloridos negáronse a sostenerle.

—¿Quieres esperarte aquí, mientras yo voy a comprarte el almuerzo? —preguntóle Juana con mimo—. En el bosque no tendrás miedo.

—No, mamá —dijo el niño tendiéndose sobre el césped y abrazando entre sus brazos el caballito de cartón.

—De fijo va a dormirse —pensó Juana—. Tanto mejor, así descansará y no se dará cuenta de mi ausencia.

Jorge se durmió en seguida y Juana dirigióse presurosa hacia la aldea, a cuyas primeras casas llegó un cuarto de hora más tarde.

Compró una pastilla de chocolate y veinte céntimos de pan. Empezó el camino de regreso, observada con gran curiosidad por todos, y encontró, al llegar, que Jorge aún no se había despertado. Sentóse al lado suyo y sumióse en los más negros pensamientos. Poco a poco la rindió la fatiga, sus párpados comenzaron a cerrarse, se recostó sobre el césped y se durmió profundamente.

\* \* \*

Tan pronto como el procurador tuvo noticia de los acontecimientos acaecidos en Alfortville, se trasladó a dicha villa, acompañado de un juez de instrucción, del jefe

de seguridad, de un médico y de dos agentes. A su llegada, le puso al corriente el comisario de los hechos principales conocidos. De los interrogatorios a que fueron sometidos Ricoux, el cochero y cierto número de mecánicos, resultó la probabilidad, casi la prueba, de que Juana Fortier era la única culpable.

Después de responder a las preguntas del procurador, marchó Ricoux a Charenton, donde puso un telegrama a la hermana del señor Labroue, en el que le daba a conocer toda la extensión de la desgracia que hería al pequeño Luciano, el hijo del fabricante.

## CAPÍTULO VIII

**A**quel mismo día, a la una de la tarde, un hombre joven todavía, buen mozo, tocado con un sombrero de fantasía y vestido con un traje de paño gris, de corte perfecto, sobre el que llevaba un gabán de entretiem po, apeábase de un carruaje a la puerta de la estación de San Lázaro. Llevaba una bolsa de viaje y en la mano una pequeña maleta. Tenía el aspecto de un acaudalado industrial o de un comerciante enriquecido. Su cabello era de un color negro mate y llevaba la cara cuidadosamente afeitada.

—¿No es la hora del rápido de El Havre? —preguntó a un empleado.

—Sí, señor; pero ya no se despachan billetes. El tren va a salir ahora mismo.

—¿Y a qué hora sale el tren inmediato para el mismo punto?

—A las seis y media, señor.

El viajero salió de la estación, por la calle de Ámsterdam, y entró en un restaurante que había enfrente, habitualmente frecuentado por los ingleses y norteamericanos.

—¿Va a almorzar el señor? —preguntóle un camarero.

—Sí. Deme la lista del día, una guía de ferrocarriles y recado de escribir.

Trájole el criado lo pedido, abrió el viajero la guía por la parte correspondiente a los caminos de hierro del Oeste, y recorrió las páginas de anuncios, deteniéndose en el indicador de los hoteles del Havre.

—Lo mismo da uno que otro —murmuró—. De todos modos, para el tiempo que voy a estar en él... Aunque nada tengo que temer, pues todo el mundo me cree muerto en el incendio, al tratar de salvar la caja de caudales, aparte de que estoy completamente desconocido, lo más prudente es salir de Francia cuanto antes.

Detuviéronse sus ojos en el anuncio que aparecía en primer lugar y leyó:

*«Hotel del Almirantazgo y de París, reunidos. Propietario, Lemel».*

—Éste, por ejemplo. Lo mismo me da. Éste tiene la ventaja de hallarse frente al muelle de atraque de los vapores que van a Southampton, con lo que no tendré necesidad de exhibirme por las calles. El primer vapor que salga me transportará a Inglaterra, desde donde me dirigiré lo más pronto posible a Nueva York.

El viajero cerró la guía, tomó una hoja de papel y escribió:

*«Hotel del Almirantazgo Lemel El Havre Llegaré esta noche de París en el tren de las once y cinco. Ruégole me reserve habitación confortable. Pablo Harmant».*

Entregó el telegrama al criado, para que lo pusiese en seguida, y se hizo servir un excelente almuerzo, que devoró con un apetito y alegría que hacían suponer en él una conciencia muy tranquila.

A las seis y media tomó el tren y, al llegar a Nantes, quedóse solo en el coche, sacando enseguida de su maleta unos planos, que se puso examinar con extraordinaria atención.

Santiago había gritado: «¡Socorro que me muero!», después de haber penetrado en el pabellón incendiado para realizar, en apariencia, un acto de admirable abnegación, tratando de salvar la caja de caudales y los documentos del señor Labroue. El taimado no había retrocedido ante la idea de asegurarse por completo el porvenir, jugándose la vida. Era preciso que nadie pudiese dudar de su muerte y que si la voz de Juana Fortier se elevaba contra él, no fuese escuchada por nadie.

Santiago conocía perfectamente la topografía del pabellón. Sabía que en la escalera que conducía al departamento del señor Labroue existía una ventana que daba al campo, que se extendía por la espalda de la fábrica. Atravesó como una exhalación el corredor, subió en dos saltos la escalera y llegó a la ventana, y, después de lanzar los gritos ya mencionados, arrojóse por ella medio ciego ya, medio asfixiado.

Una vez en campo libre sano y salvo, emprendió una vertiginosa carrera, a través de los terrenos cultivados, y, una hora más tarde caía extenuado de fatiga en uno de los macizos del bosque de Vincennes.

—¡Al fin estoy salvado! —exclamó respirando libremente.

Convencido de que nadie le seguía, decidió esperar allí la llegada del nuevo día. Apenas apuntó la aurora, sacóse del pecho los fajos de billetes y los documentos, producto de su crimen, doblólos cuidadosamente y los envolvió en su pañuelo; guardólos otra vez, y echó a andar en dirección a París.

A las siete entró en la capital, y, deteniéndose en la tienda de un limpiabotas, hízose cepillar perfectamente y lustrar bien el calzado, saliendo de allí con el aspecto de un obrero decentemente vestido. Dirigióse en seguida a un almacén de ropas hechas, de donde salió una hora después completamente transformado. Sólo era ya posible reconocerle por la cara, la cual llamaba en seguida la atención por el insólito color de su barba y de su pelo. Entró en una barbería y se hizo afeitar toda la cara y cortar debidamente el cabello.

—¿No podría usted teñirme el pelo? —preguntó sonriendo al dependiente—. Este color rojizo no está en boga y a veces se ríen de mí las mujeres.

—Sí, señor; ¡qué duda cabe!

—¿Y durará mucho el tinte?

—Ocho días por lo menos. De cuando en cuando tendrá usted que renovarlo para teñir las raíces.

Media hora después había adquirido su pelo el más hermoso color negro, y al mirarse Santiago en un espejo no se reconoció a sí mismo.

Entusiasmado con el resultado obtenido, adquirió varios frascos de tintura y dirigióse en carruaje a la estación de San Lázaro, donde lo hemos visto almorzar y dirigir al Havre un telegrama firmado por Pablo Harmant. Este nombre no era pura invención suya. Pablo Harmant había existido. Había sido un mecánico, compañero de taller y amigo de Santiago, durante su estancia en Ginebra, donde había muerto. El contraamaestre había conservado su libreta, que su antiguo amigo le confiara en otro tiempo. Previéndolo todo y pensando en abandonar Francia, con Juana, la cual suponía él entonces que se decidiría a seguirle, guardóse aquella libreta, que le podría evitar ciertas molestias. Las señas personales de Pablo Harmant eran iguales a las de Santiago Garaud, salvo el color de la barba y el cabello, pero al hacerse afeitarse y teñirse el pelo, había completado la semejanza. Era, pues, libre en adelante de marchar decididamente por el camino de la fortuna, seguro de la impunidad.

\* \* \*

Volvamos a Juana Fortier, a quien hemos dejado en un bosque, dormida al lado de su hijo. La pobre madre, extenuada, durmió cerca de dos horas. Cuando se despertó, el sol se hallaba ya muy alto y Jorge dormitaba todavía, abrazado a su caballo de cartón.

Despertóse, al poco, el pequeño, pidiendo de comer, y su madre le dio pan y chocolate. Ella, a pesar de sentir extrema debilidad, guardó lo que le quedaba para su hijo.

Temerosa de mostrarse en la carretera en pleno día, tan cerca de París, decidió esperar en el bosque la llegada de la noche, con la intención, además, de que Jorge reposara. La jornada parecióle interminable. Al fin se puso el sol. Juana dio de nuevo a su hijo un pedazo de pan y chocolate, y se puso otra vez en camino, sin saber adónde iba, Poco adelantó, sin embargo, durante la noche, pues el hambre y la fatiga la agobiaban.

Pasó la noche, vino el día y Juana seguía caminando, con Jorge dormido en sus brazos. Como divisara las primeras casas de una aldea, pregunto a una mujer que pasaba:

—¿Me hace el favor de decirme qué aldea es ésta?

—Es Chevry, aldea cercana a Brie-Comte-Robert —respondióle la aldeana.

Juana siguió su camino; pero ya no podía más. Sus piernas se negaban en absoluto a sostenerla y se vio precisada a sentarse al borde del camino.

Pasó una jovencita apacentando una vaca, y Juana le preguntó:

—Dime hija: ¿en qué parte de la aldea de Chevry se halla la casa del párroco?

—La casa del señor cura —respondió la jovencita—, es la primera que se ve allá abajo, de agudo techo y torrecilla blanca, rodeada de grandes árboles.

—Muchas gracias, hija mía.

Juana se levantó, tomó en brazos a su hijo y emprendió de nuevo la marcha con

paso vacilante, como el de una sonámbula.

El abate Félix Laugier era un hombre de unos cincuenta y ocho años de edad, de rostro franco y risueño, de mirada dulce y noble. Desempeñaba el curato de la parroquia hacía más de veinte años, y todos sus feligreses le querían y respetaban.

Vivía con su hermana, la señora Clara Darier, poseedora de una regular fortuna, desde que quedó ésta viuda, siete años atrás, en una casita modesta, pero alegre y sonriente. El cura había regresado de cumplir sus deberes parroquiales, la señora Darier se ocupaba del arreglo de la casa y Brígida estaba echando de comer a los conejos y gallinas, cuando, ya cerca de las ocho, sonó la campanilla. Corrió presurosa a la verja la criada y vio arrodillada en el umbral a una mujer casi desfallecida, que sostenía una criatura en sus brazos.

—Por piedad —balbució Juana, a quien nuestros lectores ya habrán reconocido—, por caridad, un socorro para mi hijo y para mí.

Enternecida, Brígida tomó a la joven por el talle y trató de ayudarla a levantar. Juana hizo un desesperado esfuerzo y logró enderezarse a medias, pero las fuerzas la abandonaron por completo cayó medio desvanecida.

—Señor cura —gritó Brígida haga el favor de venir a toda prisa.

Al oír estas palabras, acudieron presurosos el abate y Esteban, un pintor amigo suyo.

—¿Qué ocurre, Brígida? —preguntó el sacerdote.

—Esta infeliz mujer que necesita socorro y está a punto de desmayarse.

El niño, entretanto, lloraba consternado.

—Esta pobre mujer y su hijo se mueren de fatiga —dijo Esteban sosteniendo a Juana.

—Y de hambre tal vez —añadió el cura.

Acudió la señora Darier, depositaron a la madre y al hijo sobre un banco, frotó Esteban con agua fresca las sienes de aquélla, con objeto de reanimarla, y a los pocos instantes trajo Brígida dos tazones de substancioso caldo y una botella de viejo vino de Burdeos, que hicieran recuperar las fuerzas, por el momento al menos, a la desdichada mujer y a su hijo.

## CAPÍTULO IX

**P**rodigáronles toda clase de atenciones e hicieronles acostar cómodamente, en espera de la hora del almuerzo. La joven no encontraba palabras ni manera de patentizar su profundo reconocimiento a sus caritativos bienhechores. Jorge no quiso echarse en la cama sin que le colocaran al lado su caballito de cartón, que, ni aun en medio de las mayores fatigas, había dejado de sus manos.

Cuando los dejó dormidos, volvió la señora Darier al lugar donde se hallaban el cura con Esteban, y encontrólos discurrendo acerca de la infeliz mujer.

—Los dramas de la miseria, tal como se lee en los periódicos —decía el cura.

—Las muchachas engañadas, las mujeres abandonadas por sus maridos y obligadas a luchar solas, con un hijo, contra las numerosas dificultades de la vida —replicaba Esteban—. Tal vez ésta sea un ejemplar de uno de estos últimos casos.

—No debe ser de este país —observó Clara—. Su fatiga demuestra que viene de muy lejos, y su rostro dice a las claras que debe haber sufrido mucho.

—Es un rostro lleno de expresión, que pienso dibujar —dijo el artista.

—¿Qué piensas hacer con ella? —preguntó la señora Darier a su hermano.

—Lo que hacemos con todas las que se presentan en su caso: darle un socorro en metálico y dejar que continúe su camino, cuando tenga fuerzas para ello.

El cura abrió su breviario. Esteban volvió a coger sus pinceles y Clara se dedicó a sus labores. Al poco sonó de nuevo la campanilla y entró el cartero, con el diario llegado de París. Abriólo el cura y comenzó a leerlo muy despacio, según su costumbre habitual, cuando de pronto tropezaron sus ojos con un largo artículo, encabezado con el título siguiente, impreso en grandes titulares:

### *UN TRIPLE CRIMEN*

Intrigado, el abad empezó a leerlo en seguida; pero a medida que avanzaba en la lectura fruncióse más y más su entrecejo, hasta que, de improviso, lanzó una exclamación que hizo estremecer a Esteban, el cual apartó la atención de su trabajo y, mirando al abad, le dijo con dulzura:

—Parece, querido abate, que ha encontrado usted en el periódico algo que le interesa en gran manera.

—Que me interesa en extremo, tanto como os va a interesar a vosotros. Es extraño y espeluznante.

—Pero ¿de qué se trata? —preguntó la señora Darier, aproximándose.

—Acercaos los dos a mí, tomad asiento y escuchad.

Aproximáronse, en efecto, y el cura leyóles en voz queda el relato del crimen cometido, del incendio de la fábrica y de la venganza que lo había provocado. Terminaba con la descripción de Juana Fortier y su hijo.

Clara y Esteban habían escuchado con una ansiedad siempre creciente la lectura.

—Ése es el vivo retrato de la mujer a quien hemos acogido esta mañana —dijo Clara al terminar el abate—. Su cansancio, su aniquilamiento, la denuncian además. La desdichada viene huyendo del teatro de sus crímenes.

—Silencio, hermana mía —dijo el cura—. Esta mujer está en mi casa... no nos apresuremos a acusarla. Si es culpable, lo sabremos.

—¿Y qué harás, hermano mío?

—Yo no la denunciaré. Dejaré a la justicia el cuidado de buscarla.

Brígida vino a anunciar que el almuerzo estaba servido.

—¿Y esa mujer y su hijo? —preguntó el párroco.

—Ya los he despertado y comerán conmigo, en la cocina, señor cura.

Durante la comida procuró el sacerdote apartar la conversación de Juana, y al terminar díjole a Brígida:

—Sírvanos el café en el jardín. Ponga una taza más para la forastera y, dentro de un momento, hágala usted venir.

Dos horas de sueño profundo, seguidas de un almuerzo nutritivo, habían bastado para devolver la fuerza y la energía a la pobre fugitiva.

A cuantas preguntas le dirigiera Brígida, había respondido ella con evasivas. El único deseo que había manifestado era el de encontrar una colocación en el país.

—Venga usted ahora al jardín, a tomar café con el señor cura —díjola al concluir la comida—, y aproveche la ocasión para manifestarle sus deseos.

La campanilla avisó a Brígida que ya podía servir el café. El cura, Clara y Esteban bajaron al jardín, sacando este último de su bolsillo la libreta de apuntes donde había ya empezado a dibujar, de memoria, el retrato de la desconocida. Brígida trajo a Juana, que venía seguida de Jorge, quien, ya alegre y juguetón, traía consigo su inseparable caballito. El cura examinó a Juana de una rápida ojeada.

—Acérquese usted, señora, y tome asiento. Un sorbo de café le hará mucho provecho. Juana avanzó tímidamente, confusa y emocionada.

—Siéntese sin temor —repitióle el sacerdote—, y tú, pequeño, vete a jugar al jardín con tu caballo; pero no toques las flores.

Volvióse otra vez hacia Juana.

—¿Se encuentra usted ya en estado de proseguir su camino?

Ruborizóse la joven y comenzó a vacilar, sin saber qué responder. El cura, que advirtió ambas circunstancias, prosiguió:

—Supongo que Chevry no será el término de su viaje. ¿No piensa usted permanecer en su pueblo natal?

—Mi gusto sería permanecer aquí... que Chevry fuese el término de mi jornada.

—¿Cómo es eso? —preguntóle el sacerdote.

—Cuando llamé a su puerta venía a solicitar el apoyo de usted, para que me ayudase a encontrar en esta aldea una colocación, un empleo, por muy modesto que fuese, que me permitiera vivir en unión de mis dos hijos.



—¿Tiene usted otro hijo más?

—Sí, señor: una niña de once meses, en poder de una nodriza.

—¿Y el padre de estos niños?

—Su padre ha muerto, señor.

—¿De suerte que usted es viuda?

—Soy viuda, sí, señor.

—Pero usted comprenderá que para solicitar un empleo para usted, para recomendarla yo en cualquier parte, es preciso que sepa a quién presento. ¿Tiene algún documento que acredite su personalidad?

—¿Documentos? —balbució la joven.

—Por supuesto. Usted debe comprender que, no siendo conocida en el país, para que la acepten a usted tendrá que dar referencias.

Juana se puso lívida. La turbación de la desdichada no pasó inadvertida para el párroco.

—¿Cómo se llama usted? —prosiguió éste.

—Juana... —respondió la joven.

—Ése es el nombre de pila; pero, como ha estado usted casada, debe ostentar el apellido de su esposo.

Era imposible mentir, ni aun titubear siquiera. La única solución era entregarse. —Juana Fortier— balbució al fin la viuda.

—¡Juana Fortier! —repitió el abate Laugier—. ¿Y viene usted de Alfortville?

La víctima de Santiago Garaud púsose en pie de un salto y exclamó aterrada:

—¡Ah! ¡Lo sabe usted ya todo!

—Sí, pobre extraviada, lo sé todo, —díjole el sacerdote tomándole la mano con cariño—. Ya sé que la policía la busca...

—¡A mí! ¿De qué se me acusa?

—De haber asesinado al señor Labroue y puesto fuego a su fábrica.

—¡Eso es una infamia! ¡Eso es falso! —exclamó Juana horrorizada—. ¡Delante de Dios que me escucha, por la vida de mi hijo, que es lo que más quiero en el mundo, juro que soy inocente! —añadió con exaltación.

Impresionados por el acento de verdad de la joven y por la expresión de sinceridad de su rostro, el cura, su hermana y Esteban cambiaron entre sí una mirada.

—Pero si es usted inocente, ¿por qué huye usted, hija mía? ¿Por qué pretende usted ocultarse? —replicóle el abate.

—¿Por qué huyo? ¿Que por qué me oculto? Tiene usted mucha razón, y ésa será la mayor prueba contra mí. Huyo porque me encuentro perdida, porque poseía una prueba indiscutible de mi inocencia y la he perdido...

—Pero ¿cómo la perdió?

—La ha devorado el incendio, al arder mi pabellón. La mala suerte me persigue... pero yo soy inocente... créame usted, señor cura.

—¿Pero cómo he de creerla?

—Ya sé bien que es muy difícil; pero escuche mi relato y juzgue luego después...

Y Juana inmediatamente, con una expresión febril, con voz anhelante, entrecortada por amargos sollozos, refirió rápidamente la muerte de su marido, su entrada en la fábrica, la salvaje pasión y las obsesiones del contraamaestre Santiago Garaud; habló de la carta que le había escrito, para decidirla a seguirle, cuyo sentido le parecía espantosamente claro; citó palabras y frases de la misma que conservaba en la memoria; refirió, por fin, sus terrores al principio del incendio y su entrada en el pabellón, donde se encontró en presencia de Santiago y del cadáver del ingeniero. Repitió las palabras del miserable, cuando quería obligarla por la fuerza a huir con él.

—En aquel momento fue cuando empecé a hacerme cargo del sentido de la carta. La fortuna que me ofrecía partir conmigo era la del señor Labroue, a quien pensaba robar. Quise correr para recuperar mi carta, pero vi mi pabellón invadido por las llamas y oí voces que se alzaban contra mí, acusándome de incendiaria. Entonces perdí por completo la cabeza y huí, alocada. Ésta es la verdad, señor; la verdad toda entera. Juro que soy inocente. Por la salvación de mi alma y por la vida de mi hijo se lo juro una vez más.

El acento de sinceridad de Juana había llevado la convicción al ánimo de sus oyentes.

—Una madre que jura por la vida de su hijo, no es posible que mienta. La creo; pero ¿cómo se explica usted que el tal Santiago Garaud haya perecido en el incendio, víctima de su abnegación, según se asegura?

—¡Él muerto! ¡Él víctima de su abnegación! Eso es increíble, señor.

—Así lo dice el diario.

—Pues si es cierto, estoy condenada sin remedio —murmuró la infeliz joven—. Cifraba mi única esperanza en que el miserable no tuviese descaro suficiente para mantener en mi cara sus mentiras. Muerto él, ha desaparecido esta esperanza. Todo acabó para mí.

—Cálmese usted, hija mía —dijo el párroco—. Cierto que ha hecho usted muy mal en huir; debió quedarse allí para responder a cuantas preguntas le dirigiesen y a todas las acusaciones de que le hiciesen objeto, pero esto es una falta, no un crimen. De todo lo demás, la creo a usted inocente. Una serie abrumadora de pruebas engañosas se acumulan contra usted; pero su voz de usted y su mirada hablan muy alto en su favor.

—¿Se dejarán los jueces, por ventura, convencer por el acento de mi voz? ¿Podrá acaso persuadirles mi mirada?

De repente resonó con violencia la campana de la entrada, oyéndose al mismo tiempo rumores en la verja.

—¡Ya vienen a buscarme! —exclamó Juana aterrada, abrazando con fuerza entre sus brazos a su pequeño Jorge.

Abrió Brígida la puerta y, en menos de un segundo, fue invadido el jardín por una veintena de personas, a cuya cabeza se encontraba el alcalde de la aldea, el sargento

de gendarmes y cuatro números.

Adelantóse el alcalde y, después de saludar cortésmente, expresóse en estos términos:

—Perdone usted, señor cura, si, bien a mi pesar, me permito invadir su honrada casa. Lo hago cumpliendo un deber. Vengo en nombre de la ley.

Aterrados por la vista de los gendarmes, Juana y su hijo habían retrocedido. La escena que se desarrollaba en el jardín era de un efecto emocionante, y comprendiéndolo así Esteban, corrió a buscar un lienzo preparado y se dispuso a dibujarla a grandes rasgos.

El cura avanzó hacia el alcalde, diciéndole:

—Ya sé lo que le trae, señor alcalde. Sin duda busca a una joven llamada Juana Fortier.

—Es muy cierto, señor cura. Busco a Juana Fortier, acusada del triple crimen de incendio, robo y asesinato.

—¡Eso es falso, señor! ¡Soy inocente! —dijo con dignidad y energía la fugitiva, avanzando un paso al frente.

—Si es usted inocente o no, no soy yo el llamado a establecerlo. ¿Es usted Juana Fortier?

—Yo soy Juana Fortier.

—¿Portera de la fábrica que el señor Julio Labroue poseía en Alfortville, departamento del Sena?

—Sí, señor.

El alcalde hizo una seña al sargento de gendarmes, el cual avanzó diciendo:

—En nombre de la ley y en virtud de un mandato judicial extendido en debida forma, queda usted detenida.

—Está bien, préndame usted —dijo Juana con exaltación—, pero, aunque me metan en la cárcel, me juzguen y me condenen y me manden a la misma guillotina, nadie podrá evitar que siga siendo inocente.

—Ponedle las esposas —dijo el sargento a los gendarmes.

—¡Las esposas! —repitió retrocediendo Juana—. ¡Eso no lo consiento!

—No se resista, hija mía —díjole el cura—. Ármese de resignación y acate usted la ley.

La desdichada mujer bajó con humildad la cabeza y presentó las manos, resignada.

—¡Listo! En marcha sin demora —ordenó con sequedad el sargento.

—No te vayas, mamá, que tengo miedo —dijo Jorge llorando, fuertemente asido a las manos de su madre.

—No llores, hijo mío —díjole Juana—. Ven conmigo.

—Su hijo no puede venir —dijo el sargento.

—¡Me separa usted de mi hijo! —exclamó Juana estupefacta.

—La orden de detención no se refiere más que a usted, Juana Fortier, por

consiguiente, la madre a la cárcel y el hijo al hospicio, en espera de nuevas órdenes.

Juana se puso lívida.

—¡Al hospicio mi hijo! —dijo con voz apenas perceptible—. No..., no..., no será usted tan cruel..., no consiento que se me separe de mi hijo.

Y añadió, extendiendo con ademán suplicante, sus encadenadas manos hacia el cura:

—¡Señor cura, por piedad, interceda usted por mí...! Dígales que no es posible separarme de mi hijo...

—Obedezca usted, hija mía los dictados de la ley y nada tema por su hijo, que no tendrá que ir al hospicio, porque se quedará en nuestra casa. Si, como espero, puede usted demostrar su inocencia, venga usted, en persona, a recogerlo. Si, por el contrario, no logra usted desvanecer las tinieblas que rodean al crimen de Alfortville, si sus jueces la condenan, le juro que no abandonaré jamás al pequeño Jorge. La señora Darier avanzó hacia la joven y le dijo, tendiéndole la mano:

—No llore usted ni tiemble, hija mía, Su hijo de usted tendrá en mí una madre cariñosa... Le juro a usted que lo consideraré como un hijo... Yo tuve uno, que murió, de su misma edad... Me haré cuenta de que Dios me lo ha devuelto...

—¡Oh!... ¡No lo abandone usted, por piedad! —dijo Juana con desesperación—. Ámelo usted... Háblele usted de su madre... Sí, hijo de mis entrañas, quédate aquí... Quédate aquí con ellos... Ellos te repetirán que tu madre es inocente y que te adoraba... ¿te enteras?... que te adoraba ciegamente... no lo olvides, hijo mío... ¡no olvides eso jamás!

Y volviéndose en seguida a los gendarmes, díjoles con energía:

—¡Conducidme cuando gustéis...! Ya estoy pronta.

La señora Darier entró en la casa con el niño, que lanzaba gritos desgarradores, seguida de Brígida. Juana avanzó hacia la verja. El cura acompañó hasta la puerta de su casa alcalde de Chevry.

—Ande usted, hija mía —le dijo a Juana el sacerdote—. Ármese usted de valor.

Al día siguiente partió Juana para París, por la vía férrea, acompañada de dos gendarmes, que la condujeron al depósito de la prefectura de policía.

Esteban Castel pensaba, pasada la dolorosa impresión de los primeros momentos:

—¡Por fin, he encontrado mi cuadro! En la próxima Exposición se hablará seguramente de mí.

\* \* \*

Santiago Garaud había tomado pasaje, bajo el nombre de Pablo Harmant, en uno de los vapores que hacían la carrera entre El Havre y Southampton, y desde éste último punto, habíase dirigido después a Londres, con objeto de embarcarse en el primer trasatlántico que partiese para América.

Había leído los artículos publicados por la prensa, a propósito del incendio de la

fábrica de Alfortville, en los que se hablaba de su heroica muerte, causándole profundo alborozo el giro que habían tomado los asuntos: todo marchaba a medida de sus deseos.

\* \* \*

Llegó el día de la vista. El triple crimen de Alfortville había hecho tanto mayor ruido cuanto que la víctima había sido un antiguo alumno de la Escuela Politécnica, un hombre conocido y estimado. Desde que se abrieron las puertas de la sala, la muchedumbre invadió todos sus departamentos.

Llegaron los jurados y después el tribunal. Trajeron a la procesada y el presidente declaró abierta la audiencia. Dióse lectura a la acusación, que era aplastante, y procedióse después a examinar a los testigos.

La culpabilidad parecía indiscutible en todos los puntos, excepción hecha de uno solo. ¿Qué había sido del dinero robado? El acusador público afirmaba que Juana lo había guardado en lugar secreto y seguro con objeto de recogerlo el día de mañana.

Concedida la palabra a Juana, habló ésta con energía, explicando al tribunal los motivos de su fuga: las amenazas de Santiago Garaud, sus violencias y el aniquilamiento por el fuego de la carta escrita por él.

Este relato, lejos de conciliar a la acusada la benevolencia del jurado, irritólo contra ella. El cinismo de Juana parecióle monstruoso. Aquella miserable criatura osaba calumniar al hombre cuya abnegación le había costado la vida. Este nuevo crimen coronaba dignamente los crímenes anteriores.

Habíase nombrado a Juana un abogado de oficio. Era éste un hombre de reconocido talento, que supo demostrar en su escrito de defensa, pero faltábale lo principal, que era la convicción.

Al fin se retiró a deliberar el jurado. Su ausencia sólo duró veinte minutos. Cuando regresó a la sala, y tomó la palabra su presidente, hízose un silencio de muerte. El jurado, por unanimidad, declaraba a Juana Fortier culpable del triple crimen de incendio, robo y asesinato, admitiendo, por mayoría de votos, ciertas circunstancias atenuantes.

El tribunal de derecho aplicó los artículos correspondientes de la ley y Juana Fortier fue condenada a reclusión perpetua.

Al oír pronunciar este fallo terrible, lanzó la desdichada un grito de dolor y se desplomó desmayada. Cuando en la enfermería de San Lázaro, recobró el conocimiento, sólo pronunciaba palabras sin sentido, frases sin ilación. Acababa de declarársele una violenta fiebre cerebral que ponía su vida en peligro.

Un incidente casual vino a curar la locura de Juana Fortier nueve años después. En la Salpêtriére, se incendió el departamento de alienadas, entre las cuales se encontraba Juana. La vivísima impresión que aquel espectáculo produjo en toda su naturaleza, fue trayendo a su imaginación poco a poco los espantosos detalles de

aquella noche terrible en que vio arder la fábrica de Alfortville. Lo pasado fue volviendo a su cerebro por grados insensibles. El velo corrido sobre su inteligencia, rasgóse de repente, Juana había recuperado la memoria y con ella la razón. Salvada con sus compañeras, fue conducida a otro departamento lejano. A la siguiente mañana, llenóse el médico de estupor al contemplar su semblante. Juana no le dejó hablar, y le preguntó, adelantándose:

—¿Por qué no estoy en un presidio cumpliendo la pena que me fue impuesta?

—Está usted en la Salpêtriére —contestóle el médico admirado—, y la Salpêtriére es un presidio al mismo tiempo que un hospicio.

Estremecióse Juana y, palideciendo intensamente, repitió:

—En la Salpêtriére... Éste es el lugar donde encierran a los confinados atacados de demencia... ¡De suerte que he estado loca...!

El médico dudó si responder. Juana continuó:

—¡Oh!, no trate de ocultármelo... porque ya no lo estoy... me acuerdo ya de todo. He sido condenada por incendio, robo y asesinato... Después ya nada recuerdo... Parece que despierto de un gran sueño... Dígame por favor, doctor, ¿cuánto tiempo he estado loca?

—Está usted aquí hace nueve años.

—¡Nueve años! ¿Y nadie se ha acordado de mí? ¿No ha venido nunca nadie a preguntar por mi persona?

—Nadie —respondió la enfermera.

—Pero yo tenía dos hijos —prosiguió la desdichada, estallando en sollozos—: mi hijo Jorge y mi hija Lucía. ¿Qué ha sido de ellos? ¿No podré saber siquiera si viven todavía?

—Para eso —le dijo el médico— deberá usted escribir a las personas en cuyo poder quedaran al ingresar usted en la cárcel.

—Así lo haré, desde luego, pero, dígame usted, por favor, ¿qué harán conmigo ahora?

—En cuanto yo produzca el parte de que ha sido usted curada, la transportarán a algún presidio donde extinguirá usted su condena.

Alejóse el médico, después de prodigar a Juana algunos consuelos triviales, y al quedar sola la infeliz, entregóse a las más amargas reflexiones acerca de la suerte de sus hijos.

Al terminar el médico su visita, extendió el alta de Juana Fortier, la cual fue comunicada, sin pérdida de tiempo, a la prefectura de policía, que dispuso el inmediato traslado de la confinada a San Lázaro, desde donde fue conducida, en junio, al presidio de Clermont, siendo instalada en un taller de costura.

A pesar del rigor del reglamento, obtuvo permiso para escribir dos cartas: una dirigida al cura de Chevry y otra a la nodriza de su hija, en la aldea de Joigny. Después esperó la respuesta con una ansiedad febril, con una angustia fácil de comprender. Tres días después, el director del presidio recibió una carta del cura de

Chevry, manifestándole que su predecesor había muerto, y que él, personalmente nada sabía de los hechos a que hacía alusión la confinada. La noticia, comunicada a Juana, llenóla de desesperación, la cual subió de punto al día siguiente, al serle devuelta la carta dirigida a la nodriza de Lucía, con esta observación: Destinataria desconocida.

—Mis dos hijos están perdidos para mí —exclamó entre sollozos la desventurada madre—. ¡Jamás los volveré a ver! ¡Pero no! —dijo para sí, después de una horrible crisis—. Los quiero ver y los veré. Aunque tenga que esperar diez años, yo hallaré la manera de evadirme y de buscarlos en el centro de la tierra.

Transcurrían los días, los meses y los años sin que se le presentase a Juana la ambicionada ocasión; mas no por eso perdía ella la esperanza. A los siete años de haber ingresado en la casa, fue propuesta, por su conducta ejemplar, para entrar en la enfermería, en calidad de ayudante.

Esto constituía una distinción enorme, Les enfermeras podían hablar, gozaban de una libertad relativa, en medio de su prisión, estaban exceptuadas de ciertos artículos del reglamento y tenían derecho a una pequeña retribución mensual. Juana aceptó con inmensa alegría su nueva situación, que esperaba habría de proporcionarle la ocasión tanto tiempo deseada.

Al cabo de un año llegó a ser la principal enfermera, alojándose en un cuartito inmediato a la farmacia, que dirigía una hermana de la caridad. Por fin, creyó haber dado Juana con el modo de evadirse. Había observado que todos los domingos, las religiosas salían, a las seis de la mañana, para oír misa en la iglesia parroquial, y volvían a eso de las ocho. La hermana Filomena, que era la encargada de la farmacia, se reunía siempre con las demás en la iglesia y regresaba un poco antes, para estar presente a la visita del médico.

—Es preciso que salga yo en lugar de ella —pensó Juana, y desde aquel momento, éste fue su pensamiento fijo, y sólo soñó en ponerlo en práctica.

Era sábado y Juana había decidido evadirse al día siguiente. Sor Filomena tomaba todas las noches, al irse a recoger, una copa de vino quinado con un trozo de pan. Juana conocía este detalle, y, aprovechando una pequeña ausencia de la hermana, tomó de la farmacia un frasco cuya etiqueta decía: Narcótico. Vertió sin titubear la mitad de su contenido en la botella del vino quinado de Sor Filomena y volvió a dejar el frasco en su lugar.

—Esto será más que suficiente para prolongar su sueño sin comprometer su salud —murmuró Juana Fortier.

Echóse sobre la cama, vestida, y esperó que transcurriesen lentamente las horas de la noche. Al fin sonaron las cinco. Levantóse enseguida, encendió una lámpara de mano y fue al cuarto de Sor Filomena. La religiosa dormía con un sueño profundo. Juana respiró satisfecha y dirigióse a la habitación de la superiora, que estaba ya dispuesta para partir.

—Madre —le dijo—: Sor Filomena me envía a decir a usted, que haga el favor de

no esperarla, porque está haciendo una cura, y que, tan pronto termine, irá a reunirse en la iglesia con usted.

—Está bien —respondió la superiora—. Dígale que partiremos sin ella.

Juana regresó a la enfermería, despojó a la religiosa de parte de sus vestidos y, con prodigiosa rapidez, púsose los hábitos de Sor Filomena. Guardóse después en el bolsillo un pañuelo, que contenía toda su humilde fortuna, y dijo, con un gesto de suprema resolución:

—¡Vamos, y que sea lo que Dios quiera!

Las religiosas habían salido ya, sin esperar a Sor Filomena. Diez minutos después de su marcha, sonó un pequeño golpe en la puerta de salida. El vigilante hizo girar el postiguillo y vio a una religiosa.

—¡Ah! —dijo—. Es Sor Filomena, ya me lo han advertido. Pase usted, hermana, pase usted. Buen viaje le espera, a fe mía. Un kilómetro sobre la nieve, a las seis de la mañana, no es muy apetitoso que digamos.

La religiosa contentóse con bajar la cabeza; y salió, sin responder. Un instante después, la puerta exterior de la prisión se cerraba detrás de ella. Juana estaba en libertad.



## CAPÍTULO X

**R**emontémonos al pasado y vayamos a Nueva York, a casa de Santiago Garaud, o por mejor decir, a casa de Pablo Harmant, el importante industrial, varias veces millonario. Habíase casado con la hija de un industrial llamado Jacobo Mortimer, y con el dinero de éste había llegado a crear una poderosa y floreciente empresa. Frisaba a la sazón, en los cincuenta años de edad. Su esposa había fallecido, y su hija María, por la que sentía una inmensa ternura, tenía ya diez y ocho años. Era María una rubia deliciosamente bonita; pero la palidez nacarada de sus mejillas y el cerco azulado que rodeaba sus ojos, hacía temer que la joven albergase en su seno el germen de la enfermedad de pecho que matara prematuramente a su madre. En el momento en que la presentamos a nuestros lectores, hallábase con su padre, en compañía de Ovidio Soliveau, un sujeto de la peor estofa que había descubierto el pasado de Santiago Garaud, y le hacía víctima de su chantaje. Ovidio, desde la muerte de Jacobo Mortimer, habíase convertido en comensal constante de la casa y pariente reconocido del gran industrial. De repente, interrumpiendo la conversación de los dos hombres, dijo María:

—Papá, ¿a cuánto asciende actualmente tu fortuna?

Los dos cambiaron entre sí una mirada de sorpresa. María esperó unos instantes, e insistió:

—¿Por qué no me contestas? Tú no tienes secretos para el tío, de suerte que su presencia no es obstáculo. Contéstame a esta pregunta, que te asombrará seguramente lo que después voy a decirte.

—Pues bien, hija mía, poseemos en este momento cerca de cien mil libras de renta.

—Lo que supone un capital de unos diez millones —añadió María—. ¿Está comprendida la fábrica?

—No.

—¿Y cuánto puede valer?

—Un millón. Tendría seguramente quien me lo diese por ella.

—Bueno; pues es preciso que la vendas.

Ambos miraron con estupor a María.

—¿Quieres que venda mi fábrica?

—Eso mismo.

—Pero...

—No hay pero que valga. Entiendo que eres ya bastante rico. Y te advierto que tiene que ser sin pérdida de momento. Tengo un proyecto que no admite dilaciones.

—¿Y qué proyecto es ése, hija mía?

—Ir a fijar nuestra residencia en Francia.

—¡En Francia! —exclamaron a un tiempo los dos hombres, sacudidos por un escalofrío.

—Sin duda alguna. En Francia, el país de mi padre, su país de usted, tío Ovidio, y mi país al mismo tiempo. Adoro a Francia, sin conocerla, y quiero vivir y morir en ella.

—¿Qué estás hablando de morir, hija mía? —exclamó Santiago.

—¡Oh! Te aseguro que no tengo ganas ningunas de morirme, sino todo lo contrario; pero aquí moriría joven, porque me aburro soberanamente. América me es odiosa. París, en cambio, me atrae. Paréceme que en París respiraré mucho mejor que en Nueva York... que allí no sentiré estas opresiones que a veces me sofocan...

—Pero, hija mía, nada nos impide el marchar inmediatamente a París y pasar allí dos o tres meses.

—¡Ah, no, no! De ningún modo. Detesto las medias tintas. Deseo que liquides tus negocios, que partamos para Francia para no volver jamás.

—¡Vender la fábrica! —exclamó Ovidio interviniendo—. ¡Abandonar América! ¡Eso es un absurdo!... ¡Eso es una insensatez!

—Usted es muy dueño, tío Ovidio, de quedarse en América. ¡Lejos de mí el pretender que se venga con nosotros!... Pero yo quiero partir... Aquí me aburro, me asfixio... me muero, en una palabra —dijo María estallando en sollozos.

Tomóla Santiago en sus brazos.

—Cálmate, hija mía querida —díjole con acento cariñoso—. Cálmate, yo te lo ruego... Tus deseos serán cumplidos... Nos marcharemos a Francia; mas ¿qué haremos en París?

—Viviremos en la situación que nuestra fortuna nos permite. Tendremos un hotel en el barrio más aristocrático de la gran ciudad. Iremos a los espectáculos, recibiremos en nuestros salones a lo más selecto de la sociedad...

—Pero pronto nos cansaremos ambos de esta vida de constante y estéril agitación. Me faltará a mí el trabajo... la actividad...

—¿Aún quieres trabajar más? Pero ¿para qué, papá? ¿No eres ya bastante rico?

—No es para ganar dinero, es que el trabajo es mi vida, mi exclusiva distracción.

—Y bien, ¿qué te impide el vender aquí tu fábrica y montar en Francia otra por el estilo? Con tu talento y tu renombre pronto serás en tu país natal tan célebre como en América... Date prisa a vender, puesto que tienes ya ofertas. No olvides que me urge el tiempo. ¿Vendrá usted con nosotros, tío Ovidio?

—Ya veremos... ya veremos, sobrinita —respondió Ovidio riendo.

—Por mí, haga usted lo que quiera. Mi padre no me negará la gracia que le pido...

Y, contrariada la joven, abandonó el comedor, dando rienda suelta a sus lágrimas. El falso Pablo Harmant quedó solo con Ovidio.

—¿Y piensas obedecer tan insensato capricho? —preguntó este último.

—¿Y cómo no obedecerlo? Tú mismo lo has oído... enfermaría... se moriría...

—¿Entonces partiréis dentro de ocho días?

—Sí.

—¡Oh, padre inepto! —exclamó Ovidio alzándose de hombros—. Tu hija puede ufanarse de llevarte por las narices a donde le dé la gana.

—Pero si tiene razón... En Francia hay mucho que hacer... hay un fuerte mercado que explotar... Davidson me ha propuesto un comprador serio para la fábrica. Voy a ir a hablar con él y la cederé por el precio que me ofrezcan.

—¡Tendría que hablarte, primo! —dijo Ovidio de improviso.

—Habla, pues —contestó Santiago.

—Aquí no.

—¿Por qué?

—Porque lo que tengo que decirte no debe oírlo nadie —dijo Ovidio, bajando la voz.

Pablo Harmant dirigió a su pretendido primo una mirada de desconfianza.

—¿Es tan grave lo que tienes que comunicarme?

—Poco tardarás en saberlo, pero vamos a tu despacho, te repito; sólo te retendré breves instantes.

—Está bien: sígueme —dijo al fin Santiago, con un gesto de disgusto.

Los falsos primos entraron en el gabinete de trabajo de Santiago, que estaba aislado del resto de la casa. El acaudalado industrial dijo a Ovidio:

—Ya estamos solos. Habla con toda libertad.

—Entonces hablemos con calma —dijo Soliveau, montándose en una silla y apoyando en el respaldo los dos brazos—. ¿Estás decidido a ausentarte de América?

—Estoy decidido, sí.

—Muy bien; ¿y qué piensas hacer de mí?

—Tú te vendrás con nosotros.

—¡Eso de ningún modo! No entra en mis planes el volver a un país donde una justicia ridículamente quisquillosa pudiera darme algún disgusto.

—Tú te refieres a la orden de detención extendida contra ti en otra época... No te preocupes por eso... Ha prescrito hace ya tiempo... Nadie pensará en molestarte.

—Lo sé, pero prefiero quedarme en América.

—Eres muy dueño de hacerlo. Impondré como condición al que me compre la fábrica que siga utilizando tus servicios, mediante un sueldo y una participación crecida en los beneficios de la casa. ¿No te parece así bien?

—No —respondió Ovidio secamente.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres?

—Comprarte la fábrica.

Santiago miró riendo a su pretendido primo.

—¡Diablo! Yo te creía sin un céntimo, al verte venir todos los días a pedirme que te pagase tus deudas; pero por lo visto parece que, lejos de hallarte arruinado, has logrado reunir la no despreciable suma de un millón. ¡Te felicito, primo mío!

—No tengo ni un solo céntimo; por el contrario, he perdido anoche doscientos dólares que me entregarás ahora mismo; pero, a pesar de ello, repito que te compro la

fábrica.

—Pues te ruego me descifres el enigma.

—Si no hay enigma ninguno... Redactaremos un acta de venta... Tú me firmarás el recibo de un millón y me darás encima cuarenta mil dólares en metálico, como fondos de entretenimiento. Es el precio que exijo por mi silencio.

Santiago habíase levantado y se dirigió hacia Ovidio con los puños apretados y el aire amenazador.

—¿Y si yo te estrangulase? —le dijo ahogadamente.

Ovidio se echó a reír y, con la mayor sangre fría, replicó:

—Con eso no adelantarías gran cosa. Mi testamento está en poder de un procurador de Nueva York y contiene tu biografía, con algunas pruebas en su apoyo. Tan pronto fuera yo muerto, sabrías quién eres tú.

—¡Me tienes en tu poder! —exclamó desesperado Santiago—. Acompáñame ahora mismo.

—¿Adónde me llevarás?

—A casa de mi banquero. Dentro de una hora la fábrica será tuya y tendrás a tu disposición cuarenta mil dólares.

—¡Bravo, primo! Eso es ponerse en razón.

\* \* \*

Aquella misma noche la fábrica había pasado a manos de Ovidio Soliveau. Ocho días después Pablo Harmant y su hija María embarcábanse con rumbo al Havre y, antes de finalizar el mes, hallábanse instalados en un precioso hotel, cercano al Parque de Monceau.

El ex asociado de Jacobo Mortimer tenía numerosas relaciones comerciales en París con banqueros y grandes industriales, algunos de los cuales habíanle visitado ya en Nueva York. Su fortuna conocida y su indiscutible honradez abríanle todas las puertas, y el día en que se supo que se proponía construir una fábrica grandiosa en los alrededores de París, para explotar los inventos que le habían hecho rico y célebre en Norteamérica, comentóse la noticia en todas partes.

Adquirió en Courbevoie diez mil metros cuadrados de terrenos y ya estaba combinando, con un arquitecto de fama, las planos de los nuevos talleres, cuando surgieron dificultades a propósito de un derecho de tránsito. Necesitando un abogado que le arreglase pronto aquel asunto, rogó a su banquero que le recomendase alguno.

—Para un asunto sencillo de servidumbre —respondióle aquél— no tiene usted necesidad de un abogado célebre, sino de un joven activo, inteligente e instruido, y voy a recomendarle a uno, cuyo celo y talento me han sido de utilidad muchas veces.

El banquero escribió en un pliego de papel la siguiente dirección:

«*Jorge Darier, abogado. Calle Bonaparte, número 19*».

—Mil gracias —dijo Santiago, guardando la hoja—. Voy a verlo en este instante.

Jorge, el hijo adoptivo de Clara Darier, confiado por el cura Laugier a la protección de Esteban Castel, había avanzado en su carrera y realizado las esperanzas que sus aptitudes hicieron concebir. Era un apuesto mancebo, de cabello rubio aleonado y ojos de color azul oscuro, próximo a cumplir los veinticinco años de edad, e inscripto, desde dos años antes, en el Colegio de Abogados con ejercicio en París.

En su despacho de la calle Bonaparte veíase una biblioteca de caoba, recuerdo del cura Laugier, y en uno de los ángulos, y sobre un pedestal de ébano, un caballito de cartón, cubierto con un crespón negro, que conservaba Jorge como una reliquia, creyéndolo recuerdo de su madre Clara Darier.

Vivía con una criada de cuarenta y cinco años, excelente cocinera, y solía comer en su casa, si no lo hacía en la de su tutor Esteban Castel, el cual, a su vez, también frecuentaba la mesa de Jorge. Estudiaba éste un voluminoso legajo, cuando le entregó su criada la tarjeta de Pablo Harmant.

—Hágalo usted pasar.

Santiago entró en el despacho, y Jorge levantóse de su asiento, avanzando dos pasos hacia su visitante.

El falso Pablo Harmant tomó en seguida la palabra y dio a conocer al abogado el objeto de su visita, exponiéndole su caso con toda suerte de detalles.

Empapado Jorge Darier del asunto, dijo a su nuevo cliente que la razón estaba toda de su parte, y encargóse gustoso de aquel pleito.

Al cabo de treinta días, los adversarios de Pablo Harmant desistían de un pleito que tenían la seguridad de perder, y empezaron los trabajos de construcción. Jorge había visitado dos veces el hotel de la calle de Murillo para conferenciar con su cliente, y en ambas ocasiones había sido perfectamente recibido por el padre y por la hija.

Los aires de París no habían sentado bien a ésta. Sobre la nacarada palidez de sus mejillas observábase actualmente dos rosetas color carmín. Una tos seca y pertinaz se escapaba de su pecho a cada instante. Asustado Santiago por estos síntomas, hizo reconocer a su hija por un afamado doctor, el cual le dio esperanzas y le ordenó un tratamiento.

María se hacía confeccionar sus vestidos por una de las mejores modistas de París, conocida por la señora Agustina, la cual poseía una clientela numerosa y distinguida. Por muy vastos que fuesen sus talleres de la calle de San Honorato, Agustina tenía necesidad muchas veces, para poder cumplir con sus clientes, de dar a hacer fuera de su casa algunas prendas a algunas obreras libres. Entre éstas existía una preferida a la que Agustina había tratado por todos los medios imaginables de hacer ingresar en su casa; pero Lucía, que tal era su nombre, quería conservar su independencia y no abandonar su casita, situada en el último piso de una de las casas

del muelle de Borbón, en la Isla de San Luis.

Lucía contaba a la sazón veintidós años y medio y jamás cabeza más linda de griseta parisiense había coronado cuerpo más encantador. Era su abundante cabello de color castaño dorado y sus dulcísimos ojos de un oscuro tinte azul. Una alegre sonrisa separaba sin cesar sus rojos labios, los cuales dejaban a medio descubrir dos delicadas hileras de dientes de deslumbrante blancura.

La favorita de la señora Agustina era amada y respetada por todos. Amada, porque era buena y servicial; respetada, porque en los cuatro años que hacía que habitaba en la casa, las lenguas más viperinas no habían podido formular una acusación, ni aun siquiera emitir una conjetura maliciosa acerca de su conducta. En cambio se le suponía un novio: su vecino el dibujante Luciano Labroue.

## CAPÍTULO XI

**L**uciano Labroue era el hijo del ingeniero asesinado en Alfortville por Santiago Garaud, durante el incendio de su fábrica. A la muerte de su tía, la señora Bertin, Luciano, que sólo contaba entonces veinte años de edad, había quedado solo en el mundo con unos cuantos francos. Las humildes economías de su tía habíanle permitido proseguir sus estudios algo más, pero, cuando se terminaron aquéllas, dióse a buscar un empleo lucrativo en el que le fuese posible utilizar sus conocimientos especiales.

Desgraciadamente nadie se interesaba por él: carecía de influencia. Era indispensable, sin embargo, vivir y pagar la contribución de los terrenos de Alfortville, que no quería vender ni hipotecar, y resolvió entrar en un taller donde, al mismo tiempo que ganase su cotidiano sustento, iría adquiriendo la habilidad material de la ejecución.

El azar le hizo alquilar el piso contiguo al que ocupaba Lucía. No tardaron en conocerse. Primero se saludaron, al cruzarse en la escalera; después los saludos fueron acompañados de sonrisas; más tarde se pararon a saludarse y, a medida que pasaba el tiempo, estas paradas se iban haciendo más largas. Por fin aquella amistad hubo de degenerar en amor:

—Lucía, yo la amo a usted —dijo un día Luciano a la hija de Juana Fortier—. Cuando tenga una posición más desahogada me casaré con usted. ¿Quiere usted esperar a que la fortuna me sonría?

Lucía le respondió:

—Yo también le amo a usted y esperaré todo lo que sea preciso. Pero ¿por qué esperar a la fortuna? Usted, es laborioso y yo no soy perezosa. Me parece que si reunimos las dos bolsas, reinará en nuestra casa el bienestar. ¿No opina usted como yo?... ¿Por qué no?

—Por dos razones: la primera es que cuando nos casemos harto tendrá usted con cuidar del gobierno de la casa; y la segunda es que el hombre, a mi entender, debe ganar lo suficiente para mantener a su mujer y a sus hijos, cuando vengan.

Esperaron un año; pero si Lucía aguardaba con paciencia, el desaliento empezaba a apoderarse de Luciano. Sus ingresos eran mediocres y no le permitían esperar, en un porvenir más o menos cercano, el bienestar, a falta de la fortuna.

Los novios se habían contado mutuamente su historia. La de Luciano la conocemos ya. La de Lucía era bien corta: una nodriza a la cual nadie abonaba sus soldadas, había la depositado en la casa de expósitos a la edad de un año, o año y medio. La niña se había hecho mujer, y nada más sabía de sí misma. Aquella niña era la hija de Juana Fortier.

\* \* \*

Eran las diez de la mañana. Lucía acababa de empaquetar un vestido para llevarlo a los talleres de la señora Agustina.

Al entrar Lucía en la casa, marchó directamente al salón de pruebas, donde la célebre modista tomaba medida, en persona, a una linda rubia de unos dieciocho años de edad, que, para merecer éste honor, debía ser una cliente excepcional.

—¡Ah! Eres tú, Lucía... —exclamó la modista al verla entrar—. Llegas a muy buena hora, porque tengo que encomendarte un trabajo que urge y que requiere mucho gusto: ...un traje de baile, cuyas medidas estoy tomando a la señorita Harmant. Quiero que este traje sea una verdadera obra de arte.

—¿A esta señorita va usted a encargarme mi traje?

—Sí —respondió Agustina—. Lucía es la mejor de mis obreras y la que posee el gusto más delicado de todas. Por eso es la más confianza me merece. Le evitaré a usted, por otra parte, las molestias de hasta aquí para las pruebas, pues ella misma irá a su casa.

—Perfectamente, Lucía —dijo María—. Ya sabe usted que la espero todos los días, por la mañana, en el hotel de mi padre. Hasta muy pronto, ¿no es eso?

Agustina acompañó hasta la escalera a María, y al regresar y ver el trabajo presentado por Lucía, no pudo menos de exclamar, entusiasmada:

—¡Magnífico, hija mía, magnífico! Cada vez estoy más satisfecha de ti. Ahora es preciso que te esmeres en la confección del traje de esta señorita. Es la hija de un norteamericano, no sé cuántas veces millonario, que ha venido a establecerse en París, y una de mis mejores clientes. Toma su dirección.

Sacó Lucía una libreta del bolsillo y escribió lo siguiente, dictado por la modista:

*«Señorita María Harmant. Calle de Murillo, número 27».*

Al poco de volver aquella tarde de la calle el joven abogado Jorge Dariet, había anunciado su antigua sirvienta, Magdalena, la visita de Esteban Castel. Jorge corrió presuroso a recibir al artista que, después de haber sido su tutor, seguía siendo el mejor de sus amigos. Pasaba Esteban ya de los cuarenta; pero aunque su bigote y sus cabellos empezaban a ser grises, conservaban su fisonomía franca, su mirada noble y su agilidad habitual. En el ojal de su levita brillaba el rojo botón de la Legión de Honor.

—¡Dichosos los ojos que le ven, querido tutor! —exclamó Jorge—. Hace quince días que no aparece usted por aquí.

—Tienes razón... tenía necesidad de acabar con toda urgencia varios cuadros... Pero creo que la distancia de aquí a la calle de Assas no es muy grande, y bien has podido ir a verme.

—Muchas veces lo he pensado; pero le aseguro que el trabajo no me deja tiempo para nada.



—Tanto mejor: ésa es buena señal. En fin, vengo a anunciarte que me convidó a comer.

—¡Miel sobre hojuelas! —exclamó con verdadera satisfacción Jorge Darier. Y llamando a la sirvienta, dióle las oportunas instrucciones.

En esto volvió a sonar la campanilla y entró otra vez Magdalena.

—Un joven, que dice llamarse Luciano Labroue, desea ver al señor —dijo, dirigiéndose a Jorge.

Jorge lanzó una exclamación de sorpresa y de alegría.

—¡Luciano Labroue! —repitió el pintor asombrado.

—Sí... un antiguo compañero de colegio... un amigo a quien no he visto hace cinco años. ¿Lo conoce usted, por ventura, querido tutor?

—Creo recordar su nombre, por lo menos.

Un segundo después entró Luciano en el despacho y Jorge le tendió los brazos, exclamando:

—¡Luciano!... ¡Mi querido Luciano!...

Emocionados los dos amigos, abrazáronse fraternalmente.

—¡Qué bien has hecho en venir! —díjole Jorge—; ¡qué alegría volverte a ver!

—No es menor la que yo siento al abrazarte nuevamente —replicó Luciano, inclinándose cortésmente ante el artista.

—El señor Esteban Castel —dijo Jorge presentándose—, mi amigo y mi tutor.

Después los dos jóvenes refirieron mutuamente lo que había sido de sus vidas respectivas durante los cinco años que habían dejado de verse, y Luciano expuso a su amigo el objeto principal de su visita, las dificultades que tenía para encontrar empleo.

—Desde mañana me ocuparé de ti —díjole Jorge, al terminar Luciano su relato.

\* \* \*

Al día siguiente, por la mañana, encaminóse Jorge al hotel de la calle de Murillo. Dijéronle, al llegar, que Pablo Harmant se hallaba ausente; pero, conociendo el dominio que la hija ejercía sobre el padre, solicitó ser recibido por María, quien le hizo pasar al instante.

—Buenos días, señor Darier —dijo la hija del millonario, tendiendo la mano a Jorge, con la más graciosa de sus sonrisas—. Ya sé que la visita no era para mí, pero mi padre se halla ausente y no regresará hasta dentro de tres semanas. Sin embargo, como sostengo con él correspondencia diaria, puede decirme lo que guste, si es urgente, que yo se lo escribiré.

—Esperemos su regreso para hablarle del objeto que hoy me trae; pero me voy a permitir rogar a usted que apoye mis pretensiones.

—Puede contar usted desde este instante con mi más incondicional apoyo; pero ¿de qué se trata?

—Se trata de colocar en la fábrica del señor Harmant a un excelente joven, alumno de la Escuela de Artes y Oficios, distinguido dibujante y habilísimo mecánico. Un amigo de colegio a quien el trágico fin de su padre, asesinado y robado, y la muerte de una tía suya, han dejado sin recursos, teniendo que vivir de su trabajo.

—Lo que usted pide, señor Darier, es una obra de caridad; puede usted contar conmigo, y desde luego le respondo casi del éxito. Mi padre debe llegar el día 2 del mes que viene; que venga el 3 su protegido y que pregunte por mí.

Jorge se despidió, y tan pronto regresó a su domicilio escribió dos letras a Luciano comunicándole el resultado de sus gestiones. El hijo de Julio Labroue no tenía que hacer más que esperar unos días.

## CAPÍTULO XII

**H**abíamos dejado a Juana Fortier, vestida de religiosa, caminando sobre la nieve con dirección a la ciudad, entre cuyas calles tortuosas y sombrías acabó al fin por perderse.

Detúvose ante un almacén de ropa hecha y penetró decididamente en su interior.

—¿Qué desea usted, hermana? —preguntó la dueña, mujer ya de cierta edad.

—Desearía un traje de mucho abrigo para una infeliz mujer a quien voy a visitar, y que tiene aproximadamente mi misma corpulencia.

En unos cuantos segundos eligió Juana un traje completo, de color gris y mucho abrigo, una toca para la cabeza y un mantón; envolviólo todo en un trozo de tela, pagó su importe y salió.

Al poco de caminar por la calle, vio una puerta abierta y un corredor oscuro. Penetró hasta el fin del mismo, hasta tropezar con una escalera. En la parte superior de la casa reinaba un profundo silencio. Quitóse los hábitos de la hermana, que envolvió cuidadosamente en el trozo de tela donde llevaba las prendas adquiridas, púsose el vestido gris, la toca y el mantón, y salió inmediatamente, encaminándose presurosa, con el envoltorio bajo el brazo, hacia la estación del ferrocarril. Tenía toda la apariencia de una obrera lugareña. Al llegar a la estación, pidió un billete para París, y apenas si le dio tiempo para meterse en el tren, ya casi en marcha. Juana se puso a reflexionar, discurriendo un nuevo plan, convencida de que su evasión no tardaría en descubrirse. En efecto: extrañada la superiora de que Sor Filomena no se les hubiese unido en la iglesia, mandó a informarse en cuanto regresó al establecimiento, viéndose entonces que la hermana seguía durmiendo aún y que a su lado aparecían, en vez de sus vestidos, los de Juana.

Comprobada la evasión, supolo todo Clermont una hora más tarde, y no mucho después conocíanse perfectamente todos los detalles de la misma.

Telegrafióse a París, sin pérdida de tiempo, para que detuviesen a todas las viajeras portadoras de billetes procedentes de Clermont que no justificasen debidamente su personalidad. Pero Juana no cayó en poder de los agentes de seguridad. Todos los viajeros declararon que no habían visto subir en Clermont a ninguna persona de aspecto sospechoso.

He aquí lo que había ocurrido. Al llegar al primer túnel arrojó Juana por una ventanilla el envoltorio que contenía los hábitos de Sor Filomena, y al detenerse el tren en San Dionisio bajó del coche y salió de la estación entregando su billete al empleado, que no lo miró siquiera. Juana emprendió la marcha a pie hacia París, y antes de una hora entró en la capital, que halló cubierta de nieve, y triste, a pesar de ser domingo. Pero embriagada al respirar aquellas auras de libertad, Juana no sentía frío, y mientras reparaba sus fuerzas desayunando, reflexionaba sobre su situación.

—No debo —se decía— tomar el menor reposo hasta no saber qué ha sido de mis hijos. Hoy mismo iré a Chevy.

Y en efecto, apenas terminó su frugal almuerzo, trasladóse en un ómnibus a Vincennes, donde tomó el tren para Chevry.

—¿Y si soy reconocida? —se preguntaba con horror.

¡Vano temor! Al cabo de veintidós años, había sufrido mucho, había llorado mucho, había estado loca por espacio de nueve años y había cumplido ya los cuarenta y ocho de edad: estaba desconocida. El peligro estribaba en que las preguntas, que no tendría más remedio que formular para orientarse, llegasen a despertar sospechas.

Al fin llegó a Chevry. A medida que se aproximaba a la casa rectoral, sentía crecer su emoción y latir su corazón desordenadamente dentro de su pecho anhelante. Al llegar, le dijo la criada que el cura, en aquel momento, estaba celebrando las vísperas, y que si quería hablarle, fuese a la iglesia a buscarlo.

Trasladóse Juana al templo y tomó asiento en un banco. Terminadas las vísperas, fueron desfilando los fieles y salió, por fin, el cura, el último de todos.

—Dispense usted, señor cura —dijo Juana deteniéndole—. Desearía hablar con usted.

—Está bien, hija mía. Venga usted a la sacristía.

Obedecióle Juana y, una vez en dicha pieza, dijo al párroco:

—Vengo por encargo de una persona a pedir a usted ciertos informes, relativos a su antecesor, el que desempeñaba este curato el año sesenta y uno.

—¿Usted se refiere, sin duda, al abate Laugier, a quien yo reemplacé? Tan venerable señor murió el año de la guerra y yo me encuentro aquí desde el setenta y uno.

—¿Y no tenía una hermana?

—Sí; pero falleció también antes que él.

—¿Y esa hermana no tenía consigo un niño?

—Sí... su hijo, según me han dicho.

—¿Sabe usted lo que ha sido de este niño?

—Respecto a este particular, los informes que puedo darle son bien vagos —respondió el cura—. Sólo que vino a los funerales de mi antecesor, y que volvió a marchar a París, en compañía de un amigo del difunto.

—¿Podría usted decirme siquiera el nombre de este amigo?

—No lo he sabido jamás.

—¿Y la criada del señor cura?

—Había precedido en la tumba a sus dos amos.

—La hermana del señor cura era viuda, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Murió en Chevry?

—Así lo creo.

—Entonces, debe constar su nombre en los registros parroquiales, en los del municipio y sobre su misma tumba.

—Así debía ser, sin duda; pero todo ha sido destruido durante la guerra. Los

archivos, por el incendio y el saqueo.

Tantas preguntas habían acabado por despertar cierta desconfianza en el ánimo del cura. La violenta emoción de Juana hacía cada vez más visible.

—¿Qué interés personal le impulsa a usted a averiguar estas cosas?

Juana se estremeció, comprendiendo que había hablado demasiado.

—Ya le he dicho, señor cura —dijo aparentando calma— que procedo por mandato de una amiga. Si deseo saber el nombre de la hermana del cura Laugier, es tan sólo por conocer el de su hijo.

—Pues yo ya le he dicho a usted cuanto sabía sobre el particular. Vea usted si encuentra otra persona en la aldea que pueda darle noticias más concretas que las mías.

El sacerdote salió, dejando a Juana completamente desorientada.

Regresó aquella misma tarde a París, y en las primeras horas del siguiente día trasladóse a Joigny, a la casa donde veintidós años antes habitaba aquella viuda Frémy, a quien confiara su hija para que la amamantase. Se comprenderá su decepción al ver que no existía ni la cabaña donde aquella mujer habitara. Sobre aquellos terrenos había sido edificada una magnífica casa. Dirigióse a la portera, pero ésta no supo darle las noticias que ella deseaba. Había conocido, en efecto, a la viuda Frémy; pero ésta no tenía más que un hijo, que era por cierto un granuja, y ambos habían desaparecido de la aldea, con gran contento del vecindario.

Presa de un infinito desaliento, pensó que todo había terminado para ella. No sabiendo siquiera dónde poder buscar a su hija, ¿cómo podría encontrarla jamás? Pero, puesto que Jorge estaba en París, allí iría a buscarlo; y tomó un tren por la noche, llegando a la capital de madrugada.

Durante el camino había trazado su línea de conducta. No podría tomar alojamiento en una casa amueblada, porque le exigirían sus documentos. Y como aún le quedaba dinero suficiente, resolvió alquilar una buhardilla, comprar los muebles y objetos más indispensables, y buscar trabajo, una vez instalada.

Así lo hizo, en efecto. Quiso la casualidad que encontrase en la calle del Sena un pequeño departamento, que reunía las condiciones requeridas; compró en un baratillo lo más indispensable y a las cuatro de la tarde hallábase ya instalada. Entonces hizo balance de su pequeño capital, y vio con terror, que su bolsa se hallaba casi agotada.

—Si no quiero morir de hambre en plazo breve —pensó la infeliz mujer—, tengo que buscar trabajo a toda prisa.

Bajó a la calle, con objeto de tomar algún alimento, antes de entregarse al descanso y entró en una taberna que había a unos cincuenta pasos de su casa, cuya muestra ostentaba este letrero: Centro de Panaderos.

## CAPÍTULO XIII

**L**ucía acababa de terminar la primera parte del delicado trabajo que la señora Agustina le confiara. Desayunóse toda prisa y se dirigió enseguida al hotel de la calle de Murillo.

María Harmant habíase agravado hacía algún tiempo. Los golpes de tos que destrozaban su pecho habíanse hecho más frecuentes y se prolongaban con una pertinencia ya inquietante. Este estado enfermizo era causa de que el carácter de la joven fuese en extremo desigual. A las violentas crisis nerviosas, sucedíanse largas horas de abatimiento y marasmo. Una profunda tristeza apoderábase entonces de María. Sus lágrimas corrían en abundancia y, en aquellos momentos, tornábase en extremo dulce y se sentía inundada de piedad hacia todos los desdichados.

—Soy rica —se decía— y mi deber es sembrar el bien en torno mío.

Hallábase en uno de éstos momentos, cuando vinieron a anunciarle que una joven, enviada por su modista, solicitaba verla. Hízola entrar enseguida y le dijo en tono cariñoso:

—Hola, querida Lucía, ¿se ha esmerado usted en mi traje?

—He hecho cuanto he podido. Veremos si es de su gusto... El traje no está más que hilvanado, pues sólo se trata de una prueba...

Deshizo Lucía el envoltorio y extendió el vestido sobre un sofá.

—¡Magnífico! —dijo María al contemplarlo—. La colocación de los adornos no puede ser más original.

—Pues ha sido idea exclusivamente mía —dijo Lucía con orgullo.

—Pues la felicito a usted por su buen gusto.

Lucía comenzó la prueba, durante la cual le preguntó María:

—¿Hace mucho tiempo que trabaja usted para la señora Agustina?

—Cerca de quince meses, señorita.

—Se ve que la quiere usted mucho: su mayor deseo sería que ingresase usted en su casa.

—Me consta perfectamente, pero yo prefiero trabajar en la mía.

—¿Vive usted con sus padres, sin duda?

—No tengo padres, señorita... respondió Lucía con tristeza.

—¿Es usted huérfana?

—No lo sé. A la edad de un año he sido depositada en la casa de expósitos.

—¿De suerte que fue usted abandonada por sus padres? ¡Eso es horrible!

—¡Tiene usted razón, es cruel! —dijo Lucía—; porque me parece que habría amado tiernamente a mi madre. Pero jamás se me ha ocurrido vituperar a esta madre desconocida; siempre he pensado que no debía ser culpable; que la miseria, el hambre, la obligarían a obrar de esta manera y que mi padre tal vez hubiese muerto.

—Es verdad —dijo María—. ¿Pero no le han manifestado a usted en la casa de expósitos de qué manera la abandonaron a usted, ni le han dado ninguna señal,

ningún dato que pudiera ayudarle a encontrar a su familia?

—Ya he procurado informarme, señorita; pero me han respondido que, en efecto, al mismo tiempo que yo, depositaron un objeto, una especie de contraseña para reconocermé, pero que el reglamento prohíbe que me lo digan.

—¡Qué insensatez! Entonces no tiene objeto el depositar una contraseña al mismo tiempo que la criatura.

—Dicen que sirve a los padres para reclamar a sus hijos el día que lo desean.

—Todo eso es muy extraño y produce escalofríos. ¿Qué edad tiene usted, Lucía?

—Veintidós años, señorita.

—¿Y cómo, siendo tan excelente obrera no ha pensado usted en poner un establecimiento?

—Porque me faltan dos cosas, señorita: lo primero, una clientela, y después, un capital para los primeros gastos.

—Busque usted un buen marido, si no rico, que posea algún dinero, con el que pueda usted alquilar un piso e instalar en él los talleres, que clientela va vendría.

Al oír hablar de marido, ruborizóse la obrera, y María le notó.

—O yo me engaño demasiado, o usted tiene proyectos de casarse.

—No se engaña usted, señorita; pero mi novio es tan pobre como yo y sólo esperamos para casarnos que encuentre él un buen empleo que nos permita vivir modestamente; y una vez que nos casemos abandonaré la costura, pues él no quiere que trabaje.

—Creo que harán ustedes mal; pero allá ustedes. Lo que le ruego, Lucía, es que me avise con tiempo cuando se vayan a casar para darle una pequeña dote, con la expresa condición de que su marido la deje trabajar solamente para mí.

—Cuando yo le refiera sus bondades, creo que no me negará este favor. ¿Cuándo necesita usted el traje, señorita?

—El jueves que viene.

—Lo tendrá usted de seguro. Vendré yo misma a ponérselo y así podré corregir cualquier defecto imprevisto.

—Gracias, Lucía. Diré a la señora Agustina que quiero que me haga usted todos mis vestidos. ¿Dónde vive usted, hija mía?

—En el muelle de Borbón, número 9, donde tiene usted su casa —respondió la joven obrera.

—Gracias. No lo olvidaré. Hasta la vista, Lucía.

—Hasta la vista, señorita... y repito a usted las gracias.

## CAPÍTULO XIV

**L**a taberna en que entró Juana y que ostentaba en su puerta el nombre de Centro de Panaderos, era, en efecto, el punto de reunión de los empleados de todas clases del ramo de panadería.

Al ver Juana el salón ya casi lleno, y que la conversación era general entre unas y otras mesas, en medio de grandes risotadas hizo ademán de retirarse; pero una criada que pasaba cerca le dijo:

—Puede usted entrar, señora: aún queda sitio.

—Sí, sí, siéntese usted aquí —le dijo un muchachote bien fornido, instalado cerca de la puerta—. Aquí somos todos del oficio, todos dependientes de panadería, y aunque usted no lo sea, lo mismo da, también la acogeremos bien.

Aceptó Juana sonriendo y fue a ocupar el puesto que le hizo el muchacho. Pidió de comer, y por la conversación sostenida por su vecino con un compañero que se hallaba en otra mesa, vino en conocimiento de que en la casa donde el primero estaba empleado faltaba una panadera, las cuales escaseaban en todas partes.

Cuando acabó de comer, tocó en el brazo a su compañero de mesa y le dijo:

—Dispense; pero acabo de oírle decir que necesitan una panadera en casa de su patrón, ¿podría yo ocupar esa plaza?

—¿Es usted del oficio? —preguntóle el joven.

—No; pero como no ofrece grandes dificultades y no me considero más torpe que las demás, creo que podré desempeñar mi cometido a satisfacción de todos.

—Debo advertirle a usted, que, aunque fácil, el oficio es fatigoso.

—Tengo fuerzas y valor.

—¿Sabe usted andar por París?

—No mucho; pero como la clientela debe de residir toda en el mismo barrio...

—Según: la tahona está en la calle del Delfinado, pero tenemos clientes hasta en la Cité y en el Marais.

—Será cuestión de un día o dos para aprender la dirección de todos. ¿Cree usted que serán aceptados mis servicios?

—En cuanto a eso, yo respondo. Hace tres días que buscan por todas partes una panadera. Esta noche, si usted quiere, diré al patrón que usted irá mañana a entenderse con la señora Lebret, que es la que se ocupa de esto.

—Se lo agradeceré a usted en el alma, y habrá usted realizado una buena acción.

El tono con que fueron pronunciadas estas últimas palabras enternecieron al joven panadero.

—Cuenta usted con que lo haré. Mañana por la mañana vaya usted a la tahona, y diga que va de parte del Lionés, que es como a mí me llaman. ¿Cuál es su nombre de usted?

—Lisa Perrin.

A la mañana siguiente presentóse en la panadería de la calle del Delfinado. La



señora Lebret se hallaba detrás del mostrador. El Lionés no había olvidado su promesa, así que en cuanto dijo Juana que venía de su parte, acogióla la patrona con la más amable de sus sonrisas.

—¿Viene usted a ofrecerse como repartidora? —preguntóle.

—Sí, señora, y me agradecería mucho que admitiese usted mis servicios.

—¿No ha desempeñado usted nunca este cargo?

—Nunca, señora; pero abrigo le esperanza de que mi buena voluntad podrá suplir mi falta de costumbre. Yo pondré de mi parte cuanto pueda.

—Está bien, la admito a usted... por lo menos para prueba. ¿Cómo se llama usted?

—Lisa Perrin.

—¿Y dónde vive?

—En la calle del Sena, número 24.

—¿Es usted casada?

—No, viuda.

—Está bien, esto me basta. Su cara bondadosa me exime de tomar informes. Pues bien, desde mañana entrará usted en funciones. Hoy la acompañará a usted la criada a enseñarle el domicilio de toda la clientela. Tiene usted que venir todos los días a las seis de la mañana, para hacer la primera distribución, y a las nueve podrá usted estar de vuelta para rendir cuentas. Venir luego a las cinco de la tarde, para repartir sólo en el barrio, y en hora y media o dos horas terminará usted sus funciones. Ganará usted dos libras de pan y tres francos diarios.

—Aceptado desde luego, señora.

—Está bien, vuelva usted al mediodía, y tome usted esto en señal —díjole alargándole una moneda de diez francos.

Juana partió satisfecha. Como sus ocupaciones no le dejarían tiempo para cocinar en su casa, decidió abonarse a comer en el Centro de Panaderos, donde las raciones no eran caras. Cuando, a la hora de almorzar, encontró nuevamente al Lionés, mostróse con él en extremo agradecida.

—No hay de qué, mamá Lisón —replicó el joven en broma—. La satisfacción es para mí por haberle sido útil.

El nombre de mamá Lisón quedó para siempre a Juana, entre la gente del oficio. Aquella tarde salió con la criada a recorrer la clientela, y a la mañana siguiente hizo por primera vez el reparto. Quiso la casualidad, que entre la clientela del horno de la calle del Delfinado, se hallase también Lucía. Como el muelle de Borbón era el punto más apartado de su recorrido, dejólo para el final. Cuando llegó a la habitación de la joven eran sólo las ocho y media.

—¡Ah! ¿Es mi pan? —exclamó Lucía, abriendo la puerta, al escuchar sus pisadas.

—Sí, señorita —respondió Juana, admirada de contemplar la belleza de la joven—. Un pan de dos libras, ¿no es cierto?

—De dos libras, sí, señora... entre usted y le pagaré.

Entró Juana y admiróle el orden y la limpieza que en el interior reinaban.

—¿Es usted costurera, señorita? —preguntóle.

—Para servirla, señora.

—¡Oh! Yo no puedo hacerme trajes de telas tan costosas como éstas. ¿Usted trabaja, sin duda, para personas ricas?

—Muy cierto; pero eso no obsta para que, en mis ratos perdidos, trabaje también para las pobres, a las que cobro mi trabajo tan barato como puedo.

Después Lucía díjole, para cambiar de conversación:

—Si le fatiga a usted demasiado el subir tan alto, puede dejárselo al portero, diciendo que es para la señorita Lucía, que él le abonará su importe.

Al escuchar el nombre de Lucía, Juana palideció y su corazón empezó a latir desordenadamente.

—¡Ah! —balbuceó la infeliz—. ¿Se llama usted Lucía?

—Sí, señora.

—Un nombre muy bonito... que tiene para mí recuerdos inefables.

Juana retrocedió dos pasos, envolvió a la joven en una mirada indefinible y retiróse, diciendo:

—Hasta mañana, señorita.

Al regresar a la panadería, pensaba para sí:

—¡Lucía! Como mi hija. Su nombre ha despertado en mi alma recuerdos muy crueles. Su vista ha producido en mí una impresión bien extraña. Mi hija debe tener su misma edad... debe ser de su misma corpulencia... tan hermosa como ella... ¿y no la veré yo más? No saber lo que ha sido de ella... ignorar hasta si existe... ¡Qué suplicio! Pero yo quiero ver a esta joven... le subiré el pan todos los días. Esto me recordará a mi hija.

Juana siguió subiendo cada día a la buhardilla, donde permanecía varios minutos viendo coser a la joven, jamás le interrogó acerca de su pasado. ¿Para qué? ¡Hay tantas mujeres que se llaman Lucía! A veces encontraba a Luciano hablando con su prometida, pero ¡cuán ajena estaba Juana de que aquel joven, cuyo nombre ignoraba, fuese el hijo de Julio Labroue, de cuyo asesinato había sido declarada culpable!

\* \* \*

Aproximábase la fecha en que debía regresar a París el falso Pablo Harmant. Esperábasele el dos y María había dicho a Jorge Darier que le enviase a su protegido el tres.

El día primero de mes recibió Luciano una carta de su amigo, convidándole a almorzar al día siguiente. A la hora señalada, presentóse Luciano, que preguntó con impaciencia, después de los saludos de rigor:

—¿Hay alguna novedad?

—Sí. Ayer he vuelto a ver a la señorita Harmant y me ha dicho que te presentes

mañana, a las diez, en su hotel de la calle de Murillo y que preguntes por ella, diciendo que vas de mi parte.

—Gracias, querido Jorge. Tú eres mi ángel tutelar.

—Creo que lograremos nuestros deseos... Mira la carta que acabo de escribir al señor Harmant, para que se la lleves a mano.

Luciano leyó en alta voz:

*«Mi querido señor Harmant:*

*»Me ha dicho usted más de una vez que desearía encontrar una ocasión en que poderme servir. Esta ocasión se ha presentado y me dirijo a usted con una súplica. Le será entregada esta carta por uno de mis amigos de colegio, alumno de la Escuela de Artes y Oficios, mecánico y dibujante de reconocido mérito; mas como el mérito en este mundo no es siempre recompensado, mi amigo se encuentra actualmente, a consecuencia de grandes reveses de familia, no ciertamente sin empleo, pero sí en una situación indigna de sus aptitudes y talentos.*

*»Solicito de usted, para mi amigo Luciano Labroue, el empleo de director de los trabajos de sus fábricas. Usted podrá apreciar prácticamente lo que vale y estoy seguro que me dará las gracias algún día por la adquisición hecha merced a mis gestiones. En espera de que dispense a recomendado una favorable acogida, reciba usted, de antemano, la expresión de mi más efusiva gratitud y no dude del sincero afecto y alta estima que de todo corazón le profesa su atento amigo y abogado, q. l. e. l. m.,*

*»Jorge Darier».*

—Gracias —dijo Luciano emocionado, estrechando con fuerza las manos de su amigo.

—Ya me las darás más tarde. Guarda la carta y mañana, a las diez, preséntate en el hotel de la calle de Murillo.

A la mañana siguiente vistióse Luciano con esmero, y antes de salir de casa, entró en la habitación de Lucía.

—¿Vas a salir, Luciano? —preguntóle su novia.

—Sí, querida mía. Voy a hacer una visita a un multimillonario, que ha venido a proseguir en Francia los muchos negocios que le han enriquecido en América.

—¿Cómo se llama ese industrial?

—Pablo Harmant.

—¿Pablo Harmant, el de la calle de Murillo?

—Sí, ¿le conoces acaso?

—A él, no; pero conozco a su hija, la señorita María. Para ella era el traje de baile que hice no hace muchos días y que tanto te gustó. ¡Oh! Ahora sí que creo en tu triunfo. La señorita María es encantadora, buena, dulce, bondadosa... el padre de tal hija tiene, por necesidad, que ser un hombre excelente. Anda de prisa, Luciano, no pierdas un segundo.

Cuando llegó Luciano al hotel, fue recibido enseguida por María. Había ésta pasado bien la noche y su rostro presentaba menos señales de fatiga que de costumbre. Un rico y vaporoso peinador disimulaba la delgadez excesiva de su cuerpo. Estaba encantadora.

De una sola ojeada vio que su visitante era esbelto, distinguido, inteligente y simpático. En una palabra, su primera impresión fue que jamás había conocido hasta entonces un hombre tan seductor como aquél.

—Me ha sido usted recomendado con gran interés —díjole sonriendo— por el señor Jorge Darier, a quien mi padre profesa gran estima.

—Jorge Darier, señorita, es mi mejor amigo... mi compañero de la infancia... Me ha dicho que usted me prestaría su poderoso apoyo y me presentaría a su señor padre, para quien traigo de él una carta de recomendación.

Expresábase Luciano en un tono respetuoso, pero no servil. María cerró a medias los ojos, arrullada por la caricia de la voz dulce y bien timbrada de su visitante.

—Siéntese usted y hablaremos, caballero —díjole señalándole una silla—. Me dijo el señor Darier que hasta el presente no había encontrado usted ocasión de ejercitar sus aptitudes, y que deseaba usted encontrar una colocación en la fábrica que mi padre piensa abrir el mes que viene.

—Esa colocación será mi porvenir, señorita.

—Yo he contestado al señor Darier que los pretendientes eran numerosos y el cargo de director de los trabajos estaba solicitadísimo; pero le he prometido, al mismo tiempo, hacer cuanto de mí dependiere para lograr que sea usted el preferido. Conviene, para conseguirlo, que sea usted el primero que se presente a mi padre. Tengo la costumbre de no mezclarme para nada en asuntos industriales; pero por usted, caballero, voy a hacer una excepción: haré uso de mi influencia, lo presentaré a usted a mi padre y apoyaré sus pretensiones.

—Se lo agradezco a usted con todo mi corazón, señorita.

María escuchaba al joven con una profunda turbación, de la que no se daba exacta cuenta, pero que le resultaba deliciosa. Sus ojos se fijaban con complacencia en el rostro franco y leal del hijo de Julio Labroue.

—Le repito que haré cuanto de mí dependa. Hubiera querido que hoy mismo hubiese sacado sacudo usted de aquí una certidumbre, en vez de una esperanza; pero, desgraciadamente, es imposible... Mi padre no ha regresado. Recibí ayer un telegrama en que me anunciaba que no llegaría hasta esta tarde.

—Es lo mismo, señorita; la jornada de hoy no ha podido ser más satisfactoria,

puesto que he tenido la dicha de conocerla y de defender mi causa ante usted.

—Y muy bien defendida, por cierto —dijo María, ruborizándose—. Lo que es ante mí, la tiene usted ganada, desde luego. Tendrá usted, sin embargo, que volver mañana a esta misma hora.

—Hasta mañana, pues, señorita —dijo Luciano, levantándose.

—Hasta mañana, caballero. Pero ésta es la hora —dijo María riendo— en que todavía no sé su nombre.

—Luciano Labroue, para servirle —dijo el joven.

—Luciano Labroue —repitió María—; no lo olvidaré. Cuente usted, señor Luciano, con que pronto formará usted parte de la casa.

Inclinóse el visitante, lleno de íntima alegría, y abandonó el saloncito. La hija de Pablo Harmant quiso acompañarle hasta el vestíbulo, detúvose en el primer escalón de la gradería y viole cruzar el patio. En el momento de atravesar la pequeña puerta de la verja, Luciano volvió el rostro y saludó a María nuevamente. Sus miradas se encontraron. María correspondióle con un gesto de la mano, y regresó después al salón.

—Luciano... Luciano... repetía a media voz.

Pablo Harmant llegó, en efecto, aquella tarde, y apreció, con gran dolor, el cambio experimentado por su hija, durante su viaje. Sabemos que aquel miserable era un padre cariñoso, a pesar de todos sus crímenes, y que adoraba tiernamente a su hija única. Pareció hacerse cargo por primera vez de la inminencia del peligro, que hasta entonces no había querido ver, y apoderóse de su alma una angustia inexplicable.

—Háblame de ti, hija mía —dijo Santiago a María, estrechándola entre sus brazos, con ternura—. Me parece que te encuentro peor que a mi partida.

—Pura ilusión, papá —respondió la joven—. Cierto que tu ausencia sido demasiado larga; pero el fastidio que me ha proporcionado no ha repercutido sobre mi salud, por fortuna. Ahora estoy contentísima y me siento admirablemente.

—¿Has vuelto a ver a Jorge Darier? —preguntó el millonario a su hija durante la comida, que fue muy animada.

—Sí, una vez. Por cierto que tengo que hablarte mañana a propósito de su visita.

—¿Y por qué no ahora, hija mía?

—Porque no quiero empañar la alegría de volverte a ver, con una conversación de negocios. ¿Saldrás mañana temprano?

—Desde luego. Almorzaré fuera de casa y...

—¡Tú no me darás el disgusto de dejarme almorzar sola al día siguiente de tu regreso! A las diez nos sentaremos a la mesa y te irás tan pronto como terminemos. ¿No es cierto, papaíto?

—¿Acaso puedo yo negarte nada, hijita mía? —replicó Santiago abrazándola y besándola con ternura—. Pero ¿por qué ese capricho?

—Es un secreto... Hablemos otra cosa. ¿Estás satisfecho del resultado de tu viaje?

—Imposible estarlo más. Traigo importantes pedidos para varios industriales. Es preciso que procure cuanto antes buscar dibujantes hábiles. Mientras no se concluyen los trabajos, instalaré provisionalmente una sala de dibujo aquí mismo, en el salón del piso bajo contiguo a la biblioteca. Así tendré mis empleados a la mano.

—Pero no podrás vigilar a la par a los albañiles y a los dibujantes, y estar a un mismo tiempo en París y en Courbevoie...

—Es indudable —respondió el millonario sonriendo—, pero, además de los contramaestres, tomaré a mi servicio algún joven serio, inteligente e instruido capaz de dirigir los trabajos y de reemplazarme en mis ausencias.

—¿Tienes alguno a la vista?

—Hasta ahora, ninguno, ni creo que sea empresa fácil encontrarlo; pues se trata de un puesto de confianza. Pero buscando bien...

—¡Oh! Pronto darás con él.

—¿Piensas recomendarme, por ventura, a algún protegido tuyo? —preguntó sonriendo el millonario.

—¡Quién sabe! —respondió la joven, sonriendo también—. Pero tú estarás cansado y se va haciendo ya tarde. Vete a acostar, papáito, que ya mañana hablaremos.

## **SEGUNDA PARTE - La metamorfosis de Ovidio**

## CAPÍTULO I

**A** la mañana siguiente dedicóse el falso Pablo Harmant a poner en orden sus papeles y a leer la correspondencia atrasada. Entre otras muchas cartas, llamóle la atención una que traía el sello de los Estados Unidos. Al reconocer en el sobre la letra de Ovidio Soliveau, abrióla con precipitación, no exenta de inquietud. La carta estaba concebida en estos términos:

*«Mi querido primo:*

*»Desde tu marcha he experimentado crueles decepciones. Los negocios de la antigua casa Jacobo Mortimer y Pablo Harmant, de quienes soy sucesor, disminuyen de día en día. Tu partida ha sido para la fábrica un golpe funesto, y si esto continúa de este modo, el porvenir me parece inquietante.*

*»Empiezo a arrepentirme de no haberte seguido a Francia, aparte de que los lazos de la sangre me atraen con fuerza extraordinaria y me parece imposible, te lo aseguro bajo palabra de honor; poder vivir lejos de ti... ¿Quién sabe? Tal vez nos volvamos a ver más pronto de lo que ambos calculamos...*

*»Adiós, querido Pablo. No dudes del afecto de tu primo,*

*»Ovidio Soliveau».*

El falso Pablo Harmant arrojó al fuego la carta y reanudó su trabajo: pero su pensamiento hallábase agitado por las más hondas preocupaciones y profundas arrugas surcaban su frente.

María no fue aquella mañana menos madrugadora que su padre. Arreglóse con rapidez, aunque no sin coquetería, y en cuanto salió de sus habitaciones dio las órdenes oportunas para que, tan pronto se presentase Luciano en el hotel, le hiciesen entrar en el saloncito, donde dirigióse a esperarle; pero en vez de sentarse junto al fuego permaneció de pie al lado de una ventana, desde la cual se dominaba el patio y se descubría la verja y la pequeña puerta que daba a la calle.

Dieron las nueve y media y, casi simultáneamente, sonó el timbre que anunciaba una visita, y Luciano dirigióse hacia la escalinata. La hija del falso Pablo Harmant llevóse la mano al corazón, donde sintió afluir toda su sangre. Un violento golpe de tos destrozóle el pecho. Entró Luciano y el ayuda de cámara cerró tras él la puerta. Hizo María un violento esfuerzo por dominar su emoción y recuperar alientos, y dijo con voz insegura:

—Mi padre está, ya de regreso, señor Luciano; de suerte que le presentaré a usted en seguida.



—¿Le ha hablado usted ya de mí, señorita? —preguntóle el hijo de Julio Labroue.

—Nada le he dicho todavía. Lo que si he hecho ha sido asegurarme de que hasta ahora no tiene comprometido con nadie el empleo que usted desea. Venga usted y confíe en mí.

María tendió, al mismo tiempo, su mano febril al joven, que la sintió temblar entre las suyas, y salió del saloncito, seguida de Luciano, deteniéndose en una pieza contigua a la biblioteca.

—Espéreme usted aquí y tenga preparada la carta de Jorge Darier.

La joven llamó suavemente a la puerta de la biblioteca, y entró sin esperar contestación.

—¡Hola! —¿Eres tú, hija mía? ¿Cómo te has levantado tan temprano?

—Pero ¿qué dices, papá? ¡Pues estaría bonito que a las nueve y media no estuviese levantada todavía!

Santiago abrazó efusivamente a su hija, y prosiguió:

—¿Entonces es que vienes a buscarme para almorzar?

—Aún tardaremos un rato en sentarnos a la mesa. Vengo a hablar contigo de negocios...

Ayer me dijiste que ibas a buscar un director de trabajo para que vigilara el salón de dibujantes, que vas a instalar aquí. Que necesitabas un hombre instruido, inteligente, práctico, en quien pudieses confiar como en ti mismo...

—Lo dije y le repito. ¿Puedes tú, por ventura, ofrecerme esta especie de fénix?

—Ciertamente; y tú tomaras a tu servicio a este fénix, cediendo a mis instancias y a las de tu abogado Jorge Darier.

—¡Ah! ¿También tu abogado le protege?

—Sí; se trata de un antiguo camarada de colegio, de un íntimo amigo del señor Darier, el cual responde de él como de sí mismo. El pobre joven ha sufrido grandes reveses de familia y necesita un protector. ¿Verdad que lo tomarás a tu servicio?

—Es preciso que el corazón no domine a la cabeza. El hombre que ha de ser mi brazo derecho, mi «*alter ego*», debe poseer cualidades especiales y bien raras. Deseo vivamente servir a Darier y sobre todo darte gusto a ti; pero quiero asegurarme, ante todo, de si la persona en cuestión sirve para el empleo que pretende, y si puedo, sin inquietudes ni peligros, delegar mi autoridad en sus manos. Voy a escribir en seguida a tu protegido para que venga a hablar conmigo.

—Es inútil que le escribas, pues espera en la pieza inmediata, con una carta del señor Darier.

—Entonces esto es un verdadero complot —dijo el millonario riendo nuevamente.

—Un verdadero complot, en el cual vas a caer, pues no es posible que te niegues a recibir al mejor amigo de tu abogado.

—No, ciertamente.

María corrió presurosa a la puerta de la biblioteca y abrióla, llena de júbilo,

diciendo en alta voz:

—Entre usted, señor Luciano. Mi padre le está esperando.

Entró Luciano tembloroso, con la carta de Jorge Darier en la mano, y el millonario examinólo de pies a cabeza con una rápida mirada, que, a juzgar por el aspecto de su rostro, debió ser favorable al pretendiente.

—¿Me trae usted una carta de Jorge Darier, caballero?

—Sí, señor; aquí la tiene usted —dijo el joven alargándosela.

—También me ha sido usted recomendado por mi hija y tengo verdaderos deseos de servirle; pero los negocios son los negocios, y yo no puedo comprometerme a nada sin tener, de antemano, con usted, una conversación minuciosa.

—Es muy natural, señor.

—Papá, te dejo a solas con el señor —dijo María—, y esperaré con impaciencia el resultado de tu entrevista.

—Bien, hija mía.

Salió la joven, y el falso Pablo Harmant indicó, con la mano, un asiento a su interlocutor.

—¿El empleo que desea usted obtener es, según tengo entendido, el de director de los trabajos de mis talleres?

—Sí, señor; y demasiado conozco la importancia del empleo y las excepcionales cualidades que para desempeñarlo se requieren... Pero antes de seguir adelante haga el favor de leer la carta que le acabo de entregar, que está suscrita por persona que me conoce muy a fondo.

Tomóla Santiago y después de leer las primeras frases volviólala a dejar sobre la mesa.

—Jorge Darier me hace de usted grandes elogios. ¿Ha sido usted alumno de la Escuela de Artes y Oficios?

—Sí, señor; y he hecho estudios especiales de mecánica aplicada a los caminos de hierro, que tengo entendido que es a lo que, de momento, va usted a dedicar sus talleres. Actualmente soy el dibujante de la casa Simons y Compañía, de Saint-Ouen.

—¡Ah! —exclamó el millonario, fijando nuevamente en el joven su mirada—. Ésa es una buena recomendación. ¿Qué edad tiene usted?

—Veintisiete años.

—¿Es usted parisiense?

—Casi, casi, porque he nacido en Alfortville.

Esta palabra cayó como una ducha fría sobre la nuca del falso Pablo Harmant.

—¿Tiene usted padre todavía?

—No, señor.

—¿Pero al menos tendrá usted madre?

—Tampoco. Los he perdido a los dos... Mi madre murió al darme a luz... y mi padre cuando era yo muy niño todavía...

El malestar de Santiago crecía por momentos, hasta el punto de hacerse casi

visible.

—¡Ah! No tiene usted familia. ¿Y en qué se ocupaba su padre, si no es indiscreción?

—Mi padre era un ingeniero de gran mérito y poseía una fábrica en Alfortville.

El ex contraamaestre estaba pálido como un espectro.

—¿Cómo se llama usted? —preguntóle con voz temblorosa.

—Luciano Labroue —respondió el joven.

—¡Luciano Labroue! —repitió el millonario sintiendo correr un escalofrío por debajo del cuello.

—Sí, señor —respondió el novio de Lucía, admirado del evidente estupor del industrial—. ¿Acaso ha conocido usted a mi padre?

Esta pregunta, lejos de desconcertar por completo a Santiago, devolvióle, por el contrario, toda su sangre fría.

—Sí —dijo con resolución—; he conocido a su padre de usted... he sostenido con él relaciones comerciales y amistosas... si se llamaba Julio Labroue.

—Ése era su nombre, sí, señor.

—Comprenderá usted mi emoción al oír hablar de improviso de un hombre a quien yo apreciaba y cuyo trágico fin supe, con verdadera pena, en Nueva York.

—¡Ah! ¿Sabe usted la historia de su muerte?

—Sí, señor: murió asesinado durante el incendio de su fábrica —dijo Santiago estremeciéndose.

—Exactamente, caballero.

—Si mi memoria no me engaña, el criminal fue una mujer... la portera de la fábrica.

—Los jueces así lo creyeron, puesto que condenaron a Juana Fortier; pero yo nunca lo he creído.

Pablo Harmant se estremeció de nuevo.

—¿Cree usted, pues, que la mujer era inocente?

—Yo recibí las postreras confidencias de la tía que me educó, y, según ella, había otra persona que tenía gran interés en la muerte de mi padre.

—¿Otra persona? —preguntó aterrado Pablo Harmant.

—Un contraamaestre de la fábrica, un ambicioso... Mi padre, que tenía en él una confianza ciega, habíale confiado el secreto de sus nuevas invenciones, y, sin duda para quedarse dueño exclusivo de ellas, cometió aquel triple crimen.

—¿Y cómo se llamaba ese contraamaestre?

—Santiago Garaud... recuerdo perfectamente su nombre...

—Pero yo recuerdo haber leído que ese hombre pereció en medio de las llamas, víctima de su abnegación...

—Yo no creo ni en su abnegación ni en su muerte... Eso fue una comedia infame, representada por el miserable.

—¿Tiene usted la prueba de ello? —preguntóle el millonario, presa de horrible

congoja.

—Por desgracia, no, señor; pero Santiago Garaud había escrito una carta a Juana Fortier, de quien estaba enamorado, en la que se hallaba la confesión, o por mejor decir, el anuncio de su crimen.

—¿Y cómo no se sirvió Juana Fortier de esa carta para justificarse?

—Porque no la poseía... el incendio la había devorado.

—Todo eso es muy vago y no tiene más base que meras suposiciones.

—Convenido... Pero existen presentimientos que no pueden engañar al corazón de un hijo. La luz se hará, tarde o temprano... Llegará el día del castigo... ¡Yo debo ser el vengador de mi padre asesinado!

La frente del asesino hallábase bañada de frío sudor; pero decidió hacer un derroche de audacia.

—¡Bah! —replicó tranquilamente—. ¿Qué podría usted hacer? Han transcurrido ya veintidós años desde el drama de Alfortville. Aun dando por descontado que Santiago Garaud fuese el criminal y que viva todavía, le ampara la prescripción.

—¿Qué me importa a mí la prescripción? Si Santiago Garaud vive aún y yo consigo encontrarle, de ningún modo he de recurrir a la ley en demanda de justicia. El miserable, enriquecido por el crimen, ha cambiado de nombre a no dudarlo y se ha creado una familia. El escándalo hecho a su alrededor, el odio y el desprecio de los suyos, me bastarán para vengarme. Levantóse el millonario, presa de una agitación terrible, y se paseó febrilmente durante algunos segundos a lo largo de la biblioteca. Detúvose de repente y dijo con voz cambiada:

—Aplaudo el deseo de usted de querer vengar a su padre; mas dudo que lo consiga. Ahora reanudemos nuestra primitiva conversación... Usted solicita un empleo en mi casa que asegure su situación actual y la venidera; pues bien, cuente usted desde este momento con él.

—¡Ah, señor! —exclamó el joven asiendo las manos del millonario, en un arranque de gratitud. Aquellas manos estaban yertas. Retirólas, sin afectación, Santiago, y prosiguió:

—Veo que reúne usted las condiciones deseadas y será usted un segundo yo. Usted será el encargado de elegir los dibujantes, los contramaestres, los obreros que deben trabajar a sus órdenes. No pierda usted un instante, pues deseo que antes de tres días el salón de dibujo que provisionalmente pienso instalar aquí esté en estado de funcionar. Como lo estaré necesitando a usted e todas las horas del día, será conveniente que se venga a vivir por aquí cerca. Le daré a usted, para empezar, doce mil francos de sueldo anual. ¿Le parece a usted bastante?

—¡Ya lo creo, señor! No pretendía yo tanto...

—¿Es decir, que acepta usted?

—Y en extremo agradecido.

—Convenido. Desde mañana vendrá usted a inspeccionar la instalación de la sala de dibujos. Hoy me acompañará usted a Courbevoie, para que pueda apreciar por sí

mismo la importancia de mi fábrica; y como no hay tiempos que perder, almorzará usted con nosotros.

Luciano no sabía cómo demostrar su agradecimiento.

—A mi hija y a Darier es a quienes debe usted dar las gracias. Ahora ya sabe usted el camino. Pase usted al salón y dígame a María que dentro de cinco minutos me reuniré con ustedes y que usted se queda con nosotros a almorzar. Luciano salió, ebrio de gozo, sin apenas atreverse a dar crédito a su felicidad. Santiago Garaud dejóse caer en un asiento, aniquilado, sin fuerzas.

—¡Luciano Labroue!... —murmuró con voz estrangulada—. ¡Luciano Labroue, el hijo del hombre asesinado por mí... en mi casa... presentado por mi propia hija!...

\* \* \*

Al conocer María el feliz resultado de la entrevista no pudo dominar la emoción que se apoderó de ella, y tuvo que apoyarse en un mueble. Luciano corrió a sostenerla.

—¿Se siente usted mal, señorita? —preguntóle.

—No... gracias... No es nada...

—Réstame sólo testimoniar a usted mi gratitud, pues sé que a usted tan sólo le debo el bien que he obtenido. No lo olvidaré jamás...

María le tendió la mano.

—¡Veremos si no lo olvida usted nunca! —le dijo sonriendo.

El hijo de Julio Labroue tomó la diminuta mano que la joven le ofrecía, y apoyó en ella sus labios con respeto. María sintió en su corazón una sacudida indefinible.

—¡Ah! —pensó para sí—. ¡Comprende que le amo! Y dominando su turbación enseguida, preguntóle:

—¿De suerte que entrará usted en funciones sin demora?

—Desde mañana, señorita... Hoy voy a Courbevoie, en compañía del señor Harmant.

—¿Entonces almorzará usted con nosotros?

—Sí, señorita. Su papá me ha encargado que se lo advierta.

—¡Magnífico! Voy a dar las órdenes oportunas. Dispénsame un momento.

María, después de hablar con la doncella, entró en la biblioteca, para buscar a su padre.

—¿Qué tal, estás contenta?

—Tal vez mucho más de lo que tú puedas figurar...

—Vamos, pues, a almorzar, hija querida.

Cuando llegada la noche, se vio, al fin, libre Luciano, corrió a comunicar el resultado de sus gestiones a su amigo Jorge Darier y después a su Lucía, a quien su larga ausencia tenía inquietada.

La joven no estaba sola. Juana Fortier, conocida entre los empleados del ramo de

panadería por el sobrenombre de mamá Lisón, se hallaba en su compañía. Una hora antes, la evadida de Clermont, a quien un instinto irresistible y misterioso atraía hacia Lucía, había venido a visitarla, con un paquete en la mano. La pobre mujer había visto, al pasar por una tienda de saldos, un corte de vestido a bajo precio; y no habiendo podido resistir la tentación de comprárselo, venía a rogar a la joven que se lo hiciera en los ratos perdidos.

—Se lo haré con mil amores —respondióle Lucía—. Siéntese usted aquí a mi lado, si no tiene mucha prisa; que tan pronto acabe esto, le tomaré las medidas.

La joven no cesaba de mirar hacia la puerta, visiblemente preocupada. Esta preocupación no pasó inadvertida para Juana, si bien no supo explicarse la causa de ella.

—¿Hace mucho tiempo que trabaja usted de modista? —preguntó a la joven, de repente, con objeto de averiguar algo de su pasado.

—Pronto va a hacer seis años, mama Lisón —respondió Lucía.

—¿Ha hecho usted su aprendizaje en París?

—Mi verdadero aprendizaje, sí; pero yo había comenzado a aprender algo en el hospicio, que es donde me he criado.

—¿Que se ha criado usted en el hospicio? —preguntó Juana estremeciéndose.

—Sí, mamá Lisón —dijo tristemente la obrera—. No he conocido jamás a mi padre ni a mi madre. He sido depositada muy chiquita en la casa de expósitos.

—¿Hace mucho tiempo de eso?

—Veintiún años...

—¿Y qué edad tiene usted ahora?

—A creer lo que me han dicho, debo tener actualmente unos veintidós años.

—¿Sabe usted si ha sido abandonada por sus padres, o por personas extrañas, a quienes la hubiesen confiado?

—Lo ignoro.

—Pero en el hospicio deben saberlo.

—Sí; pero a los expósitos no se revelan estas cosas; es preciso que la misma persona que depositó la criatura, o su mandatario, vengan a reclamarla, mencionando la fecha y la hora del depósito y las contraseñas unidas a los pañales. Sé que me depositaron con ciertas contraseñas; pero ignoro cuáles fueren.

—¿Por qué lleva usted entonces el nombre de Lucía?

—Sin duda porque fui depositada el día de esta santa.

—Entonces se llama así por pura casualidad —pensó Juana Fortier, con el corazón oprimido—. ¡Y yo que, sin saber por qué, abrigaba no sé qué vagas esperanzas...! En fin, todo fue un sueño...

Oyéronse pasos en la escalera y Lucía corrió a la puerta, que entreabrió, mas al notar que la persona que subía habíase detenido en el tercer piso volvió a entrar, contristada.

Oyéronse de nuevo pasos y el hijo de Julio Labroue entró a los pocos instantes,

radiante de alegría.

—¡Victoria, querida Lucía! —exclamó lleno de júbilo—. ¡Victoria en toda la línea! He conseguido el empleo que ambicionaba. Tengo en el bolsillo el nombramiento de director de los trabajos de la fábrica de Courbevoie, con doce mil francos de sueldo anual —añadió Luciano entusiasmado, oprimiendo contra sus labios las manos de su novia.

—¡Doce mil francos! —repitió ésta, sin apenas atreverse a dar crédito a sus oídos—. ¡Pero eso significa la fortuna!

—Si no precisamente la fortuna, es el comienzo de ella. Mañana entraré en funciones, dentro de un año mi Lucía será mi mujer y a la vuelta de cinco o seis, viviendo con economía, habré ahorrado lo suficiente para volar con mis propias alas y hacer reconstruir una parte de los talleres de mi pobre padre, en los terrenos que he reservado en Alfortville.

Juana Fortier se estremeció al escuchar este nombre.

—¿Su padre de usted habitaba en Alfortville? —preguntó al joven con voz descompuesta.

—Sí, mamá Lisón.

—¿Y cuál era su nombre?

—Llamábase Julio Labroue y fue asesinado hace ya veintiún años, en medio del incendio de su fábrica.

Juana sintióse morir. Un espanto inenarrable apoderóse de su alma, al verse en presencia del hijo del que, según la justicia, era su víctima.

—Sin duda oiría usted hablar de este crimen, porque hizo mucho ruido —prosiguió Luciano—. El jurado condenó a una mujer; pero en este proceso hay un enigma.

—¿Entonces usted no cree en la culpabilidad de esa mujer? —preguntóle Juana con ansiedad.

—Ni creo ni debo creer... Dudo... y dudaré hasta el día en que yo descubra el paradero del hombre de quien se afirma que pereció víctima de su abnegación; pero que, a mi modo de ver, lo que hizo fue representar una comedia infame, huyendo sin temor a ser perseguido...

Juana, estuvo a punto de hacerse traición... de acusar a Santiago Garaud... Pero se impuso a la razón... pensó que no tenía pruebas y callóse. Su espíritu acababa, sin embargo, de experimentar una inmensa alegría... el hijo de su pretendida víctima no la creía culpable.

Después de una larga pausa, Juana volvió a preguntar:

—Y si encontrase usted al hombre que cree vivo, ¿qué haría usted?

—Devolverle mal por mal y solicitar la rehabilitación de la pobre mártir, si es que existe todavía. Un abogado amigo mío, se ha encargado de practicar las gestiones necesarias para averiguar este extremo. Si vive todavía, irá a verla, le prometeré hacer cuanto esté en mis manos por esclarecer la verdad, y ella me dirá cuanto sepa. Tengo

la seguridad de encontrar, tarde o temprano, al asesino de mi padre.

Y dirigiéndose a Lucía, prosiguió:

—¿Supongo que estarás contenta?

—¡Ay, sí! ¡Soy dichosísima!

—Lo malo es que no nos podremos ver tan a menudo, porque el señor Harmant quiere tenerme siempre a mano y que me vaya a vivir cerca de la calle de Murillo.

—Lo comprendo muy bien; pero, por doloroso que me sea, me resigno. Tú buscarás la manera de hacer todos los días una escapada para venir a ver a tu Lucía y, por supuesto, me dedicarás por entero los domingos.

—Eso ni que decir tiene, querida mía. Mañana mismo dejaré mi habitación.

—¡Qué sola voy a quedarme!

—¿Paga usted mucho alquiler, señor Luciano? —preguntó Juana aproximándose.

—Ciento cincuenta francos.

—De buena gana me quedaría yo con su habitación.

—¿De veras, mamá Lisón? —exclamó Lucía con júbilo.

—Sí, señorita. Sería para mí una inmensa alegría vivir al lado de usted. No puede usted imaginarse el cariño que a los dos les he tomado. Mi mayor placer será hablar del señor Luciano con usted.

—Pues deje usted su piso y véngase a ocupar el mío —dijo Luciano—. Para mí será una gran tranquilidad saber que usted habita al lado de Lucía. Pero aquí todo es hablar y yo estoy muerto de hambre —añadió, cambiando de tono.

—¡Vamos a comer los tres en este instante! —exclamó Lucía llena de júbilo—. Mientras yo pongo la mesa, mamá Lisón irá a buscar las provisiones.

Juana lloraba de alegría, sentíase dichosa. ¡Extraña felicidad que sólo podía manifestarse al exterior por lágrimas!



## CAPÍTULO II

Una mañana descendió Ovidio Soliveau del tranvía a la puerta misma de la fábrica del millonario, sobre la que se leía en grandes y relucientes letras de latón, este letrero:

*Pablo Harmant TALLERES DE CONSTRUCCIÓN*

Después de las explicaciones naturales, fue conducido al antedespacho de Pablo Harmant, donde tuvo que hacer larga antesala por hallarse aquél conferenciando con el director de los trabajos de sus talleres.

—¿A quién tengo el honor de anunciar? —preguntóle el ordenanza antes de entrar en el despacho, llamado por el millonario.

—Es inútil... El señor Harmant no me conoce...

Algunos minutos después reapareció el ordenanza e hizo señas a Ovidio para que pasase.

Penetró el dijonés en el despacho, cuya puerta tuvo la precaución de cerrar detrás de sí. Pablo Harmant se hallaba de espaldas, ocupado en cerrar la caja de caudales. Al oír sus pasos, volvió la cara, y al contemplar ante sus ojos a Ovidio Soliveau, con las piernas abiertas, las manos en los bolsillos, el sombrero encasquetado y el semblante contraído por una sonrisa maliciosa, mudósele el color y lanzó un grito de estupor.

—¡Buenos días, primo! ¿Cómo vamos por acá? —preguntóle el dijonés, que se había percatado del efecto de su visita.

—¡Tú! ¡Tú aquí! —exclamó Santiago Garaud.

—¡Yo mismo, en cuerpo y alma! Pero diríase, al ver tu cara, que mi presencia te ha sido desagradable. La verdad es que no me recibes como corresponde a un inmediato pariente.

Pablo Harmant temblaba como un azogado. La llegada de Ovidio a París le parecía el presagio de una catástrofe.

—¿Y a qué has venido aquí?

—A pedirte trabajo.

—¿De suerte que tu carta no mentía...? ¿Que la casa que te entregué en tan floreciente estado...?

—Ha marchado a la ruina con velocidad pasmosa y hoy ya no me pertenece. ¿Qué quieres, primo mío? —añadió Soliveau tomando una silla y sentándose—, yo no poseo, como tú, las altas dotes necesarias para llevar adelante un negocio de la magnitud de aquél.

—Y te domina por añadidura, la insaciable pasión del juego.

—Tienes razón. La mala suerte me persigue y lo he perdido todo. Sólo poseo en el momento actual un miserable franco en el bolsillo y la ropa que tengo puesta. Pero

el porvenir no me inquieta. Si yo soy pobre, tú eres rico y no dudo tendrás un puesto en tus magníficos talleres para tu único primo, a quien sé que tanto quieres...

—Un puesto aquí... en mis talleres... —repitió el millonario, estremeciéndose de pies a cabeza—. ¡Imposible!

—¿Por qué? —preguntó Soliveau con tono más agresivo.

Santiago vaciló. No podía contestar.

—Porque se encuentra aquí el hijo del hombre asesinado por mí, y viviendo tú en constante contacto con él, bastaría la más insignificante imprudencia para revelar el pasado.

—¿Por qué? —repitió Ovidio con impaciencia.

—Porque no me da la gana —replicó bruscamente el industrial—. Hoy día nada te debo. Puse una fortuna en tus manos y no tengo yo la culpa de que la hayas disipado.

—Es inútil que trates de resistir. Tú no abandonarás jamás a un pariente tan cercano... y que tantas cosas sabe...

—¿Es decir, que tratas de hacerme comprender que soy tu prisionero?

—No, primo mío, no trato de amenazarte. Invoco únicamente tus recuerdos.

—Sí, tú piensas: «Poseo su secreto y el miedo le obligará a hacer cuanto yo desee».

—Y, bien, primo: dado que así fuere, ¿no tendría yo razón?

—Tu conducta es infame.

—Veo que los aires de Francia te han hecho desabrido... En América eras más amable conmigo... ¿Qué ha sido de tus sentimientos de familia?

—¡Basta de majaderías! —gritó Santiago con cólera—. No me tienes tan en tu poder como tú crees.

—¿De veras, primo? ¿Cómo es eso?

—Puedes muy bien perderme con el escándalo, pero ¿de qué te serviría? Al primer rumor me levantaría la tapa de los sesos y mi fortuna pasaría por entero a mi hija, sin que a ti te tocara un solo céntimo. Lo que hagas contra mí, contra ti lo harás.

Ovidio comprendió que era verdad y que era preciso atacar la caja de Santiago Garaud por las buenas y no por la violencia. Por eso, cambiando de tono y de actitud, dijo al millonario con dulzura:

—Pero tú tienes buen corazón y serás incapaz de dejar a un pariente en la miseria.

—No sólo no te dejaré perecer, sino que te pondré en condiciones de que vivas con desahogo.

—¿Lejos de ti?

—Desde luego. Deseo que nos veamos lo más de tarde en tarde posible.

—Sea. Dime ahora qué es lo que piensas hacer conmigo.

—Señalarte una renta de doce mil francos anuales.

—Mil francos cada mes... —dijo Ovidio, haciendo una mueca de disgusto, aunque en su interior sintiese profunda satisfacción—. Es una renta bien modesta,

pero fuerza será poner coto a los deseos y contentarse con poco.

—Voy a entregarte ahora mismo, juntamente con la primera mensualidad, cinco mil francos para que te instales con decencia, y todos los meses te enviaré tus mil francos al sitio que me indiques.

En este instante llamaron a la puerta y entró el ordenanza.

—El señor Luciano Labroue desea hablar con usted.

Al escuchar aquel nombre, Ovidio se estremeció.

—Me retiro, señor Harmant —dijo a su falso primo—. Cuento con la promesa que me acaba usted de hacer.

—Vaya usted tranquilo —contestóle el millonario.

\* \* \*

Cinco días después, Pablo Harmant recibía la siguiente nota:

»*Mi querido primo:*

»*He alquilado una habitación monísima en Batignolles, Avenida de Clicly, número 192, donde espero tener el gusto de recibir en breve tu visita. Avísame la víspera para mandar traer el almuerzo del Restaurante du Père Latuille, donde dan de comer admirablemente*».

El millonario arrojó al fuego esta carta, después de grabar bien en su memoria la dirección de Ovidio. Acosado constantemente por mil pensamientos sombríos, buscaba una distracción en el trabajo y abandonaba desde las primeras horas de la mañana su hotel de la calle de Murillo, donde su hija se aburría.

María no había a ver más que una vez a Luciano; pero habíase mostrado tan obsequiosa con él, que el novio de Lucía procuraba no encontrarse nunca con ella. María sufría física y moralmente. Su amor no comprendido, por no decir desdeñado, desgarrábale el corazón, y aumentaba sus dolores materiales, palideciendo por días y enflaqueciendo constantemente, a pesar de que Pablo Harmant, olvidando sus propias angustias, se preocupaba vivamente del estado de su hija. Los médicos no variaban un ápice el tratamiento que le tenían ordenado y repetían a su padre sin cesar:

—Case usted a esta niña... El matrimonio es la mejor medicina que le podemos recetar.

En una palabra, Pablo Harmant se veía en la alternativa de casar a su hija o de perderla y su corazón se desgarraba. Una mañana decidió por fin María descubrir a su padre los secretos de su alma. Al penetrar éste en las habitaciones de la joven, hallóla echada sobre un diván. Sus pupilas brillaban con destellos vidriosos, dentro de un cerco amoratado, y, en sus mejillas, más pálidas que de ordinario, destacábanse dos

chapetas encarnadas.

El millonario se dio cuenta enseguida de la situación: corrió a abrazar a su hija, y, como notase que sus manos abrasaban, díjole con emoción, tomando asiento a su lado:

—¿Estas enferma, hija mía?

—Sí, papá... estoy enferma... muy enferma.

—Pero explícate... ¿Qué tienes?

—Tengo enfermo el corazón.

—Jamás me habías hablado de ese mal; ni a mí, ni a ningún médico.

—Es que es de fecha reciente, papá —dijo la joven, bajando la voz—. Voy a hacerte una confesión... a referirte la verdad toda entera.

—Habla, hija de mi alma.

Tomó María entre las suyas las manos de su padre, y mirándole con los ojos arrasados de lágrimas, le dijo:

—Mi mayor pena es el temor de ocasionarte un disgusto. Sé que ambicionabas para mí lo que se llama un matrimonio de conveniencia.

—Cierto. Desearía para ti una posición tan elevada, que todas las mujeres de la tierra te envidiasen.

—Pues bien, papá: la realización de tus sueños no es posible. Sólo puedo casarme con el hombre a quien ama mi corazón hace dos meses.

—¿Con Luciano Labroue, no es cierto? —interrumpió el millonario.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo adiviné desde el primer momento, hija mía.

—Pues bien, sí; no te lo niego. Le amo más que a mi vida... más que a todo el mundo, excepto a ti, y le amaré mientras aliente mi pecho.

—Pero, hija mía —replicó el millonario—, ese amor es una insensatez.

—¡Por Dios no me digas eso! —exclamó la joven estallando en sollozos—. ¿Por qué es una insensatez este amor? Él es pobre y nosotros somos ricos, mas ¿qué importa? Luciano Labroue es nacido en cuna humilde, pero ¿es que por ventura pertenecemos nosotros a la nobleza? Luciano tiene talento y bríos para labrarse un porvenir, y sobre todo, yo le amo y le amaría aunque no reuniese en su persona tan bellas cualidades. No quieres que me separe de ti... pues bien, asociando a tu negocio a Luciano, permaneceré a tu lado para el resto de la vida; tendrás otro hijo en él y seremos dos a quererte. ¿Te negarás a labrar mi felicidad? ¿Es que no me quieres, papá?

El asesino de Julio Labroue estrechó a su hija contra su corazón en un arrebato de ternura paternal.

—¡Tienes valor de preguntármelo, hija mía de mi corazón! —díjole con amargo reproche.

—Entonces no querrás verme morir.

—¡Morir tú! Daría mi vida entera por salvarte.

—No se trata de la vida, sino únicamente de que aceptes por hijo a Luciano.

Pablo Harmant oprimióse con ambas manos la cabeza, que creía iba a estallarle.

—Hija de mi corazón, hija querida, por Dios no me pidas eso.

—¿Por qué?

—Porque Luciano Labroue no puede ser tu marido.

—Pues jamás aceptaré otro esposo que no sea él —dijo María con voz débil; y llevándose la mano al corazón, cayó sobre el diván llorando.

Pablo Harmant, aterrado, fuera de sí, cayó de rodillas ante su hija, y estrechándola febrilmente entre sus brazos, exclamó loco de amor:

—María, hija de mi alma. Todo lo tú quieras lo quiero yo también... acepto desde luego el sacrificio. Escúchame, María..., ¿no me respondes...? Tú serás la esposa de Luciano...

Estas palabras electrizaron a María. Besó con efusión en ambas mejillas a su padre y deslizó, en voz casi imperceptible, estas palabras a su oído:

—¿De modo que me lo darás?

—Te lo daré, sí, hija mía.

—¿De veras?

—Te lo juro.

—¡Oh! ¡Cuán dichosa soy! La alegría me devuelve las fuerzas y me devolverá muy pronto la salud... Ya no quiero morir.

Un cuarto de hora después, el rico industrial dirigióse en su carruaje a su fábrica de Courbevoie, resuelto a satisfacer los deseos de su hija. Durante el camino, se decía:

—Es preciso que este matrimonio tenga efecto. La vida de mi hija antes que nada. Así como así, ¿no será ésta la mejor manera de conjurar la venganza de Luciano, si una funesta casualidad le revelase alguna vez la realidad de mi pasado? Decididamente, María es mi ángel tutelar y esta unión puede ser el día de mañana una salvaguardia para mí.

Al llegar a la fábrica, rogó a Luciano Labroue que le acompañase a su despacho, y una vez a solas con él, preguntóle bruscamente:

—¿Está usted satisfecho de su colocación?

—¿Cómo no, señor Harmant? Gracias a la liberalidad de usted puedo economizar mensualmente las dos terceras partes de mi sueldo, lo cual me permitirá disponer de una pequeña fortuna a la vuelta de algunos años...

—Que le permitirá a usted realizar la principal aspiración de su vida —añadió el millonario—; pues según he sabido, por su amigo Jorge Darier, el principal deseo de usted es hacer reconstruir sobre los terrenos que posee en Alfortville los talleres que un día poseyó en ellos su padre.

—Es muy cierto señor; ésa es la principal aspiración de mi vida, y creo, al proceder de esta manera, honrar la memoria de mi desdichado padre.

—Me parece perfectamente y voy a facilitarle la manera de conseguir más

brevemente lo que usted llama el objetivo de su vida.

—¿Y cómo, señor Harmant?

—Muy fácilmente. Ya ve usted que la fábrica en que nos encontramos no puede dar abasto a los trabajos que le han sido encomendados; trabajos cuyo número y extensión irá aumentando cada día, ¿no es verdad?

—Cierto —dijo Luciano— y llegará el momento en que no tenga usted más remedio que adquirir más terrenos para construir en ellos nuevos talleres.

—Ese día ha llegado ya —dijo el industrial.

—¿Y tiene usted ya terrenos a la vista?

—Sí, los de usted...

—Pero usted sabe muy bien que yo no quiero venderlos.

—Lo sé, mas no me importa. Yo le propongo, sin embargo, construir a mis expensas sobre los terrenos que usted posee en Alfortville una fábrica de la misma importancia que ésta y constituirle a usted en propietario de la misma, en virtud de una escritura formalmente extendida y ésta será la parte que usted aportará a la sociedad. Nuestras dos fábricas los beneficios. ¿Qué opina usted de mi proposición?

—Que al escuchar a usted me pregunto a mí mismo si no sueño.

—No, amigo mío; no sueña usted. La oferta es muy formal.

—Entonces, señor, no me atrevo a aceptarla... No reconozco en mi mérito alguno para merecerla...

—¿Sabe usted, señor Labroue, cómo he llegado yo a poseer una fortuna? ¿Sabe usted de qué manera, yo, modesto mecánico, que no poseía más que grandes bríos y alguna habilidad en mi oficio, llegué a ser el socio de Jacobo Mortimer?

—Gracias al trabajo.

—Sin duda alguna, pero no en la forma en que usted espera conseguirlo. Aquel gran industrial americano, al descubrir en mí especiales aptitudes, me dio la mano de su hija y me asoció a sus negocios.

Luciano se estremeció. Santiago siguió diciendo:

—¿Por qué no he de seguir yo el ejemplo de Jacobo Mortimer? ¿Por qué no me he de mostrar tan generoso como él? La parte de fortuna que le ofrezco a usted será la dote de mi hija...

—¿Y la señorita María será mi esposa? —balbuceó Luciano.

—Sin duda —dijo el millonario con una sonrisa algo forzada—. María ha sabido apreciar debidamente las excelentes cualidades de que se halla usted adornado y ha fijado en usted sus pensamientos. Yo, al confesármelo, no he tenido más remedio que aprobar la elección de su alma, porque le estimo a usted y le profeso gran afecto y me consideraría dichoso pudiendo llamarle a usted mi yerno.

—Señor —dijo vivamente Luciano—, el ofrecimiento que usted acaba de hacerme, me revela toda la simpatía que siente usted hacia mi humilde persona; pero aunque se lo agradezco a usted con todo mi corazón, no me es posible aceptarlo.

—¿Por qué? —preguntó Santiago Garaud, lleno de estupor e inquietud.

—El honor es demasiado grande para mí...

—Eso no es más que una excusa. Usted no me ha entendido bien, sin duda. Al decirle que María ha fijado en usted sus pensamientos, he querido decirle que le ama. Sí; la pobre criatura se ha enamorado de usted perdidamente y sólo sueña en ser su esposa.

—Señor Harmant —dijo Luciano, con voz conmovida—, su franqueza de usted oblígame a expresarme con la misma sinceridad. Aunque profundamente agradecido, no me es posible aceptar su halagador ofrecimiento, porque mi corazón no me pertenece.

—¿Ama usted a otra mujer?

—Sí, señor. Amo a una joven a la que he dado palabra de casamiento y nada en el mundo sería capaz de hacerme quebrantar mi juramento.

—Apostaría a que es alguna joven sin fortuna.

—Y no se equivocaría usted. No posee ni un solo céntimo.

—Mi querido Luciano, el amor pasa, el dinero queda siempre.

—Mi amor es imperecedero y la fortuna para mí no quiere decir nada al lado de los goces del corazón.

—Espero que reflexionará usted con más calma... No olvide usted que María le ama.

—Usted acaba de decirme muy acertadamente, señor Harmant, que el amor pasa.

—La pobre niña está perdidamente enamorada. Su desaire podría costarle la vida...

—Mi modestia no me permite creer semejante cosa, y ruego a usted, caballero, que no insista sobre este particular.

—No insistiré, por cierto; pero le invito a reflexionar una vez más. No olvide usted que le va en ello el porvenir.

Inclinóse el joven y salió.

El acaudalado industrial se puso a pasear por su despacho, presa de viva agitación.

## CAPÍTULO III

**M**aría esperaba el regreso de su padre con una impaciencia más fácil de imaginar que de describir. Después de buscar fuerzas en el sueño, hízose conducir por la tarde a casa de su modista, donde se encontró casualmente con Lucía.

—Me alegro muchísimo de encontrarla a usted, para reñirle antes que nada —díjole la millonaria con tono cariñoso—. No he recibido la visita que me había prometido.

—Como no tenía nada que probarle, no me he atrevido a molestar a la señorita.

—Demasiado sabe usted que su presencia me es siempre muy agradable; pero ahora voy a encargar a la señora Agustina una buena cantidad, de trajes y tendrá usted que ir a probármelos.

—Tendré mucho gusto en ello.

—¿Sabe usted, Lucía, que tengo un capricho?

—¿Cuál, señorita?

—El de ir yo misma a visitarla a usted un día.

—Pues es un capricho bien fácil de satisfacer. Encontrará usted una habitación bien modesta, en un sexto piso, nada menos; pero será usted recibida en ella por un corazón agradecido y que siente por usted una profunda simpatía.

—¿Quiere usted escribirme su dirección?

Lucía escribió en una cuartilla de papel las señas de su domicilio, que María guardó en su tarjetero, diciéndole:

—Está bien: iré a visitarla a usted un día de éstos.

Encargó María varios trajes, y regresó a las cinco a su hotel. A las seis y media llegó a su casa el millonario. La joven salió a su encuentro y le echó los brazos al cuello.

—Veo que estás mejor, hija mía.

—Sí, papá, mucho mejor. ¿Y tú, qué me traes por fin, la alegría o siquiera la esperanza?

—Te traigo la esperanza.

—¿Le has dicho a Luciano que yo le amo?

¡Criatura, por Dios! ¿Y las conveniencias sociales, las has olvidado acaso?

—No, papá, no las olvido. Lo que pasa es que mis palabras delatan mis pensamientos. Pero, sin faltar a aquéllas, podrías hacer comprender a Luciano que si formulase una demanda, sería muy bien acogido.

—Así lo he hecho, hija mía. Le he referido, en pocas palabras, la conversación que tuvimos en casa de Jorge Darier a propósito de los terrenos que posee en Alfortville y le he dicho: la fábrica construida sobre esos terrenos, será la dote de mi hija. No se puede ser más claro, ¿no es verdad?

—Imposible. ¿Y qué ha respondido el señor Labroue?

—Luciano es un joven lleno de delicadeza y de honor, y no ha podido creer que



mis ofrecimientos fuesen serios. Considera la posibilidad de una asociación y de una alianza conmigo como incompatible con su posición actual.

—¿Pero ha aceptado, por fin? —preguntó María impaciente.

—Ha aceptado... sí... pero con la delicadeza de que te acabo de hablar, ha hecho depender su consentimiento de una condición.

—¿De cuál?

—Luciano es muy trabajador, tú bien lo sabes, y ha inventado una máquina, que debe producir enormes rendimientos y desea perfeccionarla, antes de aceptar de una vez nuestros proyectos, con objeto de poder aportar a la sociedad algo de verdadero valor, salvando de esta suerte su amor propio.

Nada tan verosímil como lo que acababa de explicar el gran industrial, con el aire más cándido y el tono más natural del mundo. María no sospechó siquiera en la posibilidad de un engaño.

—Su resolución demuestra la nobleza de su alma. La comprendo y la apruebo; pero nada me has dicho de una cosa. ¿Me ama Luciano, o no?

—¿Quién es capaz de no amarte?

—Eso no es responder... ¿Me ama o no?

—No me lo ha confesado claramente; pero en el brillo de sus ojos y la alegría que se retrataba en su semblante se echaba de ver su amor sincero.

—¿Estás seguro de ello?

—Segurísimo, hija mía. La expresión de su rostro lo delataba claramente. Por otra parte, el de aceptar este matrimonio, demuestra que siente por ti una verdadera inclinación, pues Luciano no es hombre capaz de encadenar su vida y sacrificar su independencia por una fortuna, por importante que ésta sea.

—Opino como tú. Pero dime, papá, ¿tendré que aguardar mucho tiempo?

—Yo creo que unos cuantos meses.

—Bueno, tendré paciencia. ¿Me cortejará Luciano?

—Ya sabes que es muy tímido.

—Pero la timidez no es obstáculo para amar y para decírselo a la persona que os inspira una pasión. Al menos le veré más a menudo, pues, en lo sucesivo, espero que lo tratarás como a tu futuro yerno, y no como a un empleado.

—Desde luego. Luciano vendrá a casa con frecuencia.

—¿Y me confirmará la buena noticia que tú acabas de darme?

—Sin duda alguna.

—¡Que contenta estoy, papá! Gracias a ti, tu hija será dentro de poco la más feliz de las mujeres. Lo que te ruego es que trates de abreviar lo más posible este plazo.

—Cuenta con ello, hija mía.

Mientras se dirigía al comedor, del brazo de su hija, iba pensando Pablo Harmant cómo saldría de aquel callejón sin salida en que se había metido al hacer a María promesas cuyo cumplimiento no dependía de su voluntad. De repente iluminóse su semblante: sin duda una idea salvadora había acudido a su cerebro.

Al día siguiente trasladóse el millonario a Courbevoie para inspeccionar el embalaje de grandes piezas de maquinaria destinadas a Bellegarde, donde se estaban construyendo unos importantes talleres, a la orilla del Ródano. Un mecánico jefe y dos obreros ajustadores debían acompañar aquel envío, hasta dejar funcionando las máquinas. Su ausencia debía durar de dos a tres semanas.

Aquel día era sábado y la maquinaria debía salir para su destino el lunes. Al llegar a la fábrica, encontró el millonario a Luciano Labroue en su puesto, dirigiendo a los obreros, y tendiéndole afectuosamente la mano.

—He pensado —le dijo Santiago— que la presencia de usted en Bellegarde sería de gran utilidad.

—Si lo cree usted necesario, estoy dispuesto a marcharme.

—Sí, se trata de una casa con la que hacemos, y seguiremos haciendo, negocios importantísimos, y como yo no puedo ir en persona me parece conveniente que vaya usted en mi representación.

—¿Y cuándo debo partir?

—El lunes, en el mismo tren que el contramaestre y los dos ajustadores. Esta tarde daré a usted mis últimas instrucciones y cuente usted desde luego con una indemnización de cinco mil francos por los días que ha de permanecer fuera.

—Eso es demasiado, señor.

—No importa. Me escribirá usted todos los días, dándome cuenta de la marcha de los trabajos.

—Esté usted tranquilo, señor.

Los dos hombres se separaron. Pablo Harmant se dirigió a su despacho.

A eso de las cuatro, vino Luciano a participar al millonario que había terminado el embalaje de las grandes piezas y que las estaban cargando en los carretones.

—Bien —respondió el industrial—. Aquí tiene usted dos órdenes para caja: una de cinco mil francos para usted, como indemnización por el viaje; y otra de mil quinientos para los gastos de los obreros. Tome los planos de los trabajos que tiene usted que dirigir y le recomiendo el mayor esmero y prontitud, mi querido Luciano.

—Descuide usted, señor Harmant.

—Así pues, buen viaje, hijo mío, y escríbame diariamente.

—No faltaré, señor.

Retiróse Luciano y Santiago subió a su carruaje, diciendo al cochero:

—A Batignolles... Avenida de Clichy. Deténgase usted a la entrada de la avenida.

Descendió en el lugar indicado, ordenó que le esperase el cochero y siguió a pie por la avenida, hasta el número indicado por Ovidio en su carta. Agitó vigorosamente la campanilla y, al cabo de algunos segundos, apareció Ovidio Soliveau, acabado de afeitar, con el sombrero puesto, cuidadosamente vestido, las manos enguantadas y perfectamente calzado. Evidentemente se preparaba a salir. Al reconocer a su visitante, lanzó una exclamación de sorpresa.

—¡Tú aquí, primo mío! No he tenido chica suerte, porque si llegas cinco minutos

más tarde, no me encuentras.

—¿Ibas a salir para algún asunto de importancia?

—¡Qué disparate! Iba a dar una vuelta por los bulevares, para esperar la hora de comer.

—Entonces quédate conmigo; tenemos que hablar.

—A tu disposición, querido primo.

Introdujo Ovidio a Santiago en una salita coquetamente amueblada, y, después de tomar ambos asiento, dijo el falso Pablo Harmant:

—Cuando fuiste a visitarme a Courbevoie me dijiste que estarías siempre dispuesto a servirme, si necesitaba de ti.

—Y lo repito, puedes disponer de mí a tu antojo, que estoy dispuesto a hacer por mi generoso protector todo cuanto esté en mi mano.

—¿Estás dispuesto a hacer todo lo que yo te ordene? —preguntó el falso Pablo Harmant, recalcando la palabra todo.

—¡Todo! —respondióle Ovidio. Aunque se trate de reproducir el incendio de una fábrica.

—Se trata de mucho más.

—¡Demonio! Si no se trata de un incendio, se tratará seguramente de algún asunto de sangre.

—Y bien, suponte que así sea: ¿qué responderías entonces?

—Que no se aviene bien con mi manera de ser esa misión que pretendes confiarme. Yo soy un chico honrado, de costumbres moderadas e inclinaciones pacíficas.

—Se trata de mi salvación, nada menos; y sabes perfectamente que salvarme a mí es conservar la posición en que te tengo.

—¿Pero es que te encuentras en peligro? —preguntó Ovidio, estremeciéndose ante la idea de perder sus rentas.

—Sí.

—Entonces estoy dispuesto a todo... a todo sin excepción. El que te amenaza a ti, me amenaza a mí de rechazo. Pero no te preocupes del pasado: tus delitos han prescrito.

—No hay prescripción para el escándalo y éste me perdería lo mismo que una condena.

—Explícate, pues, con franqueza, para poder obrar yo con pleno conocimiento de causa.

—Desde mi llegada a París, la mano de Satanás ha colocado en mi camino al hijo de Julio Labroue.

—Sí, a Luciano Labroue; ya lo sabía.

—Pues bien, el objetivo principal de la vida de este joven es el vengar la muerte de su padre.

—Su padre ya está vengado, puesto que Juana Fortier ha sido condenada a

perpetua reclusión.

—Juana Fortier está libre... Se ha evadido hace dos meses...

—¡Demonio! —exclamó Ovidio saltando sobre su asiento—. Entonces no digas más... Se trata de hacer desaparecer a Luciano Labroue...

—No —respondió el millonario.

—¿A Juana Fortier, acaso?

—No sé su paradero.

—Entonces me doy por confundido.

—Me explicaré. Sabes que amo a mi hija con delirio... Que por ella sería capaz de incendiar a París y de aniquilar el mundo entero, si tanto fuera mi poder..., que su muerte me costaría la vida... y no ignoras que se encuentra muy enferma.

—Es preciso que viva a toda costa.

—Pues bien, María está enamorada de Luciano.

—Pues creo que deberías proteger estos amores y tratar de casarlos cuanto antes. Debes comprender que si el día de mañana, Luciano descubriese la verdad, no habría de ir contra su suegro.

—Así lo creo yo también; pero existe un grave obstáculo.

—¿Es casado ese joven, por ventura?

—No, pero ama a otra mujer.

—¿Rica?

—No posee un solo céntimo.

—¡Vaya un imbécil!

—Cierto; pero por desgracia ha rechazado la mano de María.

—Empiezo a comprender. A quien hay que suprimir es a esa joven que estorba tus proyectos...

—Precisamente...

—Pues bien, primo, yo me encargo de hacerla desaparecer. Vive tranquilo, que tu hija se casará con Luciano. Pero dime, ¿cómo se llama y dónde vive esa joven?

—Lo ignoro en absoluto. Tú tienes que averiguarlo. Pero, con objeto de que puedas trabajar con libertad, he mandado a Luciano a Bellegarde con una comisión que le retendrá allí por lo menos quince días; y como debe partir el lunes por la mañana, seguro que dedicará el domingo entero al objeto de su amor, y siguiéndole los pasos podrás enterarte de todo.

—Mañana por la noche sabremos a qué atenernos.

—¿Necesitas dinero?

—Por el momento, no. Cuando conozca la importancia del asunto, hablaremos del precio de mi trabajo. ¿Dónde vive Labroue?

—En la calle de Miromesnil, número 87.

Una vez puestos de acuerdo, marcharon a comer al restaurante, y el millonario permaneció con Ovidio hasta las once de la noche.

## CAPÍTULO IV

**D**esde que Pablo Harmant prometió a su hija que se casaría con Luciano, María estaba loca de alegría y su salud mejoró notablemente. El domingo levantóse muy temprano y penetró en el gabinete de trabajo de su padre. Al verla entrar el millonario, no pudo evitar un momento de disgusto, pues deseaba substraerse a la serie de preguntas a que había de ser sometido por su hija. Ésta se dio perfecta cuenta de la contrariedad que su presencia había producido a su padre.

—¿Te molesto, papa? —preguntóle con dulzura.

—Molestarme, no, hija mía; pero estoy haciendo unos cálculos que no puedo interrumpir. No te marches, sin embargo, sin darle un beso a tu padre.

La joven se apresuró a obedecerle.

—¿Qué haremos hoy, papá?

—Tengo mucho trabajo atrasado y pienso emplear la mayor parte del día en irlo poniendo al corriente. Por la tarde tendré necesidad de ausentarme durante algunas horas.

—¿Espero, sin embargo, que almorzarás y comerás conmigo?

—Almorzar, desde luego; pero no estoy seguro de comer en casa.

—¡Entonces, adiós mis sueños!

—¿Qué habías soñado tú, hija mía?

—Que invitases a comer con nosotros a Luciano.

—Es imposible, porque tiene muchos asuntos que despachar antes de ausentarse.

—¡Antes de ausentarse! —repitió María estremeciéndose—. ¿Pero es que Luciano va a alejarse de París? ¿Por qué?

—Para asuntos de la casa.

—¿Y a dónde va?

—A Bellegarde, a inspeccionar la instalación de unas máquinas importantes que envió con destino a una fábrica de primer orden.

—¿Durará mucho su ausencia?

—Tres semanas, aproximadamente. Este trabajo que le encargo, esta prueba de confianza que le doy, son el primer paso dado hacia una asociación ya próxima.

—Si es así tendré que resignarme. Pero es un aburrimiento tener que pasar sola todo el día.

—Bien sabes cuánto lo siento yo, hija mía; pero los negocios son los negocios.

Salió María del despacho y dirigióse a sus habitaciones. Después de almorzar, y cerca ya de la una, volvió a entrar en el gabinete de su padre, de quien se despidió con estas palabras:

—Voy a visitar a algunas amigas. Si no encuentro en casa a ninguna, lo cual es bien posible, por ser domingo, iré a dar una vuelta por el bosque de Bolonia. No volveré hasta la hora de comer.

Al instalarse en su elegante carruaje, dijo María al cochero:

—Muelle de Borbón, número 9.

\* \* \*

Para Ovidio Soliveau había sido un mero juego el espiar a Luciano. Disfrazado de albañil, habíale seguido desde la fábrica hasta su domicilio, a donde se había trasladado en carruaje, tan pronto como despachó las cajas para la estación del ferrocarril. Mientras Luciano permanecía en su casa, Ovidio cambió de coche y vino a colocarse con el nuevo carruaje unos cuantos metros detrás del que esperaba a Luciano, dando orden a su cochero de seguir al otro en cuanto se pusiese en movimiento. Instalóse Ovidio en su carruaje con la cabeza asomada a la portezuela y la vista fija en el portal del número 7. De pronto vio aparecer a Luciano Labroue, que había cambiado de traje, dio a su cochero una dirección, que Ovidio no logró oír, y subió a su carruaje, que partió inmediatamente.

—Síguelo y deprisita —dijo Ovidio a su cochero.

—No pase cuidado, paisano, que no se me escapará.

Los dos vehículos llegaron, uno tras otro, al muelle de Borbón. El primero se detuvo delante del número 9 y el segundo a la entrada del puente de María. Luciano echó pie a tierra, pagó al cochero y penetró en la casa de su amada, subiendo presuroso la escalera.

—En esta casa debe de vivir la doncella... —murmuró Ovidio—. Es preciso ingeniarse para averiguar su nombre y el piso donde habita.

Y descendiendo de su carruaje, dijo al cochero:

—Espéreme usted aquí mismo.

Lucía conoció los pasos de su novio y le esperaba ya en la puerta cuando éste llegó al sexto piso. Luciano la estrechó entre sus brazos y cubrió de besos su frente y sus cabellos.

—¡Ah, pícaro! —exclamó Lucía ruborizándose—. Vienes con más de media hora de retraso.

—Tienes mucha razón; pero no me ha sido posible venir antes.

—¿Por qué? Los domingos no tienes nada que hacer.

—Eso crees tú; pero esta mañana me he levantado una hora antes que el sol.

Y Luciano explicó a la joven lo que había tenido que hacer a aquella hora.

—Siendo así, te perdono —dijo gozosa Lucía—. Ahora vamos a almorzar porque estoy muerta de hambre.

—¿Y mamá Lisón, no almuerza hoy con nosotros?

—No; la pobre mujer no tiene un momento libre. Su patrona, la señora Lebret, se encuentra enferma de suma gravedad y tiene que velarla durante la noche, lo cual no es obstáculo para que tenga que repartir el pan a la clientela dos veces al día. Yo apenas si la veo.

—Tú le has tomado a esa mujer un gran cariño y no me extraña, porque yo

también siento por ella una viva simpatía.

—En cuanto nos casemos nos la llevaremos a vivir a nuestra casa.

—Por cierto que será muy pronto, Lucía. No puedes imaginarte los deseos tan inmensos que tengo de que llegue ya ese día.

—¿Sigues estando contento en casa del señor Harmant? —preguntóle Lucía en medio del almuerzo.

Luciano frunció el entrecejo; pero contestó no obstante:

—Sí. Mi patrón me demuestra una confianza que no puede por menos de halagarme... y a propósito, tengo que darte una noticia que te ha de contrariar: tendremos que pasar dos domingos sin vernos.

—¡Dos domingos sin vernos! ¿Por qué? —preguntó Lucía.

—Porque el señor Harmant me envía a Bellegarde, en su representación, para instalar varias importantes máquinas. Mi ausencia durará quince días o tres semanas.

—¿Es conveniente para ti?

—Muy conveniente.

—Entonces me resigno, porque adelantará la hora de nuestra boda. Me escribirás todos los días, ¿no es verdad?

—Cuenta con ello. Lo que me contraria en grado sumo es que durante mi ausencia no quede mamá Lisón a tu lado.

—Su patrona estaba ayer algo mejor. Tan pronto como entre en la convalecencia de su enfermedad, reanudará mamá Lisón su vida habitual y pasará junto a mí lo mayor parte del día.

Dejemos a los dos enamorados terminar dichosos su almuerzo, y volvamos a ocuparnos de Ovidio Soliveau, que se devanaba los sesos buscando la manera de averiguar a qué piso había subido Luciano y cuál era el nombre de su amada.

Preguntar a la portera sería despertar sospechas. Abrigaba la esperanza de que los enamorados salieran juntos por la tarde. Una vez que conociese a la joven, el adquirir noticias acerca de ella era cosa de coser y cantar.

Llevaba ya mucho tiempo paseando por delante de la casa, cuando vio abrirse una de las ventanas del último piso y aparecer en ella Luciano primero y al poco rato Lucía. A pesar de la distancia, el dijonés distinguió perfectamente las facciones de la joven.

—¡Demonio! —murmuró—. ¡Buen gusto tiene Labroue! La muchacha es bonita como un sol. Ahora ya no se me despintarán sus facciones.

Lucía extendió sobre el antepecho de la ventana un pañuelo blanco, antes de apoyarse en él, y, al echarse hacia atrás para esquivar un beso de Luciano, resbaló el pañuelo y fue a caer a los pies mismos de Ovidio que se apresuró a recogerlo.

Lucía dijo a Soliveau por señas que era suyo y éste le manifestó, por igual procedimiento, que iba a entregarlo a la portera. Retiráronse los novios de la ventana y Ovidio, encantado de aquel incidente que había venido a facilitarle extraordinariamente su misión, penetró en el patio, en el momento mismo en que una

elegante *victoria* se detenía a la puerta de la casa, descendiendo de ella María Harmant.

Al ver la portera dirigirse hacia ella a Ovidio Soliveau vestido de albañil, suspendió su trabajo y salióle al encuentro, preguntándole:

—¿En qué puedo servirle, buen hombre?

—Vengo a entregar a usted este pañuelo que una joven ha dejado caer desde una ventana del sexto piso.

—Sí, la señorita Lucía... una excelente costurera... Muchas gracias... ya se lo subiré en seguida.

—Ahora bajo —gritó Lucía desde arriba.

Ovidio sabía ya lo bastante y se disponía a partir, cuando, al volverse, encontróse cara a cara con María, que le interceptaba el camino. Apartóse a un lado vivamente, presa del mayor estupor y volviendo la cara a un lado para no ser reconocido por la joven. Pero ésta no fijó en él la atención.

—¿La señorita Lucía, la costurera? —preguntó la hija de Pablo Harmant.

—Sexto derecha, señora —respondióle la portera.

—Gracias —dijo María, dirigiéndose a la escalera, y esquivando el rozarse con Ovidio, por temor a que le manchase de cal sus vestidos. Soliveau salió precipitadamente, al ver el paso libre, y Lucía, que llegaba en aquel momento a los últimos escalones, exclamó con alegría, al ver a la señorita Harmant:

—¡Usted aquí, señorita!

—Vengo a visitarla a usted, como le tenía ofrecido.

—¡Cuanto gusto en ello! Pero va usted a quedarse sorprendida.

—¿Por qué?

—No se lo quiero decir... ya lo verá usted al llegar. Suba usted despacio para no fatigarse. Hay que subir al sexto piso.

Al llegar al segundo tuvo María que detenerse a descansar, medio asfixiada.

—¿Quiere usted apoyarse en mí, señorita? —preguntóle Lucía con gran solicitud.

—Con mucho gusto. Y agarrada con una mano al barandal y con el otro brazo apoyado en la modista, prosiguió la ascensión.

Luciano, entretanto, contemplaba con curiosidad, asomado a la ventana, la *victoria* que permanecía parada delante de la puerta.

—Es particular —se decía—. Esos caballos... esa librea... me parece que no me son desconocidos. Juraría que son del señor Harmant.

Al sentir abrirse la puerta, abandonó su lugar de observación y quedó petrificado al contemplar ante sí, a diez pasos de distancia y en el umbral de la puerta, a la hija del millonario. Ambos lanzaron, al verse, un grito de estupor. María, vacilante, sin apenas alientos, llevóse la mano al corazón. Luciano palideció ligeramente.

—¿Qué me dice usted de la sorpresa que le había pronosticado? —preguntó Lucía a la joven, sin fijarse, emocionada, en la extraña impresión que la vista de Luciano



había producido en María.

—¡Usted aquí, señor Labroue! —dijo esta última, procurando dominar su turbación—. Es verdad que no contaba con hallarle a usted en esta casa.

—Hace cerca de dos años que nos conocemos, señorita —murmuró Luciano—. Antes de mudarme a la calle de Miromesnil, habitaba yo en esta misma casa.

—Vivíamos enfrente uno del otro —añadió Lucía—; y cuando se vive frente a frente, sobre todo si es en el sexto piso, se encuentran las personas a menudo, se entabla conocimiento, se charla con frecuencia y se traban al fin, relaciones de amistad.

—¡De amistad! —repitió con tono seco María, que al fin se daba cuenta de todo y cuyo orgullo se sublevaba al pensar que tenía por rival, y por rival afortunada, a su modista.

Luciano sufría horriblemente al considerar cuánto estaría padeciendo el corazón de María. De pronto ésta vaciló.

—¿Qué tiene usted, señorita? —preguntóle la obrera alarmada—. Se ha puesto usted muy pálida... sin duda la fatiga que la ascensión de la escalera le ha causado... siéntese usted, se lo ruego...

Pero María encontró, en su orgullo ofendido, las fuerzas necesarias para triunfar de su debilidad.

—No..., no... —dijo fingiendo una sonrisa—. No se preocupe usted... no es nada... Mi intención no era más que saludarla... Ahora regreso a mi hotel.

—¿Que se marcha usted, señorita? —preguntóle la obrera contrariada—. Pero si acaba de llegar...

—Me marchó, ya lo he dicho —repitió María con voz enérgica. Y añadió dirigiéndose a Luciano: La señorita Lucía me había prometido una sorpresa y, en efecto, la sorpresa no ha podido ser más grande para mí, ni lo será menor para mi padre cuando conozca lo ocurrido.

Luciano se encontraba en un potro de tormento y la hija de Juana Fortier no acertaba a explicarse el cambio repentino que en su visitante había operado.

María dirigióse hacia la puerta, pero, antes de salir, volvióse bruscamente y preguntó a Luciano de improviso:

—¿De suerte que van ustedes a casarse?

—Ya he dicho a su padre de usted cuanto podía y debía responder a este particular —replicóle el joven.

—¡Que le ha hablado usted de sus proyectos a mi padre! —dijo María, estupefacta—. ¿Cuándo?

—Antes de ayer.

—¡Ah! Está bien. Deseo a los dos una felicidad inacabable. Y ahora hasta otro momento.

—Parece usted fatigada, señorita —dijo Lucía—. ¿Quiere usted permitirme que la acompañe hasta el carruaje?

—No, no, de ningún modo. Quédese usted con Luciano. Mañana sale de París y no quiero privarle de su presencia un solo instante... Buen viaje, señor Labroue. Hasta la vista Lucía.

Y la hija del millonario salió rápidamente, dejando a la obrera estupefacta frente a un enigma cuya solución buscaba en vano.

—¿Pero qué quiere decir esto, amigo mío? —preguntó a su novio, presa de terrible emoción—. ¿Por qué la señorita Harmant, el vernos juntos, ha cambiado, de repente, de color y de actitud? ¿Por qué ella tan amable de ordinario y tan cariñosa conmigo, ha adoptado de repente un tono seco y duro que no le había visto jamás? ¿Por qué, viniendo a conversar conmigo largo rato, ha partido de improviso, con los ojos arrasados de lágrimas y despidiendo destellos de furor?

—No lo sé, querida mía —respondióle Luciano, que no quería alejar la calma del corazón de su novia, hablándole de las proposiciones del señor Harmant—. María está muy enferma, bien lo sabes; y sin duda habrá experimentado alguna crisis durante su fatigosa ascensión hasta este sexto piso, a la cual debemos atribuir la causa de su inesperado cambio.

—Todo esto me parece muy extraño.

—Tienes razón, querida mía; pero las rarezas de una joven histérica, a pesar de sus millones, no deben aguar nuestra alegría. ¿Quieres salir?

—Sí, pero a condición de que estemos aquí a las seis, que vendrá mamá Lisón.

—Convenido. Daremos sólo un paseo.

\* \* \*

Ovidio Soliveau, estupefacto al ver aparecer de improviso a la hija de su protector y oírla preguntar por Lucía la costurera, habíase apresurado volver a su carruaje.

—Es inútil seguir rondando por aquí —se dijo—; ya sé lo que quería saber. Por otra parte, es preciso que yo hable con Harmant. La visita de María a casa de la novia del hombre que no quiere casarse con ella me parece muy extraña. Tal vez mi querido primo me sepa descifrar un enigma que para mí no tiene solución.

Pero volvamos a María. Tan pronto como llegó a su hotel, dirigióse presurosa al despacho de su padre, a quien encontró sentado ante la mesa, ocupado en sus trabajos. Al levantar la cabeza y contemplar la palidez del rostro de su hija, sus facciones descompuestas y sus ojos enrojecidos, apoderóse de él una angustia inexplicable.

—Hija de mi alma... —exclamó dirigiéndose al encuentro de María: pero ésta le interrumpió, diciéndole con tono de reproche:

—¡Me has engañado! ¡Me has mentido! Luciano no me ama a mí... Luciano quiere a otra mujer, con la que se va a casar...

El millonario comenzó a temblar de pies a cabeza, como sacudido por una conmoción eléctrica.

—María, hija de mi alma, ¿quién te ha contado a ti eso? Si te he ocultado ese falso amor de que hablas ha sido porque estaba resuelto a combatirlo por todos los medios a mi alcance. ¿Quién te ha revelado un secreto que tú no debías conocer?

—¿Que quién me lo ha revelado? Pues la misma a quien él ama, que se enorgullece de su amor y se jacta de publicarlo a los cuatro vientos, y Luciano, que la oía, no ha desmentido sus palabras. ¿Crees, acaso, que podrás engañarme todavía?

—¿Pero lo has visto tú misma? —preguntó el falso Pablo Harmant a su hija, tomándole las manos.

—Lo he visto al lado de ella... al lado de su novia... radiantes de felicidad los dos... y he creído por un momento que su dicha iba a matarme. Se adoran... se casarán bien pronto —dijo María, estallando en sollozos.

—No lo creas, hija mía. Luciano no puede amar sinceramente a esa mujer, ni mucho menos casarse con ella.

—¿Pero, por qué me has mentido? ¿Por qué tratas de engañarme todavía?

Santiago Garaud creyó volverse loco al escuchar estas palabras.

—¡María, hija de mi alma! —exclamó fuera de sí—. ¡Mi único amor y mi sola alegría en la tierra, por piedad, no me desesperes de este modo! Si te he mentido ha sido por que no me encontraba con fuerzas para verte sufrir y llorar.

—¿Pero sabías que amaba a otra?

—Sí, él mismo me lo dijo y yo le dejé entrever que tú sentías hacia él una viva inclinación, invitándole a reflexionar, y abrigaba y sigo abrigando la esperanza de convencerlo y de verlo caer a tus pies avasallado por tu amor y dispuesto a labrar tu dicha.

—¡Mi dicha! —exclamó con amargura la joven—. La dicha no existe ya en el mundo para mí. Luciano ama a otra mujer.

—Pero ¿quién es esa mujer?

—Lucía... Una costurera de mi modista; una advenediza... una expósita.

—Expósita... —repitió vivamente Santiago Garaud—. ¿Es decir que no tiene padre ni madre?

—Ni padres, ni familia —replicó María con desprecio—. Ni aun nombre siquiera, pues se halla inscrita en los registros de la casa de expósitos con el número 9. ¡Y a esta mujer ama Luciano!

—No, hija mía, no la ama, Luciano, como la mayor parte de los jóvenes, tiene una amante; pero los lazos de esta naturaleza son fáciles de romper.

—¡Oh, cuánto odio a esa mujer!

—No te desesperes, hija mía. Ya encontraré yo la manera de que Luciano abandone a esa joven, y si no lo hace por las buenas, la alejaremos de él.

—Tienes razón. Alejarla de él sería la mejor solución. Pero ¿cómo?

—El cómo no te preocupe. Tal vez las dos o tres semanas que va a estar ausente de París sean suficientes para hacerle olvidar este capricho.

—¡Capricho! —repitió la joven—. ¡Un capricho de cerca de dos años!

—Eso no te importe a ti. Confía en tu padre y espera.  
Trató María de sonreír y alejóse con la cabeza baja y el rostro sombrío.

\* \* \*

El ex contraamaestre de Julio Labroue, el asesino, el incendiario de Alfortville, había resuelto, como recordarán nuestros lectores, suprimir, si era necesario, a la rival de su hija. La desesperación de que ésta acababa de dar muestras, había acrecentado su odio hacia la inocente Lucía. Lleno de impaciencia por conocer el resultado de las gestiones de Ovidio, dirigióse inmediatamente a la casita de la avenida de Clichy.

—¡Por fin! —exclamó el dijones, al verlo entrar—. Te aguardaba con impaciencia. He logrado descubrir el nombre y el domicilio de la novia de Luciano.

—Yo también —respondió Santiago Garaud.

—Te lo habrá dicho María.

—Justamente.

—¿Y cómo conocía tu hija a la persona en cuestión?

—Porque esa Lucía es una de las muchachas costureras de su modista.

—Ahora me explico su presencia en el muelle de Borbón, donde me he tropezado con ella de manos a boca.

—¿Pero te ha reconocido?

—¡Qué disparate! Iba yo bien disfrazado. Por cierto que debe de haber sufrido al encontrar a su amado en casa de la costurera.

—María está desesperada.

—Aconséjale que se calme, que antes de ocho días no tendrá nada que temer de su rival. Y, a propósito, ¿dónde trabaja Lucía?

—En casa de la señora Agustina, una modista de mucha fama que habita en la calle de San Honorato, esquina a la de Castiglione.

—Éste es un dato importantísimo. Lo malo es que la familia removerá cielo y tierra...

—Nada tienes que temer por ese lado. Lucía no tiene familia... es una expósita.

—Entonces, mucho mejor. La policía, no teniendo quien ejerza presión sobre ella, no suele desplegar gran interés. Ahora averiguaré las idas y venidas de esa modistilla y en seguida combinaré mi plan. Me imagino, sin embargo, que todo esto ha de costar mucho dinero.

—Dime cuanto te hace falta. ¿Tendrás bastante, para empezar, con veinte mil francos?

—¡Bueno, sea! Tal vez no gaste tanto... tal vez no sea suficiente... Allá veremos.

—Te repito que no me importa el precio, con tal de que Luciano se case con María...

—Bueno. Vengan los francos, que si no alcanzan, ya vendré a pedirte más.

Santiago sacó la cartera y entregó a Ovidio veinte billetes de mil francos.

—Bien —dijo Soliveau guardándose los—. Esto es para los gastos de la guerra. ¿Y para mí, qué habrá?

—Lo que quieras. Señala tú la cifra.

—Por el momento, no quiero pedir nada. Eres demasiado buen muchacho para que desconfíe de ti. Ya nos entenderemos después.

—Como quieras. ¿Cuándo comenzarás tus trabajos?

—Mañana mismo.

—No olvides que la ausencia de Luciano sólo durará veinte días.

—Antes de que ese plazo expire, habré dado cima a mis tareas.

Los dos cómplices separáronse, tras media hora de conversación. Cuando el falso Pablo Harmant hubo regresado a su hotel, parecíale que respiraba con más libertad.

## CAPÍTULO V

**A**l día siguiente, Ovidio averiguó que Lucía debía entregar un vestido a la mujer del alcalde de Bois-Coulombe. Esta cliente era íntima amiga de la señora Lebret, la patrona de Juana. Ovidio estuvo siguiendo a la costurera todo el día, tomando incluso el tren hasta aquella población.

Por su parte, la muchacha, no sin ciertas inquietudes y temores, vagos porque aún era temprano, llegó por fin a la casa de la alcaldesa, que hacía una hora esperaba ya con impaciencia su traje, y se disponía a peinarse. Más de tres cuartos de hora empleó el peluquero en esta operación, llegando por fin el turno a Lucía. El traje, a pesar de haber sido hecho en tan poco tiempo, había resultado espléndido y así lo confesó entusiasmada la alcaldesa; pero, dado su carácter descontentadizo, tuvo aún la joven que darle varios toques, que exigieron más de veinte minutos, a pesar de la habilidad de la obrera. Restaba aún el colocarle las guirnaldas de flores naturales, que era la parte más engorrosa. Lucía suspiró, resignada, y puso manos a la obra.

\* \* \*

Lucía terminó su tarea antes de lo que pudiera imaginarse; pero, a pesar de que faltaban aún cuarenta minutos para la salida del tren, dirigióse en seguida a la estación, a paso vivo, deseosa de salvar cuanto antes y en el menor tiempo posible la distancia que de ella la separaba.

Ovidio Soliveau, apostado en el camino, sintió el ruido de la marcha rápida y ligera de la modista. Sacó el cuchillo del bolsillo y se dispuso a lanzarse sobre la infeliz obrera como un jaguar sobre su presa. Lucía siguió avanzando. Ovidio reconocíola, a pesar de la oscuridad de la noche. Al cabo de dos o tres segundos llegó la joven a la altura del que la espiaba.

Ovidio, de un salto inverosímil, colocóse en medio del camino, con el brazo levantado y, antes de que Lucía pudiera darse cuenta del espantoso peligro que la amenazaba, cayó herida por el arma del miserable, lanzando un grito de agonía. El asesino inclinóse sobre el cuerpo de su víctima, levantó de nuevo el brazo y descargóle otro golpe en mitad mismo del pecho. Pero como tropezase la punta del cuchillo con un objeto metálico, partióse en dos pedazos, en vez de penetrar en la carne.

—No importa —dijo el bandido—. Con el primer golpe tiene ya bastante... Arrebató entonces a su víctima un reloj y una cadena que llevaba en el pecho y registrándole los bolsillos guardóse un portamonedas que encontró en ellos.

—Así creerán que ha sido el robo el móvil del asesinato —pensó, poniéndose en pie. Echó a correr en seguida por el sendero que circundaba el bosquecillo de árboles, por el que poco antes habíase internado Juana; mas de repente se detuvo y prestó

oído. Acababa de oír hablar a corta distancia de él y distinguió tres formas humanas que avanzaban en medio de las tinieblas. Ovidio abandonó la vereda y lanzóse a carrera abierta a través de los terrenos cultivados.

Las tres personas que acababa de descubrir eran Juana Fortier, la señora Lebret, y su criada.

—Le aseguro a usted, señora —decía Juana—, que he oído perfectamente un grito hacia la vía del tren..., enfrente de nosotras... al final de este sendero... un grito espantoso... un grito de muerte...

—Debe de haberse equivocado —contestábale la señora Lebret, que debía tener el oído duro.

—No, señora; estoy bien cierta.

En aquel mismo momento fue cuando Ovidio, temeroso de ser reconocido, echó a correr a través de los sembrados.

—Mire usted —dijo Juana vivamente, señalando con el brazo la sombra del fugitivo—. Es un hombre... un hombre que nos ha visto y huye para salvarse... Aquí cerca se ha cometido un crimen...

Y Juana corrió hacia adelante, sin que la señora Lebret ni su criada saliesen de su paso. Al llegar al camino, detúvose horrorizada. En el suelo, y a sus pies, yacía un cuerpo inanimado. Agachóse y sus manos tropezaron con la caja de cartón vacía de que Lucía era portadora. Un terrible escalofrío recorrió todo su cuerpo. Recordó entonces que la víspera, al encontrar por aquellos parajes a Lucía, habíale dicho que a la noche siguiente tenía que ir a Garenne de Colombes para entregar un vestido... Medio loca y con el corazón intensamente oprimido, arrodillóse vivamente y acercó su cara a la de la persona que yacía en tierra sin sentido, cuya cabeza levantó para poder reconocerla mejor. Un sordo gemido, seguido de una exclamación de horror, escapóse de sus labios al reconocer a Lucía.

—¿Qué ocurre? —preguntóle la señora Lebret que llegó en aquel instante.

—Un crimen... un crimen... Bien se lo decía yo... —replicó Juana, con voz estrangulada—. Está muerta... asesinada por ese miserable... ¡Lucía!, ¡querida Lucía!... ¡hija de mi alma!

Y la viuda de Pedro Fortier, ahogada por los sollozos, cubría de besos y de lágrimas las manos inanimadas de la joven. Las otras dos mujeres temblaban de pies a cabeza.

—¿Conocía usted a esta joven? —preguntóle la señora Lebret. Juana no oyó siquiera la pregunta. Al levantar en sus brazos el cuerpo inerte de Lucía y estrecharlo fuertemente contra su pecho, sintió correr por sus dedos la sangre de la joven, caliente todavía. Apoyó la mano sobre su corazón y notó que aún palpitaba.

—¡Aún vive! —exclamó delirante de alegría. Y dirigiéndose a la señora Lebret añadió—: Su hija de usted la espera y no debe usted perder el último tren que pasa para París. No se detenga usted, pero le ruego encarecidamente que, al llegar a la estación de Bois-Coulombe, refiera usted lo que ocurre, para que vengan sin demora

a ayudarme a salvar la vida de esta joven.

Las dos mujeres partieron a paso acelerado y llegaron a la estación medio asfixiadas y casi locas de terror.

—Señores... señores... —dijo la señora Lebret tratando de recobrar el aliento, a dos gendarmes que se hallaban de servicio en la estación— acaba de perpetrarse un crimen en el camino que corre paralelamente a la vía del tren de San Germán... Han asesinado a una joven... Una mujer que nos acompañaba, y que por casualidad la conoce, se ha quedado a su lado prestándole los primeros auxilios...

—¿En qué sitio? —preguntóle el sargento.

—Cerca de un sendero que corre través de la llanura... al lado de bosquecillo de árboles...

—Basta. Ya veo desde aquí el lugar a que usted alude. Vamos allá el instante.

—Es preciso que lleven una camilla para transportar a esa desdichada joven —observó la señora Lebret.

—Pronto, Larchaut —dijo el sargento a su subordinado—. Vaya usted a despertar al comisario y avise usted en la gendarmería que envíen una camilla con dos hombres. Yo voy para allá en seguida.

Al llegar al lugar del suceso, encontró el sargento a Juana, sentada sobre el suelo, con la cabeza de Lucía sobre su falda. La joven, aunque viva, no había vuelto todavía de su desmayo. Al ver aproximarse al sargento lanzó Juana un grito de alegría.

—¡Ah, señor! —exclamó—. Venga usted a socorrerla. La pobre joven se muere. Yo no sé si su herida es muy profunda pero la sangre corre sin cesar por mis manos, Es preciso que la llevemos al pueblo...

—Ahora traerán una camilla —contestóle el sargento.

Pronto llegó la comitiva. Venían delante el comisario y el médico, seguían dos gendarmes con antorchas y después otros dos con la camilla.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó al llegar el comisario, al ver a Juana Fortier.

El sargento refirió al comisario lo que le había contado la señora Lebret.

—¿De suerte que conoce usted a esta joven?

—Sí, señor. Es una muchacha honrada y laboriosa que habita en París en la misma casa que yo.

—¿Cómo y por qué se encontraba a medianoche sola en medio del campo?

—Porque había venido esta noche a traer un traje de baile a la señora alcaldesa. Ahí está la caja vacía en que lo traje.

—¿Y usted qué hacía aquí a estas horas?

Juana explicó al comisario que la señora Lebret y ella iban a visitar a la alcaldesa.

—Según todas las apariencias, el móvil de este crimen ha sido el robo y el hombre a quien ha visto usted huir ha sido el autor de ambos delitos. Mañana nos pondremos sobre su pista.

El médico habíase arrodillado, entretanto, ante la joven, examinando sus heridas.

—¿Qué le parece, doctor? —preguntóle el comisario cuando hubo acabado su



reconocimiento.

—La herida es grave —respondió el médico—; pero abrigo la esperanza de que no sea mortal. Las ballenas del corsé han desviado el arma y creo que la punta no ha penetrado hasta el pulmón.

—¿Qué es esto? —dijo el comisario viendo brillar entre el polvo un objeto metálico que recogió del suelo.

—Es la hoja del cuchillo que se ha roto, al descargar un segundo golpe el criminal, contra la ballena de acero del corsé —dijo el doctor, mostrando al mismo tiempo la señal que había dejado en la expresada ballena—. Es preciso transportar a esta joven con todas las precauciones que su estado requiere —añadió dirigiéndose al comisario.

—Ahora mismo —respondió éste—. La llevaremos a mi casa, donde tengo una habitación independiente para huéspedes, y esta buena mujer se encargará de su cuidado.

—No la abandonaré un momento, caballero.

Transportóse a Lucía con toda clase de cuidados y, una vez instalada en el lecho, solícitamente preparado por la esposa del comisario, sondó el médico su herida y convencióse de que no se había engañado al no creerla peligrosa, procediendo inmediatamente a hacerle la primera cura.

El comisario y el sargento habían registrado, entretanto, sus vestidos, adquiriendo el convencimiento de que el móvil del crimen había sido el robo, al no hallar dinero alguno en sus bolsillos y ver desgarrada su chaqueta en el sitio donde afirmó la panadera que solía llevar siempre colgado el reloj.

El comisario empezó desde luego la instrucción de un proceso verbal muy detallado y a las tres se fueron todos a dormir, quedando mamá Lisón al cuidado de la joven.

\* \* \*

Ovidio Soliveau marchó rápidamente hasta la fábrica de Courbevoie, lugar donde se había citado con el millonario. Pablo Harmant, que le esperaba en el umbral, presa de una febril agitación, hízole entrar inmediatamente y preguntóle con voz estrangulada:

—¿Qué hay?

—Listo... —respondió Ovidio—. Podemos marcharnos a París tranquilamente. Luciano Labroue es, a estas horas, viudo de la mano izquierda; sólo le resta casarse con tu hija.

Soliveau mudóse de traje, guardó en la maleta el de aldeano, que acababa de quitarse, y se metió en un bolsillo el portamonedas y el reloj robados a Lucía.

—Cuando quieras —dijo, a su falso primo, tomando la maleta.

Santiago apagó las luces del despacho, dirigióse a la puerta de salida, seguido de

su cómplice, y montaron ambos en el carruaje que les estaba aguardando. Dejó a Ovidio en el bulevar de Batignolles y marchó después a su hotel.

\* \* \*

Al amanecer del siguiente día abrió Lucía los ojos y, al reconocer a mamá Lisón, lanzó un grito de alegría, que ahogó en sus labios el dolor producido por su herida.

—¿Dónde estoy? —preguntóle con voz débil.

—En casa del comisario de policía de Bois-Coulombe —contestóle Juana.

Estas palabras hicieron recordar a la joven todo lo ocurrido la víspera. Acercóse a su lecho el comisario y le dijo con cariño:

—Anoche ha sido usted herida y consideré un deber darle hospitalidad en mi casa.

—Sí... sí... ya lo recuerdo... —murmuró Lucía—. Venía de entregar un traje de baile en Garenne y me dirigía a Bois-Coulombe con objeto de tomar el tren para París por un camino que corre paralelamente a la vía férrea. De repente, vi erguirse ante mí un hombre que me hirió con la rapidez del rayo... A partir de este momento no recuerdo nada más.

—¿Ha visto usted el rostro del hombre que le hirió? —preguntóle el comisario.

—No, señor. Era la noche demasiado tenebrosa.

—¿Llevaba usted un reloj con cadena de oro?

—Sí, señor... un reloj con una cadena.

—¿Y un portamonedas?

—Sí, señor: un portamonedas con unos treinta francos dentro y un billete de vuelta para París.

—No cabe duda que han tratado de asesinarla a usted con objeto de robarla. ¿Sabe usted, por casualidad, el número de su reloj?

—No, señor.

—¿Dónde lo había usted comprado?

—Era un regalo. Pero sé que fue comprado en una relojería de la calle San Antonio, esquina al callejón Guéménée.

El comisario escribió la dirección y dijo luego:

—¿Sería indiscreción preguntarle el nombre de la persona que lo adquirió?

—De ningún modo. Fue adquirido por mi futuro esposo, el señor Luciano Labroue.

El comisario tomó nota nuevamente.

—Debo estar herida gravemente, pues sufro grandes dolores —dijo Lucía.

—Debe usted padecer mucho, en efecto —dijo el médico—, porque la herida es profunda; pero le aseguro a usted que no ofrece peligro alguno y que tardará poco en curar. Ha sido una feliz casualidad que esta buena mujer la encontrase a usted en su camino, pues, a no ser por sus gestiones, se hubiera usted desangrado.

—Mi querida Lisón, le debo a usted la vida —dijo Lucía, tendiéndole los brazos a la panadera, que se arrojó ellos llorando.

—¿No podré trasladarme a mi domicilio? —añadió la joven, dirigiéndose al comisario.

Éste interrogó al doctor con la mirada.

—Cuando le haya practicado una cura minuciosa no habrá inconveniente en ello —dijo el médico—; pero eso no podrá ser hasta esta noche.

—Usted no se separará de mí, ¿no es cierto, mamá Lisón?

—No, hija mía; pero voy a ir en un salto a la calle del Delfín para prevenir a mi patrón y ver qué ocurre por allá.

—Bueno, vaya; pero no tarde en volver.

\* \* \*

Santiago Garaud esperaba el regreso de su cómplice. Cuando le anunciaron, a la mañana siguiente, en Courbevoie, la visita del ingeniero inglés o norteamericano, le hizo entrar sin demora.

—¿Qué hay? —preguntóle tan pronto quedaron solos.

—Fracasé de una parte y triunfé por la otra.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Garaud.

—Lucía no ha muerto.

—¡Qué dices!

—Pero en cambio he encontrado a la hija de Juana Fortier.

—¿Y eso de qué me sirve para conseguir la felicidad de mi hija? —replicó Garaud con el rostro contraído por la ira.

—De mucho, sí, como supongo, Lucía y la hija de Juana Fortier son una misma persona —contestó Ovidio con acento satisfecho.

—¡Lucía la hija de Juana Fortier! —exclamó Santiago Garaud.

—Es una probabilidad, mas no una prueba. Traigo una declaración que contiene todos los detalles relativos al depósito de la joven en la Inclusa, lo cual me da derecho a ir a dicho establecimiento a enterarme de si la niña inscripta en el registro con el número 9 es la que nosotros sospechamos.

Y Ovidio mostró a su falso primo el documento que había obtenido.

—Y ahora, ¿qué piensas hacer?

—Ir sin demora a la Inclusa a reclamar la niña depositada el 6 de abril de 1862 y saber, por consiguiente, lo que ha sido de ella.

—¿Cuándo te volveré a ver?

—Esta misma tarde, a las cinco, en mi casa, si te parece bien.

—Convenido.

—¿Cuándo regresará Luciano Labroue a París?

—Dentro de tres o cuatro días.

—Antes de ese plazo tendrás en tus manos lo que necesitas para crear un obstáculo infranqueable entre ese joven y la hija de Juana Fortier. ¡De Juana Fortier, la asesina de Julio Labroue, su padre!

—Cuento con ello. Hasta la tarde.

Ovidio trasladóse al bulevar del Infierno y penetró resueltamente en el despacho del director del hospicio.

—Señor —dijo Soliveau—, vengo a rogar a usted que me diga qué ha sido de una niña depositada en este establecimiento hace ahora veintiún años; el día 6 de abril de 1862, según se desprende de la declaración oficial, que tengo el honor de poner a usted de manifiesto —añadió, sacando de su cartera el documento que ya conocemos, y mostrándoselo al director.

Éste escribió algunas líneas en una cuartilla de papel y, alargándosela a un ordenanza, le dijo:

—Esto al encargado del archivo, y espere usted la contestación.

Al cabo de algunos minutos, regresó el ordenanza siendo portador de un libro voluminoso. Buscó el director la fecha ya mencionada y al llegar a ella se detuvo.

—Aquí está lo que usted desea, caballero —dijo a Ovidio—. La niña depositada el 6 de abril de 1862 fue inscrita con el número 9.

Ovidio supo reprimir su alegría. Santiago Garaud estaría satisfecho. Lucía, la rival de su hija, Lucía, la novia de Luciano Labroue, era la hija de Juana Fortier, la evadida de Clermont. Los demás datos que pudieran allí facilitarle interesábanle muy poco.

Cuando, a las cinco de la tarde, participó la noticia al millonario, exclamó éste satisfecho:

—¡Veremos si Luciano Labroue persiste en sus propósitos de casarse con Lucía!

## CAPÍTULO VI

**M**aría estaba cada vez peor, sostenida únicamente por la sobreexcitación nerviosa. Iba y venía, salía y entraba, pero no era ni sombra de ella misma.

Pablo Harmant sufría grandes angustias; mas conservaba siempre la esperanza de que un matrimonio con Luciano sería su salvación. Faltaban sólo dos días para que el joven regresase a París, y el millonario lo esperaba con el documento auténtico obtenido por Ovidio.

En el pequeño piso del muelle de Borbón todo era, mientras tanto, regocijo. Lucía había recibido un telegrama de su novio anunciándole su regreso para el día siguiente por la noche. Su herida ya no le molestaba gran cosa y el júbilo que experimentó acabóla de curar. Juana Fortier participaba, del mismo alborozo.

Por fin, llegó el momento tan ansiado, En cuanto bajó del tren, Luciano corrió anhelante a la casa de su amada y ambos se abrazaron efusivamente, derramando abundantes lágrimas de felicidad. Después de estrechar con cariño las manos de Juana Fortier y de expresarle su agradecimiento sin límites por haber sido el salvador de Lucía, hizo que la joven le refiriese, con toda suerte de detalles, el atentado de que había sido víctima.

A la mañana siguiente trasladóse Luciano a Courbevoie para hacerse cargo nuevamente de la dirección de los trabajos.

Al verlo entrar en su despacho, el millonario tendióle afectuosamente la mano.

La conversación giró entonces sobre los negocios, mostrándole Luciano los planos de nuevas máquinas que le habían encargado, cuya instalación exigiría, con el tiempo, otro viaje a Bellegarde.

—No me dice una palabra de mi hija —pensó con amargura el millonario.

Pero como si hubiera podido adivinar sus pensamientos, dijo en seguida Luciano:

—Pero con tanto hablar de negocios aún no le he preguntado a usted cómo sigue la señorita María...

—Ha estado y sigue estando bastante mal...

—Pero ¿es grave su estado?

—Lo bastante para causarme vivas inquietudes. Cuando usted la vea, juzgará si mis temores son fundados y si serán grandes mis deseos de proporcionar a mi hija un poco de felicidad, que será la salud para ella. Le he dicho que hoy llegaba usted y quiere festejar su venida sentándole a usted esta tarde a nuestra mesa.

—Señor... —balbuceó Luciano.

—¡No admito excusas ni pretextos! La manera de poder demostrar usted sus simpatías a mi hija es aceptando su invitación, que hago mía. Estaremos los tres solos... en familia.

—Acepto agradecido y tendré el gusto, al mismo tiempo, de presentar mis respetos a la señorita María —respondió Luciano, convencido de que no le quedaba otro remedio que aceptar.

Al dirigirse Luciano a su casa, para cambiar de traje, sentía en su corazón una profunda tristeza.

Hallábase sinceramente arrepentido de haber aceptado tan embarazosa invitación. ¿Qué haría, si Pablo Harmant volvía a formularle sus proposiciones delante de su hija? ¿Tendría valor para responder: «Ya sabe usted que amo a Lucía, puesto que ella misma se lo ha dicho»? ¡No y mil veces no! No tenía corazón para torturarla de aquel modo; pero tampoco podía hacerle creer que la amaba.

Daban las seis y media cuando llegó Luciano al hotel de la calle de Murillo.

Al ver la exagerada palidez y espantosa delgadez de la joven, sintióse Luciano conmovido y dijo:

—Experimento una inmensa satisfacción al volverla a ver a usted...

—¿Lo dice usted de veras? —replicó María, en un arranque de pasión.

—¡Se lo juro a usted, señorita! —dijo Luciano, convencido de que una respuesta demasiado fría podría matar a la joven.

—Pero ¿porqué no venía usted con más frecuencia a visitarnos?

—No me creía autorizado... —balbuceó el joven, desconcertado, al ver el giro que la conversación iba tomando.

—¿Para tratarnos como amigos? —dijo María, completando la frase—. ¿Para convivir con nosotros en la mayor intimidad? En verdad que no tiene usted razón para expresarse de ese modo. Me consta que mi padre le considera a usted como a uno de la familia. En lo sucesivo, sépalo usted y no lo olvide, se pondrá siempre en nuestra mesa un cubierto para usted. ¿Podremos contar con su presencia entre nosotros?

El embarazo de Luciano crecía por minutos.

—Tantas bondades me anonadan... balbuceó todo confuso.

María tomó esta respuesta por una aceptación y, radiante de alegría, apresuróse a añadir:

—Convenido desde luego. Cuento también con que nos acompañará usted al teatro con frecuencia.

—Me encuentro, señorita, en una situación demasiado modesta para atreverme a aceptar el envidiable papel de caballero de usted, con que trata de honrarme.

—Esto es un subterfugio, amigo mío, y no lo admito. Su negativa me causaría un gran pesar y estoy cierta de que no es ésa su intención. Acepte usted, sin temor, que la prometo no abusar.

María volvió hacia Luciano sus grandes y hermosos ojos, nublados de lágrimas, que parecían gritarle:

—¡Si supieras cuánto te amo...! ¡Cuán grande sería mi dicha si viera que me correspondían del mismo modo!

Aquella elocuente mirada hizo estremecer al joven de la cabeza a los pies.

—Ofrezca usted el brazo a mi hija —dijo Pablo Harmant a Luciano, cuando vinieron a avisar que estaba servida la comida.

María, apoyóse en el brazo de Luciano, para pasar al comedor. A eso de las diez de la noche el joven se despidió.

—No olvide —le dijo María— que desde mañana pondrán en la mesa un cubierto para usted.

—¿Estás contenta, nena mía? —dijo Pablo Harmant a su hija, cuando se quedaron solos—. Ya ves como tenía yo razón al decirte que Luciano te amaría.

—Te equivocas, papá. Ya ves como no ha accedido a dedicarme los domingos; porque son precisamente los días que consagra a mi aborrecida rival. ¡Oh!, los celos me consumen... cambian mi modo de ser... Hay momentos en que todo lo veo rojo... en que mataría a esa mujer. Muerta Lucía, no podría amarla él.

—¡Cálmate, hija mía, cálmate!

—¿Cómo me he de calmar? ¿Acaso puedo imponer silencio a mi corazón? Adoro a Luciano y quiero que sea para mí.

María pasó una noche terrible de sufrimientos, noche de lágrimas y de amenazas para Lucía, su rival. Apenas logró pegar los ojos y, a las ocho saltó de la cama y llamó a su doncella.

—¿Ha salido mi padre? —preguntóle al presentarse ésta.

—Sí, señorita; hace un momento.

—Diga usted que me preparen el coche.

Al cabo de un cuarto de hora, María salió de sus habitaciones, montó en su carruaje y ordenó a su cochero que la condujese al muelle de Borbón.

Por su parte, el millonario tampoco pudo conciliar el sueño. Aquella lucha constante por defender la existencia de su hija le estaba aniquilando, y decidió concluir de una vez y obligar a Luciano Labroue a aceptar la mano de María.

Tan pronto llegó a su fábrica, hizo llamar al director de los trabajos, el cual se apresuró a acudir a su despacho.

—Siéntese usted, mi querido amigo —díjole el millonario—. Tenemos que hablar largo y tendido. Mil gracias, ante todo, por su noble proceder de ayer tarde con mi hija.

La frente de Luciano arrugóse a su pesar. ¿Iba otra vez a hablarle de María?

—Mi manera de proceder fue el resultado natural del reconocimiento y afecto que siento hacia usted y su hija.

—Deseo que hablemos con toda sinceridad. ¿Cómo ha encontrado usted a María, después de tantos días sin verla?

—La he encontrado más delgada, francamente, y con bastante mal semblante. Sería conveniente que los médicos se ocupasen seriamente de combatir su debilidad.

—¡Mi hija, mi tesoro, el único bien de mi vida, está condenada a muerte, bien lo sé! —exclamó Pablo con amargura—. Los médicos me lo han dicho. Pero no está condenada sin esperanzas. Su mal tiene un remedio... El matrimonio la salvaría...

—¡El matrimonio! —repitió maquinalmente Luciano, penosamente impresionado.

—El matrimonio, sí: que al darle la felicidad le devolvería también la salud. María padece dos enfermedades: la una heredada de su pobre madre, de la que puede sanar; la otra que procede de su corazón, y de la cual es usted causa.

Luciano se estremeció.

—Sí, hijo mío —prosiguió el millonario—. La vida de mi adorada María se encuentra en sus manos de usted. ¿No se apiadará usted de ella?

—¡Ah, señor! ¡Si supiera usted cuánto sufro desde el momento en que me di cuenta del amor de la señorita María, se apiadaría usted de mí, yo se lo juro! ¿Acaso no he sido franco con usted desde el primer momento?

—Es muy cierto; pero yo creí que se trataba de uno de esos caprichos que se olvidan fácilmente. El que María no le inspire a usted actualmente una pasión, no es obstáculo. ¿Acaso la amistad no engendra muchas veces el amor? El afecto que mi hija le profesa y el agradecimiento que usted siente hacia ella serán suficientes al principio; el amor vendrá después, como me ocurrió a mí cuando me casé con la madre de María. No vacile usted, Luciano... ¡Sálveme usted a mi hija!

—No vacilo, señor. Vacilar sería hacer traición a la que amo. Sufro al verle a usted sufrir; pero, aunque se me desgare el corazón, tengo que decirle que debo rehusar y que rehúso.

Pablo Harmant hizo un gesto en el que se mezclaron la cólera y el dolor.

—Comprenda usted —prosiguió Luciano—, que esta unión sería para mí un remordimiento eterno; pues para salvar a su hija, mataría a la que amo, a la mujer a la que he jurado dar mi nombre...

—¡Bah! ¡La mujer a quien usted ama es indigna de llevarlo!

—¡Indigna de llevarlo! —repitió Luciano fuera de sí—. ¡Ah, señor!, no me repita usted eso, porque creeré que el amor de su hija le ha hecho perder la razón.

—Por fortuna para usted, la conservo todavía para poder salvar su honor...

—¡Mi honor! ¿Qué le amenaza?

—El matrimonio que usted tiene concertado.

Luciano se puso lívido.

—¡Explíquese usted, señor! ¡Explíquese usted al instante! ¡Se lo exijo! —dijo el joven, con voz estrangulada.

—¿Sabe usted quién es esa Lucía, a la que trata usted de dar su nombre?

—Sí, señor: una joven muy honrada.

—Una huérfana depositada hace veintiún años en la Inclusa, en cuyos registros se halla inscrita con el número 9.

—Lo sé desde el principio, señor mío; pero nunca me ha importado. Eso sólo puede ser afrentoso para los padres que la abandonaron; nunca para la hija sin ventura...

—Pero ¿no ha indagado usted, quiénes fueron los padres de Lucía?

—Le repito a usted que nunca me ha importado. Aun descontando que sus padres no fuesen personas dignas, su deshonor no puede llegar a ella.



—Veo que el amor le trastorna la cabeza. Sepa usted, sin embargo, que Lucía es la hija de Juana Fortier, la que asesinó a su padre de usted.

Escapóse un grito sordo, al escuchar estas palabras, de la garganta contraída de Luciano, el cual se dejó caer sobre una silla.

## CAPÍTULO VII

**M**ientras se desarrollaba esta escena en Courbevoie, deteníase el soberbio carruaje de Pablo Harmant ante la casa de Lucía y subía la hija del millonario a la modesta habitación de la obrera. Llamó a la puerta y salió a abrirle la joven; pero al encontrarse con la visita de María, retrocedió sorprendida... casi asustada.

—¡Usted aquí, señorita, usted aquí! —balbuceó.

—Vengo a hablar con usted de un asunto muy grave —dijo María tomando asiento—. Me dijo usted que era huérfana, ¿no es cierto?

—Y así es en realidad, señorita.

—¿No tiene usted, por consiguiente familia, ni fortuna, ni más recursos para vivir que lo que le produce su trabajo?

—Es verdad; pero así vivo dichosa.

—Permítame usted que lo dude —dijo la millonaria sonriendo—. Pues bien, yo soy muy rica... muy rica, y vengo a decirle que deseo asegurar su porvenir.

—¡Asegurar mi porvenir! —repitió Lucía, que cada vez comprendía menos—. ¿De qué modo?

—Del modo más sencillo y más seguro. Ofreciéndole a usted un capital de trescientos mil francos.

La hija de Juana Fortier miró con curiosidad a María pensando si habría perdido la razón.

—No me explico, sin embargo —díjole al cabo de un instante—, el motivo de tan generoso ofrecimiento.

—¡Usted piensa que yo me he vuelto loca! Pues se equivoca usted si así lo cree. Tengo mis razones para ello y no se trata de un acto de liberalidad, sino de un negocio en toda regla.

—Explíquese usted más claro, señorita. ¿Qué negocio es ése? Sepamos.

—Inmediatamente después de haber recibido dicha cantidad se ausentará usted, no sólo de París, sino de Francia.

—¡Abandonar París! ¡Abandonar Francia! —exclamó la obrera, estupefacta—. ¿Y con qué fin?

—¡Para que yo no la vea más! —respondióle María con voz silbante.

Lucía hizo un movimiento de espanto, convencida más que nunca de que su interlocutora había perdido el juicio. María continuó:

—Para que yo no sienta su presencia de usted cerca de mí, en la misma ciudad... para que no vuelva yo a encontrarla a usted en mi camino a todas horas... para que mi vida, próxima a extinguirse, se reanime... ¡para que pueda yo gozar al fin de tranquilidad y de ventura...!

Lucía hablase levantado de un salto.

—¡Ahora me lo explico todo! —exclamó Lucía, alejándose con espanto de la señorita Harmant—. Acaba usted de revelarme el secreto de sus palabras

mortificantes, de sus miradas de odio. ¡Usted tiene celos de mí!

—¡Los tengo! ¿A qué negarlo?

—¡Usted ama a Luciano!

—¡Sí, le amo!

—¡Y cuenta usted para calmar sus celos y dar satisfacción a sus caprichos con que yo me arranque el corazón! ¡Cuenta usted con que me aleje de Luciano, jurando no volverle a ver jamás! ¡Y me ofrece usted trescientos mil francos en pago de mi sacrificio!

—Aumentaré la suma tanto como usted desee.

—Pero ¿ha podido usted suponer por un instante que yo hubiera de aceptar tan bochornoso trato?

—¿Por qué rehusar una proposición tan ventajosa?

—¿Por qué? Pues porque amo a Luciano con todas las fuerzas de mi alma. Y ahora, señorita, me parece que no tenemos nada más que decirnos...

Lejos de retirarse, la hija del millonario estalló en sollozos, dejóse caer de rodillas y, extendiendo después hacia Lucía sus manos suplicantes, balbuceó con voz que las lágrimas hacían casi ininteligible:

—Lo adoro y moriré si él no me ama. ¡Tenga usted piedad de mí! ¡No me lo quite...! ¡Permítame usted que viva...!

—Levántese usted, señorita —dijo Lucía, tomándole las manos—. Levántese usted, se lo ruego.

—No, ni... déjeme usted que de rodillas le implore, por piedad, la felicidad, la vida...

—La compadezco a usted con toda mi alma, señorita; pero se lo he dicho ya: mi corazón no se vende...

Llevóse María las manos a las sienes, con un gesto de loca, y levantándose como una autómatas, dirigióse hacia la puerta de la habitación; pero, antes de salir le dijo, con acento amenazador:

—¡Me vengaré!

En aquel momento entró Juana Fortier y, al ver a la joven intensamente pálida, temblorosa, los ojos enrojecidos y el semblante descompuesto, corrió hacia ella, preguntándole:

—¿Qué tiene usted, hija mía? ¿Por qué llora?

Lucía arrojóse en los brazos de mamá Lisón y, entre sollozos amarguísimos, refirió a la excelente mujer la escena que se acababa de desarrollar momentos antes.

## CAPÍTULO VIII

**H**emos dejado a Luciano Labroue en el momento en que se dejaba caer sobre una silla, aterrado por la espantosa revelación que acababan de hacerle. Pero, pasado el primer momento de desfallecimiento, dominó su estupor y emoción.

—¡Eso es una calumnia! —exclamó, fuera de sí.

—No, —respondió el millonario, sonriendo—. Es una verdad irrefutable.

—¡Vengan las pruebas!

—Le he dicho a usted que la mujer a quien cree amar se halla inscrita en los registros de la Inclusa con el número 9.

—Lo sabía por ella misma.

—Pues bien, ¿se negará usted a dar crédito a la declaración oficial relativa al depósito de Lucía en la Inclusa en la que consta el nombre de la madre y el de la nodriza, que después de la condena de aquélla hizo el depósito?

Y al decir esto, Pablo Harmant sacó de su cartera el documento que nuestros lectores ya conocen y se lo presentó al joven, que comenzó a leerlo con febril ansiedad. A medida que avanzaba en su lectura, adquiría su rostro una expresión espantosa de estupor y desesperación. El millonario no había mentado... El papel se escapó de las temblorosas manos del joven.

—No cabe duda —exclamó anonadado—. Lucía es la hija de Juana Fortier.

—De Juana Fortier, que asesinó a su padre de usted... —añadió Santiago Garaud.

—Eso no está probado...

—La justicia pronunció su fallo inapelable...

—La justicia se equivoca con frecuencia y, ya le dije a usted hace tiempo, que estoy convencido de la inocencia de Juana Fortier.

—Sí; pero hasta el día en que no sea solemnemente rehabilitada (si esto ocurre alguna vez), Juana Fortier será culpable y Lucía seguirá siendo la hija de la que asesinó a su padre de usted.

—¡Dios mío...! ¡Dios mío...! —balbució Luciano desesperado.

—Ya ve usted que yo tenía razón y que no puede dar su mano a esa joven sin cometer una infamia.

—¡Oh! ¡Por piedad, no siga usted, señor!

—Ármese usted de valor. Renuncie a un enlace que nadie le perdonaría. Lucía Fortier no debe existir ya para usted y, puesto que ya es usted libre, ¡salve usted a mi hija! ¡Es la felicidad lo que le ofrezco...!

—¿Y si yo no pudiese aceptarla?

—¿Por qué no? Al rehusarla, mataría usted a María, que le adora, y eso sería un crimen espantoso. Debe usted estarme agradecido.

—Y lo estoy, ciertamente. Hallábame delante del abismo... Usted ha advertido su presencia... mi reconocimiento es grande.

Y el desdichado tendió la mano al miserable, que la tomó sin escrúpulo,

dibujándose en su rostro una horrible expresión de triunfo.

—Debe usted comprender, sin embargo —añadió Luciano—, que la herida es demasiado profunda para que pueda cicatrizarse bruscamente. Ruegue usted... pues, a la señorita María que me dispense si, durante algún tiempo, no aprovecho sus amables invitaciones.

—Es que precisamente estas alternativas de esperanza y decepción son las que minan su existencia. La espera la aniquila —murmuró el millonario.

—Le ruego a usted que no insista. No solicito de usted más que unos cuantos días para reflexionar y calmarme.

—Eso debe usted decírselo personalmente a María; porque a mí no me creerá.

—Pues bien, se lo diré esta misma noche.

—Gracias, hijo mío. En usted deposito toda mi confianza.

—¿Me permitirá usted que conserve en mi poder este documento por espacio de veinticuatro horas?

—¡Todo el tiempo que usted quiera!

Luciano salió con él corazón oprimido.

## CAPÍTULO IX

**A**l llegar a París, trasladóse en carruaje al muelle de Borbón; mas como Lucía hubiese salido para ir a casa de su patrona, hízose conducir a la panadería de la calle del Delfín. Al verle entrar, Juana Fortier tuvo el presentimiento de que algo malo ocurría.

—¿Qué pasa, señor Luciano? —preguntóle temblorosa.

—Que he ido al muelle de Borbón y Lucía no está en casa.

—¿Tiene usted algo urgente que decirle?

—Sí; pero se lo diré a usted, es lo mismo. ¿Puede usted concederme una hora?

—Sí, señor; ahora estoy libre.

Hízola subir Luciano a su carruaje, y pronto se encontraron ambos a solas, frente a frente, en la modesta habitación que ocupaba el desdichado joven.

El hijo de Julio Labroue dejóse caer sobre una silla y los sollozos, largo tiempo contenidos, estallaron en su pecho.

—¿Qué tiene usted, señor Luciano? —dijo Juana consternada—. Esas lágrimas me dicen que se trata de Lucía.

Luciano hizo con la cabeza señales de asentimiento.

—Ya me decía el corazón que la visita de la señorita Harmant algo malo presagiaba. Luciano miró a Juana con aire de estupefacción.

—¿No sabe usted que ha estado en casa de Lucía esta mañana?

—Es la primera noticia...

—¿Ignora usted también que la señorita Harmant está enamorada de usted?

—Por desgracia, lo sé hace mucho tiempo. Pero ¿qué objeto tuvo esa visita?

—Está loca de celos y vino a ofrecer a Lucía la suma de trescientos mil francos, o más, si no le parecía bastante si consentía en separarse de usted, en olvidarle para siempre, en ausentarse de París y de Francia.

Y Juana refirió, punto por punto, a Luciano la escena que conoce ya el lector.

—¿Qué opina usted de todo esto?

—Opino que los celos son muy malos consejeros y que hay que ser indulgentes con los que enloquecen de amor.

—¿Entonces no vitupera usted la conducta de la señorita Harmant? —replicó Juana estupefacta.

—La vitupero y la repruebo; pero me inspira, al mismo tiempo, profunda compasión.

—¿Por ventura Lucía no es digna también de lástima? ¿Cree usted acaso que la visita de la señorita Harmant no ha llenado su corazón de celos y de congojas? ¡Ah! ¡Si la hubiese visto, como yo, sollozando, trastornada, comprendería perfectamente la magnitud su dolor!

—Lo deploro con toda mi alma, mamá Lisón.

—¿Pero no hace usted más que deplorarlo?... Su frialdad de usted me espanta...

Temo que me diga usted que no quiere ya a Lucía...

—¿Y si fuese así, en efecto?

—¿Pero admite usted siquiera la posibilidad?

—¿Y si yo no debiese volver a ver a Lucía nunca más?

—¡Oh! Usted no habla hoy en serio. Eso sería una cosa horrible. Lucía se moriría, porque lo adora a usted. No, no. Usted no será capaz de hacer eso.

¿Y si mi honor me lo exigiese?

—¡Pero eso es un imposible! ¿Es acaso que la fortuna del señor Harmant le ha deslumbrado a usted hasta el punto de hacerle perder la cabeza?

—¡Me han hecho revelaciones y me han indicado mi deber!

—¿Se atreverá usted a insultar a Lucía, poniendo en entredicho su honradez?

—¡El Cielo no lo consienta!

—¿Qué le han dicho, pues, de ella? ¿Qué han inventado Pablo Harmant y su hija? ¿Osará usted repetirme sus infames calumnias?

—No han inventado nada ni han mentado. ¡Entre Lucía y yo se extiende un charco de sangre!

—¡De sangre! —repitió Juana Fortier, petrificada de estupor.

—De sangre, sí. Yo amo a Lucía más que nunca, pero el honor me impide dar mi nombre a la hija de la que asesinó a mi padre.

Al escuchar estas palabras, Juana lanzó un grito indefinible, y llevóse las manos al corazón.

—¿Qué ha dicho usted, señor Luciano? —Sin duda he entendido mal. ¿Cree usted que Lucía es la hija de la mujer condenada en otro tiempo por haber asesinado a su padre de usted?

—La hija de Juana Fortier, sí, señora...

—¡La hija de Juana Fortier! —exclamó la evadida de Clermont—. ¡Su hija! ¡Lucía, su hija!...

Juana parecía atacada de locura.

—¿Pero qué le pasa a usted, mamá Lisón? —preguntó Luciano, admirado de ver su emoción.

—Que la revelación que acaba usted de hacerme me ha causado tal sorpresa, que por un instante he creído que iba a perder la razón. Aún no acierto a dar crédito a mis oídos. ¡Lucía hija de Juana Fortier! ¿Cómo lo ha sabido usted? ¿Tiene usted la prueba de ello?

—La tengo, sí, señora. Auténtica... indiscutible... Véala usted.

Y Luciano le puso ante los ojos el documento consabido, que Juana devoró con creciente ansiedad.

—¡De suerte que la pobre Lucía tendrá que pagar la falta de su madre! —dijo en voz alta—. ¡Es bien injusto y bien cruel!

—El mundo no me perdonaría nunca que yo le diese mi mano —replicó Luciano.

—Mas ¿quién habría de revelar ese secreto? ¿Sin duda el millonario Harmant y su

hija? ¿Le han amenazado quizás con revelarlo?

—El padre me ha amenazado.

—Le creo capaz de hacerlo. Es un hombre que todo lo sacrificaría a los caprichos de su hija. Pero ¿para qué me ha traído usted aquí?

—Para rogarle que le haga usted comprender a Lucía que se ha abierto un abismo entre los dos...

—¿Pero cree usted, por ventura, que voy yo a revelar a Lucía quién es su madre? ¿Quiere usted que, al dolor del abandono, sume yo el del bochorno de su cuna?

—No conviene, sin embargo, dejar a Lucía una esperanza que, con el tiempo, le haría sufrir mucho más.

Juana Fortier sintió que la ahogaban los sollozos y, sin responder una palabra, dirigióse hacia la puerta.

Juana bajó como una loca la escalera y echó a correr por las calles, atropellando a todo el mundo.

—¡Mi hija! —repetía sin cesar—. ¡Lucía es mi hija!

Cuando llegó a su casa Lucía había ya regresado, y, al verla, estrechóla emocionada entre sus brazos, besándola con efusión y diciéndole con inmenso cariño:

—¡Hija! ¡Hija de mi alma! ¡Hija de mi corazón! ¿Ha salido usted esta tarde?

—Sí; he ido a casa de la señora Agustina. Por cierto que, durante mi ausencia, ha estado aquí Luciano y, según me ha dicho la portera, tenía el semblante muy triste... Desde que recibí esta mañana la visita de la señorita Harmant me siento agobiada por presentimientos funestos.

—Deseche vanos temores, hija mía. Me quedaré a comer esta noche con usted, para hacerle olvidar sus lúgubres ideas.



## **TERCERA PARTE**

## CAPÍTULO I

**L**ucía estaba inconsolable. Había transcurrido el domingo sin que fuese Luciano a visitarla, ni recibir de él siquiera un par de líneas, excusándose. La desdichada joven no daba con la solución de aquel enigma.

Después de dos días de esperar inútilmente, hízose su dolor insoportable y decidió escribir a Luciano, para saber qué le ocurría. Su carta, sin embargo, no obtuvo respuesta alguna.

Por fin se decidió a ir a verlo.

Luciano salía de la fábrica a las siete, y a las siete y media trasladóse Lucía a la calle de Miromesnil. Como en diversas ocasiones habíale aquél mostrado desde la calle las ventanas de su domicilio, sabía que habitaba en el tercer piso; pero ignoraba en qué puerta; por lo que al entrar dirigióse al portero, que comía en aquel instante en unión de su esposa.

—¿El señor Labroue, vive aquí? —preguntóle.

—Piso tercero, puerta... comenzó a decir la portera; pero su marido interrumpióla, dándole al mismo tiempo con el codo.

—El señor Labroue no está en casa —dijo con tono seco—. Ha salido de viaje.

—¿De viaje? —repitió Lucía—. ¿Por mucho tiempo?

—No lo sabemos.

La joven bajó la cabeza y abandonó la casa.

—¿Pero no sabes, cabeza de chorlito —dijo el portero a su esposa, al quedarse solo con ella—, que ha dicho el señor Luciano que si viene alguna mujer a preguntar por él, sea joven o sea vieja, se le diga que ha salido de viaje?

Antes de alejarse, detúvose la joven en la acera de enfrente y, mirando hacia las ventanas de Luciano, vio que dentro había luz.

—¡Me han engañado! —murmuró palideciendo.

Volvió a entrar nuevamente en la casa y pidió explicaciones al portero; pero éste, díjole con incalificable grosería:

—El señor Luciano la esperaba a usted sin duda, porque tengo orden de no dejarla a usted entrar.

Lucía creyó desmayarse. Vacilante y temblorosa, alejóse de la casa.

Cuando llegó a su domicilio, Juana Fortier aguardábala impaciente.

—¿Qué ocurre, hija querida? —preguntóle la infeliz mujer, al ver la más viva angustia dibujada en el semblante de la joven.

—Que Luciano me hace traición... que me abandona...

Y la infeliz obrera refirió a Juana cuanto le había acontecido en su visita a casa de Luciano.

—Este dolor me costará la vida —dijo Lucía al terminar—. Pero antes de morir quiero verle, quiero que me explique la causa de su abandono. Iré a esperarle a la puerta misma de la fábrica y no tendrá más remedio que responderme...

—No, Lucía; no hará usted semejante disparate...

—¿Por qué no? ¿No he de tener el derecho, tan siquiera de conocer el origen de mis males?

—¿Y si ese conocimiento resulta para usted un nuevo motivo de dolor?

—¿Lo cree usted así, mamá Lisón?

—Yo no creo nada, hija mía; pero ¿puede responder nadie de nada en esta vida?

—De mi honor y de mí respondo yo. ¿Acaso no conocía Luciano mi pasado? Sabía perfectamente que yo era una humilde huérfana, abandonada por sus padres; pero que vivía de mi trabajo honrado y podía caminar siempre con la cabeza muy alta; pues si esto le bastó siempre, ¿por qué no le satisface ahora? Esto es lo que quiero saber y le repito a usted que lograré averiguarlo.

—No, hija mía, por Dios; de rodillas le suplico que renuncie usted a conocer este secreto.

—¿Pero acaso usted lo sabe? ¿Ha visto usted a Luciano?

—Sí —confesó la panadera.

—¡Ah! ¿De suerte que usted lo ha visto y no me ha dicho una palabra?

—Quería evitarle a usted una nueva pena.

—¡Evitarme una nueva pena! ¿Acaso puede existir un sufrimiento aún mayor? No me mortifique usted más. ¿Es por culpa mía por lo que Luciano me abandona?

—No, no, hija mía. Jamás la más leve sospecha ha cruzado por su mente. Si Luciano la abandona es porque un enlace entre los dos es imposible.

—¡Imposible! ¿Por qué causa? ¿Acaso los que me dieron el ser, los que me abandonaron más tarde sin piedad en un hospital, han cometido algún crimen? ¿Fue mi padre, por ventura, un hombre infame? Y aunque lo fuese, ¿por qué he de pagar yo las consecuencias de su infamia?

—¡Por piedad, hija mía, cállese usted! ¡No acuse usted a su padre!

—¿A quién he de acusar entonces? —replicó la joven con violencia—. Mamá Lisón... Usted lo sabe todo... Luciano se lo ha dicho... Dígame usted la verdad. Si no debo acusar a mi padre, será mi madre la causa de mi deshonra.

Juana temblaba de la cabeza a los pies.

—¡Hable usted, hable usted! —siguió diciendo Lucía—. ¿Fue mi madre la que cometió algún crimen? ¿Por qué le ha dicho Luciano que nuestro matrimonio era imposible?

—Porque ha habido un hombre que, después de escudriñar el pasado, ha dicho a Luciano: «Si no se casa usted con mi hija, impediré que se case con Lucía. Si intenta usted hacerlo, se sabrá...».

Juana se interrumpió. Faltábanle las fuerzas para continuar:

—¿Se sabrá qué? —preguntó Lucía impetuosamente—. Me mata usted, mamá Lisón... Si usted no quiere hablar, obligaré a Luciano a que hable: y si no lo logro tampoco, acudiré a la señorita Harmant; y en caso de que ésta también se niegue, llegaré hasta su mismo padre.

—No, Lucía, no será necesario. Yo se lo diré a usted todo, se lo juro. Luciano no puede casarse con usted y usted misma no podría aceptar su mano sin haber antes demostrado plenamente la inocencia de vuestra madre.

—¡Demostrar la inocencia de mi madre! —repitió Lucía palideciendo—. Pero ¿de qué se la acusa?

—Ha sido condenada por haber asesinado al padre de Luciano Labroue.

Lanzó Lucía un grito desgarrador y llevóse las manos a la frente.

—¡De suerte que soy hija de la mujer que asesinó al padre de Luciano y puso fuego a su fábrica! —dijo Lucía, tras una breve pausa—. ¡Oh! ¡Esto es horroroso!

—Su madre era inocente, Lucía.

—El hecho es que fue condenada por sus jueces...

—Condena tan injusta como odiosa. ¿No ha oído usted afirmar varias veces al mismo Luciano Labroue que no creía en la culpabilidad de esa desdichada Mujer?

—Si así fuese realmente, no se alegraría de mí.

—Es que duda todavía y en la duda no tiene más remedio que abstenerse.

—¡Dios mío! —balbuceó Lucía, retorciéndose con desesperación las manos—. ¿Por qué me dio a luz mi madre?

Un diluvio de lágrimas, largo tiempo contenidas, inundó entonces el rostro de Juana Fortier.

—No maldiga usted a su madre, Lucía —exclamó con voz ahogada—. Si la hubiese usted conocido como yo, la compadecería con toda el alma.

—¿Pero usted ha conocido a mi madre, mamá Lisón?

—Sí, hija mía. Le juro a usted que era una mujer ejemplar, incapaz de ninguna mala acción. La desdichada amaba con delirio a sus hijos... porque ha de saber usted que tenía dos... un hijo y una hija...

—¿Entonces tengo un hermano? —interrumpióle Lucía.

—Lo tenía usted, sin duda, mas no sé si aún vivirá. Desapareció como usted. Créame, Lucía, no maldiga usted a su madre. ¿Quién le dice a usted que sus penas no cesarán algún día? ¿No puede encontrar su madre al verdadero culpable?

—Mi madre se ha escapado del presidio donde extinguía su condena. Recuerdo que Luciano me lo ha dicho.

—Se ha escapado, en efecto; mas yo creo que su evasión tiene por principal objeto el buscar a Santiago Garaud, el único y verdadero culpable. Valor, pues, hija mía. Mamá Lisón se encuentra, por fortuna, a su lado, y a fuerza de cariño logrará proporcionarle algún consuelo.

Y Juana Fortier estrechó a la joven contra su corazón. Cuando volvió a entrar en sus habitaciones, cayó la desdichada de rodillas, sollozando amargamente.

—¡Dios mío, Dios mío! —balbuceó desesperada.

Mientras ocurrían los hechos que acabamos de relatar, salía Jorge Darier de su casa de la calle de Bonaparte y dirigíase presuroso a la parada más inmediata de carruajes de alquiler, sin advertir que durante la marcha se había deslizado de su

voluminosa cartera, que llevaba bajo el brazo, un abultado sobre, que quedó abandonado en la acera.

Quiso la casualidad que, a los pocos instantes, pasase por allí Juana Fortier, quien, al ver el sobre en el suelo, recogiólo y leyó en él estas palabras:

«—Señor Jorge Darier, abogado».

—¡Jorge Darier! —pensó—. Éste es el amigo de Luciano Labroue.

Como el sobre estaba abierto, examinó Juana su interior, sin detener su marcha, viendo que contenía varios pliegos de papel timbrado y un testimonio de sentencia. Comprendiendo que eran papeles de importancia guardóselo en el pecho, con intención de devolverlo a su dueño, y dirigióse al muelle de Borbón.

Empero, al llamar a la puerta del abogado, díjole la anciana criada que Jorge se había ausentado de París y tardaría en regresar seis días, por lo menos.

Cuando volvió al muelle de Borbón, se le había declarado a Lucía una violenta fiebre, que alarmó terriblemente a Juana. La sola idea de que pudiese morir su hija la hacía temblar de la cabeza a los pies. Corrió a buscar un médico, quien, después de examinar a Lucía, movió la cabeza, frunció los labios y arrugó el entrecejo. El caso era grave.

Cuatro días duró la gravedad de Lucía. Al quinto, hubo de declarar el médico que el peligro había pasado, y entonces pensó Juana nuevamente en ir a ver a Jorge y entregarle los papeles que había encontrado en la calle, consultándole al mismo tiempo lo relativo a la querrela que trataba de entablar contra Pablo Harmant y su hija, por el delito de difamación.

El lunes siguiente, después de repartir el pan, tomó Juana los papeles encontrados y encaminóse a casa del abogado, que le hizo pasar al momento a su despacho. Al verse por primera vez en presencia de aquel joven, que ignoraba era su hijo, sintió la infeliz profundísima emoción.

—¿Qué desea, señora? —preguntóle el joven abogado con la más amable de las sonrisas.

—¿Ha perdido usted hace unos días unos papeles?...

—Sí, señora, unos papeles de extraordinaria importancia para mí. ¿Los ha encontrado usted por ventura?

Juana sacóse del bolsillo del delantal el sobre que contenía los documentos en cuestión y alargóselo al abogado.

—Aquí los tiene usted, señor. Vea si le falta alguno.

—Nada falta, señora —dijo Jorge, después de examinar los documentos—; y me hace usted, al devolvérmelos, un señalado favor. Me permitirá usted que le recompense su servicio...

—No, señor, no puedo aceptar nada.

—Permítame, sin embargo, que le diga que si en alguna ocasión pudieran serle de

utilidad mis servicios, tendría una gran satisfacción en ofrecerme a sus órdenes.

—Sus palabras de usted me dan valor para pedirle un consejo...

—Veamos, ¿de qué se trata?

—No se trata de mí, señor; sino de una joven huérfana y muy desgraciada.

—Tendré sumo placer ayudarla con todas mis fuerzas —dijo Jorge.

—¿Se puede, señor —dijo Juana, de improviso, tras una breve pausa— reprochar a una hija los crímenes de su madre sin violar la ley? ¿Hay derecho para destrozarle el corazón, emponzoñarle la vida y hacerle perder su único medio de sustento, que es el trabajo, revelando a todo el mundo el pasado de su madre?

Jorge miró a su interlocutora con tanta curiosidad como estupefacción y respondióle:

—Es un crimen odioso el matar moralmente a una persona inocente revelando sus secretos de familia; pero los que lo cometen no caen bajo los preceptos del código.

—De suerte —replicó Juana— que viene al mundo una niña y, condenada a los pocos meses su madre a reclusión perpetua por un crimen espantoso, es depositada en la Inclusa la criatura, donde se la educa, sin revelarles el terrible secreto; llegada a mayor de edad, se lanza al mundo, ganándose el sustento con su trabajo honrado. Encuentra en su camino a un joven, tan pobre y tan honrado como ella; se enamoran. El porvenir les pertenece. Pero he aquí que otra joven, hija única de un millonario, se enamora del novio de la hospiciaria y que su padre dice al joven: «Le ofrezco a usted la fortuna si se casa con mi hija». Su corazón leal y enamorado rechaza el ofrecimiento; pero la rica heredera no cede en sus propósitos. Va a casa de su humilde rival y ofrécele una cantidad fabulosa de dinero si le cede el novio y consiente en alejarse de Francia para siempre; pero la oferta es rechazada también. Averigua entonces el padre el pasado de la madre de la hospiciaria y le dice al enamorado joven: «Desventurado ciego: la criatura a quien quieres dar tu nombre es hija de la mujer que asesinó a tus padres». El matrimonio se hace imposible y en aquellas dos almas que tanto se habían amado nace la enemistad. No satisfecha aún con destrozar el corazón de la infeliz hospiciaria, corre la rica heredera a la casa que le facilitaba trabajo y le dice, en su presencia, a la dueña del taller: «Esta joven es hija de una mujer condenada por el triple crimen de incendio, robo y asesinato, y deshonor sus talleres. Si no la despide usted huirá su clientela y le sobrevendrá la ruina». Y la dueña la despide. La desesperación se apodera de la joven y cae gravemente enferma, permaneciendo varios días entre la vida y la muerte. La herida de su corazón no puede cicatrizar. ¿Es posible que la ley no castigue a los miserables que martirizan de esta suerte a una joven inocente?

—¿Pero de quién habla usted? —preguntóle Jorge, presa de viva emoción.

—Hablo de Lucía Fortier.

—Me lo había figurado. Lo que me refiere usted es monstruoso. Pero nada puede intentarse contra ellos en el terreno legal.

—Pero usted es bondadoso, caballero; su semblante lo proclama. La pobre joven

va a morir... usted es el mejor amigo de Luciano... el consejero del señor Harmant... intente usted salvarle... hábleles usted a los dos. Que la señorita Harmant haga que la vuelvan a admitir en el taller... que Luciano vuelva a ella y le perdone una falta que jamás ha cometido. La pobre joven no puede ser responsable del pasado de su madre... ¡que quién sabe si también era inocente!... ¡Sálvela usted, por piedad!

En aquel momento llamaron a la puerta y anunció la sirvienta a Pablo Harmant.

—¡Él! —exclamó Juana desconcertada.

—A él es a quien debe usted suplicar que no acabe con la vida de Lucía —dijo Jorge, tomando de la mano a la infeliz mujer y arrastrándola hasta el salón, donde se encontraba el millonario, que se sorprendió no poco al ver a su abogado con una mujer del pueblo; pero su sorpresa rayó en estupefacción cuando aquélla se arrojó a sus plantas, con la cabeza inclinada sobre el pecho y los brazos extendidos hacia él, en ademán suplicante.

—¿Quién es usted y qué desea? —preguntóle.

—Esta infeliz mujer se llama Lisa Perrin, señor Harmant —apresuróse a contestar por ella el abogado—, y profesa una afección profunda, casi maternal, a una desdichada joven que se muere de desesperación. Ha venido a rogarme que interceda con usted para que salve a dicha joven.

—Sí, sí... —balbuceó Juana Fortier, estallando en sollozos—. ¡Sálvela usted, por piedad!

Al oír pronunciar el nombre de Lisa Perrin y escuchar la vez de Juana, un frío sudor inundó la frente del millonario. Al cabo de veintiún años volvían a encontrarse frente a frente Santiago Garaud y la viuda de Pedro Fortier, pero tan cambiados ambos que estaban desconocidos.

Juana levantó la cabeza y contempló fijamente al industrial, pero aquel rostro pálido, rodeado de patillas y de cabellos casi blancos, nada le trajo a la memoria. Santiago, en cambio, descubrió desde el primer momento, bajo las facciones ajadas de la panadera, la fisonomía de la bella mujer a quien tan ciegamente amara y estremeciéndose de los pies a la cabeza.

Durante breves instantes consideróse perdido: creyó que Juana Fortier iba a reconocerle. Su turbación no duró mucho, sin embargo. Comprendió que estaba perdido si no desafiaba resueltamente la tormenta que sobre su cabeza se cernía, y, recobrando su aplomo habitual, respondió exagerando su acento extranjero:

—¿Interceder cerca de mí por una joven? ¿Salvarla? ¿Qué significa esto?

—Querido señor Harmant —respondió Jorge—. Se trata de Lucía Fortier...

—¿De Lucía Fortier? —repitió el millonario—. ¿Y qué puedo hacer yo por una joven que tiene la desgracia de ser hija de una mujer condenada por la justicia?

—Usted puede salvarle la vida, señor —exclamó Juana—. Usted le ha quitado el hombre a quien amaba, para dárselo a su hija por esposo, y su hija de usted, por otra parte, le ha quitado la manera de ganarse la existencia. Esto es una enorme injusticia, ¡no lo permita usted!

—¡Bah! —replicó indignado el falso Pablo Harmant—. ¿Qué puedo hacer yo en este asunto? ¿Tengo yo acaso la culpa de que Lucía sea hija de una presidiaria?

—¿Y no encuentra usted otro remedio a su mal que insultarla nuevamente? —replicó Juana con gesto amenazador.

Una inspiración diabólica cruzó entonces por la mente de Santiago Garaud.

—A juzgar por el entusiasmo con que defiende usted a esa joven, diríase que la unen a ella lazos mucho más estrechos que los de la amistad. El calor con que apoya usted la causa de Lucía Fortier me ha revelado quién es usted. Usted no es Lisa Perrin... usted es la condenada de Alfortville... la evadida de Clermont... ¡usted es Juana Fortier!...

Al escuchar su nombre sintióse Juana vacilar y dirigió, temblorosa, una mirada investigadora en torno cuyo, como buscando una salida.

—El hacer detener a esta mujer sobre la marcha —prosiguió el millonario, dirigiéndose a Jorge— será prestar un gran servicio a la humanidad y a la justicia; voy yo mismo a avisar a los agentes...

Lanzóse el miserable hacia la puerta; pero Jorge Darier cerróle el paso diciéndole:

—Un momento, señor. Esta mujer se llama Lisa Perrin. No la conozco, ni quiero conocerla más que por ese nombre. Pero, aun suponiendo que fuese la desdichada criatura a quien acaba usted de citar, se halla bajo mi protección. Ha entrado libre en mi casa y libre saldrá de ella. ¡Mi gabinete de abogado no es una ratonera! —Retírese usted, señora; retírese sin temor...

La evadida de Clermont apoderóse con exaltación de la mano del abogado, llevósela a los labios con agradecimiento infinito y lanzóse después afuera del despacho. Pablo Harmant quiso seguirla, pero por segunda vez cerróle el paso el abogado.

—Supongo que vendría usted a hablarme de algún asunto —le dijo éste sonriendo.

—¿Por qué ha dejado usted partir a esa mujer?

—¿Pero qué le importa a usted, señor mío? ¿Le inspira, por ventura, temores esta infeliz? Estas palabras hicieron comprender a Pablo Harmant la imprudencia que acababa de cometer.

—¿Temores a mí? —balbuceó.

—Si es Juana Fortier, en efecto, debemos perdonar el paso que acaba de dar una madre, aunque sea criminal. Si no lo es, su proceder sólo merece alabanzas.

El millonario había tenido tiempo de recuperar su sangre fría.

—Tiene usted mucha razón —respondió—. No he podido dominar la cólera que me invadió al ver en mi presencia a la asesina del padre de mi futuro yerno.

—¿Cómo se encuentra hoy María? —preguntóle el abogado para cambiar de conversación.

—Perfectamente.

—Me alegro muy de veras. La boda no se hará esperar, supongo...



Después ambos se pusieron a tratar del asunto que motivara la visita del millonario.

\* \* \*

Soliveau preparaba entretanto su equipaje para emprender la marcha a Buenos Aires, haciendo constantes compras. Sin embargo, antes quería liquidar los asuntos con Santiago Garaud. Éste le había informado de la súbita aparición de Juana y de los problemas que la mujer podría ocasionarles a los dos.

—Es preciso retrasar por algunos días el viaje para ocuparme de este asunto. Es un trabajo que Santiago Garaud me pagará bien —pensó Ovidio.

Una idea nueva acababa de germinar en su cerebro. Trasladóse al Temple, realizó distintas compras en diversos establecimientos, y entrando por último, en una peluquería, hízose cortar muy bajo el cabello y afeitar el bigote y las patillas, dirigiéndose después a su domicilio.

Una hora más tarde salió a la calle completamente transformado, con el traje de color gris claro que suelen usar los panaderos y un sombrero flexible, de fieltro también gris, y se dirigió hacia el Centro de Panaderos.

Fue a sentarse a una de las mesas y llamó para pedir su comida. Acudió la criada Mariana, quien al ver una cara desconocida preguntóle con curiosidad:

—¿Es usted también panadero, señor?

—Sí, hija mía —contestóle Soliveau.

—¿Pero no de este barrio?

—Por el momento no; pero he habitado en él en otros tiempos. Conozco esta casa desde hace muchos años, y como acabo de llegar de Dijón, para buscar trabajo en París, he tenido la idea de dirigir aquí mis pasos.

El Turenés y el Lionés comían en una mesita próxima a la de Soliveau.

—¿Viene usted de Dijón, compañero? —preguntóle el Lionés.

—Sí, compañero.

—Allí he trabajado dos años. ¿De modo que viene a buscar aquí?

—Traigo ese propósito. Me gusta mucho París.

—Le advierto a usted que escasean las buenas colocaciones.

—No importa, esperaré. Acabo cobrar una pequeña herencia y ella iré viviendo mientras no encuentre una colocación que me satisfaga por completo. ¿Es posible abonarse aquí a comer?

—¡Ya lo creo! —contestó la sirvienta—; haré venir a la dueña y se entenderá usted con ella.

—Muy bien; pero entretanto tráeme me a mí de comer y una buena botella de Borgoña, que me ayudarán a vaciar estos señores. Entre buenos compañeros debe reinar la franqueza.

Poco después se retiraron éstos Ovidio terminó tranquilamente su comida.

Arreglóse con la patrona, pagó por adelantado una quincena y, llamando después a la criada, entrególe un luis para que se cobrase la comida y las botellas. Mariana devolvió a Soliveau dos monedas de cinco francos y unos cuartos y el dijonés entrególe una de las primeras, diciéndole al mismo tiempo:

—Toma, para ti, hija mía.

Estupefacta ante liberalidad tan sin ejemplo en aquel sitio, ruborizóse la sirvienta y guardóse la moneda en el bolsillo.

—¡Ah! —dijo cuando ya iba a retirarse—. Puesto que usted es panadero y va a abonarse en la casa, ¿quiere tomar parte en el banquete?

—¿En qué banquete, hija mía? —Una comida que el gremio de panaderos ofrece a una honrada mujer, panadera, que celebra el día de su santo y a la que todos queremos mucho.

—¡Ya lo creo! ¡Pues no faltaría más! ¿Cuánto hay que pagar?

—Seis francos.

—Helos aquí.

—¿Cuál es su nombre, para anotarlo en la lista de los comensales?

—Pedro Lebrun.

Mariana se alejó para ir a anotar el falso nombre que le habían dado.

## CAPÍTULO II

**E**ran las doce menos cuarto. Todos los comensales se encontraban ya reunidos. Ovidio Soliveau sentía viva inquietud. No descubría en parte alguna los agentes de seguridad con cuyo presencia había contado después de las cartas anónimas que había mandado a la policía.

Se acercó a Mariana, la sirvienta, y le dijo:

—Al final de la comida te daré una copita de un licor para que Lisa Perrin brinde conmigo. Se trata de una bebida especial.

—Pierda usted cuidado. Me acordaré. —Respondió la sirvienta.

En aquel momento penetraron en la sala un suboficial de ferrocarriles, acompañado de un campesino de unos sesenta años de edad. Ovidio contemplólos con mirada penetrante y las sombras que nublaban su rostro disipáronse. Había reconocido en ellos a los agentes de policía.

A poco entró Juana Fortier y un entusiasta «¡Viva Lisa Perrin!» escapóse de todos los labios.

Adelantóse el más anciano del gremio y le dijo, presentándole un ramo de flores:

—Mamá Lisón: sírvase usted aceptar estas humildes flores que los compañeros de oficio le dedican.

Resonaron entonces nuevos vivas, y la infeliz mujer, derramando abundantes lágrimas de júbilo, tomó asiento en la presidencia de la mesa, imitándole todos en seguida. La comida transcurrió en medio de la más franca alegría. Ovidio Soliveau, sentado cerca de Juana, contribuyó en gran parte al regocijo con sus chistes y agudezas.

Eran las tres y media de la tarde cuando se sirvió el café. Mariana se acercó a Ovidio, con una bandeja en la que había dos vasitos de licor. De uno de sus bolsillos sacó él una botellita y la vació en uno de los vasitos. De otro bolsillo sacó otra botellita aparentemente igual y su contenido lo derramó en el otro vasito, que retuvo en la mano. La bandeja con el otro vasito fue la sirvienta a llevárselo a Juana Fortier. En éste, Ovidio había agregado una substancia que al ser ingerida provocaba una intensa excitación, durante la cual se decía en voz alta todo aquello que preocupaba la mente del que lo había tomado. Licor de Chuchillino se llamaba.

—El Dijonés va a cantar —gritó el Turenés, al ver que Ovidio se levantaba.

—Cantaré cuanto queráis: pero antes os suplico que me otorguéis la palabra.

—¡Concedida! ¡Concedida! —gritaran en varios lados.

—Compañeros: Antes de venir yo al Centro de Panaderos —comenzó Soliveau —, no conocía a mamá Lisón; pero vosotros me habéis enseñado a amarla y estimarla. Es una mujer excelente y esforzada; a quien me complazco en ofrecerle un recuerdo, y me consideraré dichoso si ella se digna aceptarlo.

Y, abandonando su puesto, acercóse a Juana Fortier, que se levantó a su vez.

—Señora Perrin —le dijo él miserable, presentándole un estuche que contenía

unos bonitos pendientes—: hágame usted el honor de permitirme que la bese.

Juana presentó emocionada sus mejillas y el cómplice de Pablo Harmant, después de dejar en la mesa el vasito que tenía en la mano, depositó en ellas dos besos de Judas. Aplaudió entusiasmado el auditorio y después Juana abrió el estuche, no pudiendo reprimir un grito de admiración. El regalo pasó de mano en y todo el mundo se hizo lenguas del gusto y generosidad de Soliveau.

—Ahora, para terminar —dijo el infame voy a ofrecer a mamá Lisón una copa de verdadero chartreuse de mi tierra.

Fue a tomar el vasito que dejara sobre la mesa, pero Mariana había dejado junto al suyo el destinado a Juana Fortier. Ovidio tuvo una vacilación. ¿Cuál sería el suyo?

Juana tomó el que tenía más cerca y Ovidio, con mano trémula, el otro.

—A su salud, mamá Lisón —exclamó éste.

—A la de usted —replicó la panadera.

Chocáronse ambos las copas y apuráronlas después, de un solo trago. En la frente de Ovidio gotas de sudor denunciaban la ansiedad de que estaba preso.

Los comensales, pidieron al Dijonés que entonara una canción. No se hizo rogar mucho; pero apenas hubo comenzado la segunda estrofa, cuando se detuvo bruscamente, pasándose la mano por la frente. La memoria faltóle de improviso. Una especie de nube parecía velar su cerebro. El licor de Chuchillino comenzaba a producir sus maravillosos efectos.

Ovidio paseó a su alrededor una mirada de imbécil.

—¡Adelante! ¡Adelante! —gritaron varias voces.

—Sí, sí; voy ahora mismo. Pero es otra canción la que ahora vais a escuchar... —dijo con los ojos desmesuradamente abiertos, lanzando una carcajada.

—¿Pero es que se ha vuelto loco? —exclamó la tabernera.

—¡Loco yo! ¡Vosotros sí que estáis locos...! ¿Creéis que soy Pedro Lebrun? Pues estáis equivocados: soy Ovidio Soliveau. Yo no soy panadero; soy un hombre acomodado, que vive de sus rentas... es decir, de las rentas de un primo millonario, a quien todos de nombre conocéis... de mi primo Pablo Harmant.

Al escuchar estas palabras, Juana palideció intensamente. Todo el mundo se había puesto en pie y, formando corro en torno de Ovidio.

—Pablo Harmant —prosiguió aquél—. El célebre constructor de Courbevoie... Os he dicho que era mi primo... mas no existe en realidad tal parentesco. No... Ese hombre, tan honrado al parecer, ese notable personaje, es un vulgar ladrón... un incendiario... un asesino... ¡mi palabra de honor! Nos conocimos hace ya veintiún años a bordo de un vapor... del «Lord Maire»... durante nuestro viaje a Nueva York... Iba escapado de Francia: porque acababa de cometer... un racimo de crímenes... Había adoptado un nombre fantástico... el de un primo mío, llamado Pablo Harmant, recientemente muerto... Mas yo, que soy hombre listo, averigüé la verdad y desde hace veintiún años me da cuanto le pido para comprar mi silencio. ¡Oh! ¡Posee muchos millones mi primo, Pablo Harmant, cuyo verdadero nombre es

Santiago Garaud!

—¡Santiago Garaud! —repitió la panadera fuera de sí, medio loca, precipitándose sobre Ovidio y agarrándolo por un brazo—. ¿Ha dicho usted que Pablo Harmant se llama Santiago Garaud?

—Lo he dicho y lo repito —replicó el dijónés—. Santiago Garaud, el ladrón, el incendiario, el asesino. Santiago Garaud, el que mató a Julio Labroue en Alfortville hace ya veintiún años... ¡Bien ajeno estaba él en aquella época de que yo pudiese descubrir su secreto! Pero me inspiró sospechas y le administré, como a ti, Lisa Perrin, el licor canadiense, que hace hablar a todo el mundo. También hablarás tú, mal que te pese, buena pieza, lo mismo que una cotorra...

—¿Yo? —exclamó Juana creyendo volverse loca—. ¿Qué es lo que quiere decir?

—Quiere decir —replicó Mariana— que le había preparado a usted un licor endemoniado y que se lo ha bebido él mismo.

Ovidio prosiguió:

—El licor de Chuchillino te va a hacer confesar, delante de todo el mundo, que no eres Lisa Perrin... sino Juana Fortier.

—¡Cállese! ¡Cállese usted! —exclamó la infeliz, llena de espanto.

—Juana Fortier, cuya hija he tratado yo de asesinar —prosiguió Soliveau—. Juana Fortier, condenada a reclusión perpetua y evadida del presidio de Clermont.

Al escuchar estas palabras escapóse de todos los pechos un grito de terror, pintóse en todos los rostros un sentimiento de viva repulsión y el círculo formado en derredor de Juana Soliveau ensanchóse en un momento. Pero la panadera vio en las palabras de Ovidio su propia salvación.

—¡Ah, miserable! —le dijo—. ¡Tú crees perderme y me salvas! ¡Sí, amigos míos, yo soy Juana Fortier, la condenada... la evadida...! Pero había sido condenada por los crímenes cometidos por Santiago Garaud, según acabáis de oír de boca de este hombre. Si me he evadido de presidio ha sido para buscar a mis hijos: a mi hija, a quien, como a mí, ha querido asesinar, según su propia confesión, ese canalla... ¡Tengo afortunadamente numerosos testigos de tus palabras, miserable! Gracias a ti, no legaré a mis hijos un nombre deshonorado. Ya sabéis quién soy, amigos míos... Ya conocéis mi vida y mis desgracias... Juzgadme ahora vosotros. ¿Me condenáis o me absolvéis?

Todos se aproximaron a Juana y estrecharon sus manos con afecto. Los agentes de seguridad abriéronse entonces paso por entre la muchedumbre y, aproximándose a Juana, le dijo uno de ellos, poniéndole la mano sobre el hombro:

—Juana Fortier, evadida del presidio de Clermont, ¡dése usted presa, en nombre de la ley!

—¡Presa yo! —balbució anonadada la desdichada mujer.

Un murmullo de cólera levantóse en el salón.

Formaron los circunstantes un compacto grupo alrededor de Juana Fortier y empujaronla entre todos hacia la cocina, donde existía una puerta falsa, por la que

escapó presurosa la madre de Lucía. Los agentes, considerándose impotentes para luchar contra tantos, no trataron siquiera de imponer su voluntad.

Ovidio, entre tanto, se había caído de la silla y se revolcaba en el suelo, presa de convulsiones horribles.

—¡Un médico en seguida! —dijo, uno de los agentes, alarmado—. Es necesario que este hombre, antes de morir, repita ante un juez cuanto ha dicho hace un momento.

La crisis, sin embargo, cedió rápidamente y cayó Ovidio en una especie de letargo. Colocaron su cuerpo inanimado en un coche y condujéronle los agentes a la prefectura de policía.

Esteban Castel, el pintor que ya conocemos, tutor de Jorge Darier, había ido a visitar a Luciano Labroue. Sus indagaciones le habían confirmado las sospechas que tenía. Pronto poseería las pruebas.

—Espero que mañana ya esté en nuestro poder el verdadero asesino de su padre de usted.

—¿Qué me está usted diciendo? —exclamó Luciano estupefacto, al escuchar estas palabras.

—Creo estar sobre una pista y le repito que, tal vez mañana mismo, pueda decirle a usted con verdadera alegría: «Ya no existe el menor obstáculo que le impida amar a Lucía Fortier y tomarla por esposa».

—¡Ah, señor! ¡Quiera Dios que su buen deseo no le engañe...! Pero adelánteme usted algo.

—Ni una palabra, por ahora. No me pregunte usted nada, que no le responderé. Vamos a tomar un bock en el café de la Paz...

## CAPÍTULO III

**O**vidio Soliveau había sido depositado en una cama de la enfermería de la prefectura, sin que despertara de su sueño letárgico hasta las nueve de la noche. A esta hora, abrió los ojos, sentóse sobre el lecho y miró a su alrededor, descubriendo, a favor de la débil luz de gas que alumbraba el local, al vigilante que, sentado al lado de su cama, examinábalo con curiosidad.

Ovidio se pasó la mano por la frente.

—¿Dónde estoy? —preguntó casi inconscientemente, dudando si sería víctima de una horrible pesadilla.

—Está usted en la enfermería de la prefectura de policía —respondióle el vigilante.

Ovidio no recordaba nada. De repente lanzó una imprecación de rabia. Acababa de brillar la luz en su cerebro.

—¡Ya lo comprendo todo! —murmuró—. Mariana se ha equivocado y me ha administrado a mí el licor.

De improviso abrióse la puerta de la enfermería y aparecieron en ella tres guardias de seguridad y un vigilante que le condujeron ante el juez de instrucción.

—¿Cómo se llama usted?

—Pedro Lebrun.

—¡Miente usted! Usted se llama Ovidio Soliveau. Si se niega a contestar, su primo Pablo Harmant responderá por usted.

A nuevas preguntas del juez declaró la fecha de su nacimiento y los nombres de sus padres.

Aquí debe de haber una mala inteligencia —dijo después al juez—. Usted me está preguntando como si yo me encontrase bajo el peso de una grave acusación, ¿se puede saber por qué?

—Se lo diré a usted muy pronto; pero dígame primero: ¿es primo de usted Pablo Harmant?

—Sí, señor.

—¿Entonces mintió usted en el Centro de Panaderos al afirmar que su primo había muerto y que el hombre que se hacía llamar Pablo Harmant llevaba, en realidad, otro nombre muy distinto?

—Estaba embriagado.

—¿Entonces ha sido el delirio de la borrachera el que le hizo a usted acusar a Lisa Perrin, la panadera, de ser Juana Fortier, la evadida del presidio de Clermont?

—¿Quién es Juana Fortier? —replicó Soliveau, aparentando ignorancia.

—La mujer a cuya hija había usted tratado de matar hace algunas semanas.

El Dijonés tornóse lívido.

—¿Quién osa sostener eso?

—Aquéllos en cuya presencia usted mismo lo ha confesado.

—Le repito a usted que estaba ebrio.

—Ebrio de este licor —dijo el jefe de seguridad, mostrándole el frasco que le habían encontrado en un bolsillo, en el cual quedaba aún una parte del líquido canadiense—, de este licor que trataba usted de administrar a Juana Fortier, según ha declarado Mariana, y que ha ingerido usted mismo. Un licor americano cuyos locuaces efectos conoce hace muchos años el doctor Richard, un especialista a quien hemos consultado.

Ovidio bajó la cabeza, sin saber qué responder.

—¿Dónde vive usted?

—En la Avenida de Clichy, número 172.

—El verdadero Pablo Harmant murió, ¿no es cierto? —prosiguió el juez—. Y el que hoy ostenta ese nombre, ¿no se llama Santiago Garaud? ¿No fue él quien le encargó y pagó el asesinato de Lucía Fortier?

Soliveau encerróse en su mutismo.

—Que se lleven a este hombre —ordenó el juez levantándose— y que quede incomunicado. Este hombre es un criminal.

—¿Qué decide el señor juez respecto a Pablo Harmant? —preguntóle el jefe de seguridad.

—Creo que debemos esperar a tener contra él pruebas más decisivas. Este Soliveau ha hablado bajo la influencia de una terrible embriaguez y el conceder a sus acusaciones un valor de que carecen, sería partir de ligero. Practiquemos primero un escrupuloso registro en su domicilio...

—Si el señor juez lo estima conveniente, ahora mismo podemos practicarlo. Los carruajes están listos, y antes de las doce y media podemos estar en la Avenida de Clichy.

—Muy bien; partamos en seguida.

\* \* \*

Pablo Harmant dirigióse a la Avenida de Clichy, y acababan de dar las nueve cuando llamó a la puerta de Ovidio, sin obtener contestación. Por vez segunda y tercera volvió a agitar la campanilla con el mismo resultado, púsose a pasear pacientemente por delante de la casa y Esteban que le vigilaba, fue a sentarse en un café cercano, no perdiéndole de vista.

Al dar las diez volvió a llamar el millonario, sin obtener tampoco contestación alguna, y alejóse hacia la plaza de Clichy.

Esteban abandonó, el café inmediatamente. Acercóse a la casa y reconoció la tapia que rodeaba el jardín, la cual apenas tendría dos metros de altura. Miró a su alrededor y vio que la avenida se hallaba por completo solitaria. Arrojó dentro del jardín un paquete que, contenía un manojo de ganzúas, un cortafrío y un destornillador y, apoyando un pie en un guardacantón que había al lado de la puerta,



saltó sobre la tapia, dejándose caer en seguida al otro lado. Un instante después franqueaba la puerta de una habitación, donde había varios mundos, cerrados y amarrados, sobre los cuales se leía: «Estados Unidos, Buenos Aires».

—¡Si me descuido un poco, se me escapa a ultramar ese bandido! —murmuró Esteban.

Encontró sobre un mueble un candelero, cuya bujía encendió, y, pasando a otra pieza, fijáronse sus ojos en seguida en un escritorio.

—Ahí debe de estar lo que yo busco —murmuró.

Y valiéndose de una ganzúa, descerrajó el mueble en un momento, con más facilidad aún que la puerta le entrada al pabellón. Lo primero que se presentó ante su vista fue un fajo de billetes de Banco y una esportilla que contenía gran cantidad de monedas de oro.

—¡Demonio! —murmuró—. ¡Ya se ve que Pablo Harmant paga bien los servicios de su cómplice; pero no es esto lo que yo busco!

Dentro de otro cajón encontró una cartera y dos legajos de papeles. Examinó sin pérdida de tiempo la cartera, y un papel llamó en seguida su atención, por aparecer en él el timbre de la República Helvética. Recorriólo con la vista y no pudo reprimir una exclamación de triunfo. Era el acta de defunción de Pablo Harmant.

—¡El verdadero Pablo Harmant murió en Ginebra! —exclamó fuera de sí—. Este documento colmará de alegría a mi amigo Luciano.

En aquel mismo instante oyó detenerse un coche a la puerta del jardín. Esteban guardó precipitadamente los documentos citados dentro de la cartera, metióse ésta en un bolsillo y, apagando la luz, salió apresuradamente a la primera pieza, oyendo varias voces en la calle. Sintió después que trataban de hacer girar una llave dentro de la cerradura de la puerta del jardín.

\* \* \*

Los agentes de la justicia pusiéronse a registrar con ardor el pabellón de Ovidio.

—Alguien ha estado aquí antes que nosotros, aunque no para robar —dijo el jefe de seguridad al juez, mostrándole el escritorio descerrajado, en el que se destacaban ante todo el oro y los billetes—. He aquí la prueba.

—¿Y con qué objeto han venido? —replicó el magistrado.

—Con el de hacer desaparecer, sin duda, documentos importantes.

—Entonces ese infame se ha burlado de nosotros. Sin duda tenía algún cómplice en el Centro de Panaderos, el cual, al verlo prender, ha venido a llevarse los papeles que podían comprometerles.

Todos los muebles y baúles fueron abiertos y debidamente registrados, y a las tres de la mañana retiróse la justicia, después de levantar, el acta correspondiente.

## CAPÍTULO IV

**E**steban, así que llegó a su casa, se puso a recorrer a grandes pasos el taller, pensando qué iba a hacer ahora. De repente penetró en su estudio su ayuda de cámara, diciéndole:

—Señor, ahí están los mandaderos que vienen a recoger el cuadro...

—Que pasen —ordenó el artista.

Una vez aquéllos dentro mostróles el pintor la caja que contenía el cuadro destinado a Jorge.

—Es preciso que tengáis mucho cuidado, no vayáis a estropear algún cuadro.

—Descuide, señor Castel —contestó uno de los mozos.

Pero fuese por torpeza o por el excesivo peso; no bien suspendieron la caja, escapóseles de las manos, cayendo de plano sobre el suelo, aplastando materialmente el caballito de cartón que Jorge había prestado a Esteban para que lo copiase en el cuadro.

El artista recibió gran disgusto y reprendió severamente a los hombres, los cuales tomaron el cuadro por segunda vez en sus manos y salieron del taller sin nuevos contratiempos. El caballito de cartón había quedado completamente destrozado, habiendo salido de su vientre gran cantidad de estopa, trapos viejos y papeles arrugados.

—¿Qué dirá Jorge de mí? —murmuró Esteban, apartando con el pie los restos del caballo. ¡Él, que con tanto cariño conservaba este recuerdo de familia!

Al deslizarse el viejo juguete sobre el suelo, dejó tras sí los papeles que Esteban había visto; pero éste no reparó en ellos, yendo a escribir la siguiente carta para Jorge:

*»Mi querido hijo:*

*»Hoy cumples veinticinco años de edad y, como ves, no me olvido de enviarte el cuadro prometido. A las nueve estaré en tu casa, pues tengo que hacerte grandes revelaciones.*

*»Tu ex tutor, que te quiere,*

*»Esteban Castel».*

Al volver el artista fijóse nuevamente en los diversos objetos que del vientre del caballo habían salido, y tuvo la ocurrencia de ponerse a examinarlos. De repente detúvose el pintor con los ojos desmesuradamente abiertos y fijos en un pliego de papel que acababa de extender.

—¡Una carta de Santiago Garaud, escrita a Juana Fortier! ¡Si será la carta que la madre de Jorge suponía devorada por el fuego...!

Y leyó aquel documento que veintidós años atrás escribiera Santiago Garaud.

Castel examinó detenidamente la carta, y al fin exclamó:

—¡Por fin, tengo en mis manos la prueba de la inocencia de la madre de Lucía!  
¡La prueba que Juana Fortier invocaba sin cesar, creyéndola destruida por el fuego!  
¡Pobre mujer, tan cerca como la tenía! El sentido de esta carta no deja lugar a dudas.

Dirigióse rápidamente hacia la casa de Luciano Labroue.

—Vengo lleno de ansiedad, querido amigo —dijo Esteban Castel—. Tengo que comunicarle noticias importantísimas. ¡Conozco al asesino de su padre de usted!

Luciano palideció intensamente. Sus labios agitáronse, mas no pudo articular ni una frase.

—¡El nombre del asesino! —logró al fin exclamar Luciano.

—Lo sabrá usted cuando llegue la ocasión, que no se hará esperar ciertamente; por lo pronto, vamos a casa de Jorge.

## CAPÍTULO V

**L**ucía esperó inútilmente el regreso de mamá Lisón. Cuando sonaron las doce, rendida de fatiga, dejóse caer sobre el lecho, mas no pudo conciliar el sueño hasta pasadas las cuatro. A las ocho despertóse bruscamente, levantóse de la cama y corrió presurosa a llamar a la puerta de Juana; mas nadie le contestó. Entonces, encaminóse al Centro de Panaderos, por si allí tenían noticias de Juana. Pero cuando llegó a la taberna tan conocida de nuestros lectores, observó con estupor que sus puertas estaban cerradas y que las comadres de la vecindad cuchicheaban entre sí, formando animados grupos en los alrededores. Lucía preguntó a una de aquéllas acerca de lo ocurrido.

—El establecimiento ha sido cerrado por orden judicial, por haberse opuesto los panaderos, congregados en él, a que la policía detuviese a una panadera, a quien daban un banquete —contestóle la comadre.

—¿Conoce usted el nombre de esa mujer? —volvió a preguntar, temblando.

—En el barrio la conocen por el nombre de mamá Lisón. Lucía púsose lívida y sintió afluir a su corazón la sangre toda de sus venas, amenazando asfixiarla.

—¿Pero, por qué? ¿Por qué? —insistió con voz ahogada.

—Eso es lo que ignoran todos.

Medio desesperada, y desfallecida a consecuencia de las terribles emociones que acababa de experimentar, no sabía qué hacer ni adónde dirigirse para adquirir nuevas noticias. De repente pensó en Jorge Darier, a quien Juana había devuelto los documentos encontrados en la calle, y encaminóse en seguida a su domicilio para implorar su protección.

Unos instantes después, Lucía era recibida por Jorge.

—¡Ah, señor! —exclamó la infeliz, estallando en sollozos—. ¡Aconséjeme usted... protéjame usted... sálvela!

—¿De qué se trata, señorita?

—Señor —replicó Lucía—, yo tenía cerca de mí a una excelente mujer, a quien quería como a una madre. Ayer le ofrecieron un banquete sus compañeros de oficio por haber escapado milagrosamente, casi ilesa de un terrible accidente; pero en medio del festín ha tratado la policía de detenerla no habiéndolo conseguido por haberse opuesto a ello todos los comensales, que le facilitaron la fuga. A partir de este momento, nada he sabido de ella. Sin el apoyo de usted, tengo el presentimiento de que habré perdido para siempre a mi querida mamá Lisón.

Al escuchar este nombre, Jorge saltó de su asiento.

—¡Mamá Lisón! —exclamó—. ¡Lisa Perrin! ¿Se trata de aquella honrada mujer que vino desinteresadamente, a entregarme unos documentos que yo había perdido?

—Sí, señor; de ella misma.

—Usted se llama Lucía, ¿no es cierto, señorita?

—Sí, señor.

De pronto lanzó Jorge una sorda exclamación. Acababa de recordar las amenazas dirigidas en su presencia por el millonario a la panadera.

—Pablo Harmant la ha denunciado —pensó Jorge—, y la desdichada mujer, cogida en una ratonera, habrá sido detenida cuando huía.

—Y bien, señor, ¿qué dice usted?

—Tengo, que dirigir a usted un par de preguntas todavía, señorita. Esa mujer a quien llama usted mamá Lisón, ¿no le ha dicho a usted nunca quién es? ¿No le ha revelado jamás su verdadero nombre?

—Siempre me ha dicho que se llamaba Lisa Perrin.

—Le oculta a usted su verdadero nombre, señorita. Debe usted dirigir sus investigaciones hacia la prefectura de policía... sólo allí tendrá usted alguna probabilidad de obtener noticias de su amiga.

—Me asusta usted, caballero. ¿Acaso mama Lisón ha cometido realmente algún crimen?

—Lo ignoro; más sé de cierto que Lisa Perrin ha sido condenada hace veintiún años a reclusión perpetua y que se ha evadido, no ha mucho, del presidio de Clermont. Su verdadero nombre es Juana Fortier.

Lucía vaciló y lanzó un grito de dolor.

—¡Mi madre! —exclamó, retorciéndose las manos con desesperación—. ¡Ella mi madre...! Mi madre injustamente condenada, Luciano me lo ha dicho varias veces... Mi madre expiando un crimen perpetrado por otro. ¡Mi pobre madre...! ¡Y la han cogido de nuevo... la han reducido a prisión... no la verán más mis ojos...! Pero ¿no existe manera de demostrar su inocencia? Señor, usted es abogado y posee excelentes sentimientos, ¡haga usted un milagro!... ¡devuélvame a mi madre...!

En aquel momento abrióse de par en par la puerta del despacho y penetraron en él Esteban y Luciano.

—¡Mi querido tutor! —exclamó Jorge admirado.

—¡Luciano! —balbució la joven con espanto.

El hijo de Julio Labroue corrió hacia ella y, tomándola en sus brazos, estrechóla contra su corazón, murmurando a su oído estas palabras:

—¡Ten esperanza, Lucía, ten esperanza!

—Ha venido a anunciarme la desaparición de Lisa Perrin —dijo Jorge, señalando a Lucía.

—Pronto la encontraremos —dijo Esteban Castel—. No pase usted cuidado alguno.

Lucía dirigióse hacia la puerta.

—Quédese usted, señorita, se lo ruego —prosiguió el artista—. Usted debe ser testigo de lo que aquí va a ocurrir...

—¿De lo que va a ocurrir aquí? —repitió el abogado sorprendido.

—Hijo mío —dijo Esteban Castel, con voz emocionada—, hoy cumples veinticinco años y yo debo cumplir la postrera voluntad de aquel excelente varón que

veló por tu infancia y me confió tu tutela. Lee esta carta, hijo mío —añadió sacando de su cartera un sobre cuidadosamente lacrado y entregándoselo a Jorge—. Léela en voz alta y escúchela usted, Lucía.

El joven rasgó el sobre y leyó en voz alta:

*«Mi queridísimo Jorge: En el mes de septiembre de 1861, una pobre mujer que conducía de la mano un niño de corta edad, presentóse ante mí, en la rectoría de Chevry. Aquella infeliz mujer venía perseguida, acorralada, acusada del triple crimen de robo, asesinato e incendio. Llamábase Juana Fortier...*

*»Juana Fortier me juró, por la existencia de su hijo, que era inocente. Yo creí lo que ella me juró... lo sigo creyendo aún.*

*»Mas ¿qué podía yo hacer contra un cúmulo de pruebas, al parecer irrefutables? Desgraciadamente, nada. La justicia de los hombres siguió su curso natural. Juana Fortier, declarada culpable de los tres delitos que se le imputaban, fue condenada a reclusión perpetua.*

*»A pesar de las pruebas abrumadoras y a pesar de la sentencia pronunciada por el jurado, no cambió mi convicción. Para mí Juana Fortier no era culpable, sino mártir, víctima del más deplorable error judicial. Deseoso de reparar hasta donde me fuera posible la injusticia de los hombres, aconsejé a mi hermana que adoptase al hijo de Juana Fortier. Hízolo ella gustosa y dióle, por adopción, el nombre de Jorge Darier».*

Una triple exclamación lanzada al mismo tiempo por Jorge, por Luciano y por Lucía siguió a estas última palabras.

—¡Yo! —exclamó Jorge anonado—. ¡Yo hijo de Juana Fortier! ¡Entonces soy hermano de Lucía!, añadió tendiendo los brazos a joven.

—¡Hermano mío! —exclamó ésta arrojándose en ellos.

Y los dos hermanos permanecieron largo rato estrechamente abrazados derramando lágrimas abundantísimas.

—Somos los hijos de Juana Fortier, hermana mía —dijo por fin el abogado, desprendiéndose de los brazos de Lucía—. ¡Los hijos de una sentenciada! Nuestra madre es inocente, pero a lo lejos sigue siendo la mujer que asesinó al padre de Luciano para robarle su fortuna. ¡Nuestra madre es una mártir y, sin embargo, no podemos exigir su rehabilitación! ¡Esto es horrible, Dios mío!

—¡No pierdas la esperanza, amigo mío! —díjole Luciano abrazándole—. ¡Pronto serás mi hermano! ¡Traemos con nosotros las pruebas de la inocencia de vuestra madre!...

—He aquí una por lo pronto —dijo Esteban, alargando al joven abogado la carta

de Santiago Garaud—. Lee hijo mío...

Jorge devoró la carta con la vista.

—Sí, sí —dijo en seguida—. Ésta es la prueba del crimen. ¡Oh, madre mía! ¡Ha llegado para ti la hora de la justicia! Pero ¿dónde se ha encontrado esta carta que se creía destruida por el fuego?

—En el vientre del caballito de cartón que llevabas en la mano cuando tu madre presentóse contigo en la casa del cura de Chevry —respondió Esteban Castel.

—¿Y Santiago Garaud?

—Santiago Garaud vive todavía —dijo—. Ocúltase bajo un nombre usurpado que todos conocéis... se hace llamar Pablo Harmant...

—¡Pablo Harmant! —repitieron con espanto los dos hermanos a un tiempo.

—Sí, Pablo Harmant, que ha querido asesinar a Lucía. Pablo Harmant, que ha denunciado a Juana Fortier.

—¡Ah, miserable, miserable! —exclamó Jorge—. ¿Pero está usted seguro de lo que dice?

—¡Completamente seguro! El verdadero Pablo Harmant falleció hace veinticinco años en un hospital de Ginebra... Aquí tienes una copia de su acta de defunción. El Pablo Harmant de hoy día, el millonario, el célebre industrial, el ex socio de Jacobo Mortimer, no es otro que Santiago Garaud.

—¡Santiago Garaud! —repitió Jorge asombrado—. ¿Tiene usted la prueba de ello?

—Tú debes de tener seguramente en tus archivos algún documento escrito por el constructor de Courbevoie.

—Ya lo creo —dijo Jorge vivamente, sacando de un cajón de su mesa una carta recibida el día anterior de Pablo Harmant—. Aquí tiene usted su letra...

Esteban tomó la carta, contemplóla brevemente y lanzó un grito de triunfo.

—Las letras son idénticas —exclamó entusiasmado—. La duda es imposible. Ya ves que Pablo Harmant es en realidad Santiago Garaud, el asesino de Julio Labroue, padre de nuestro amigo.

—¡Y este hombre criminal —murmuró Luciano estupefacto—, quería que me casase con su hija, sabiendo quién era yo! ¡Lástima que no pueda entregarle a la justicia! Sus delitos ya han prescrito...

—¡Calle usted, hombre! —dijo violentamente Esteban—. La prescripción existe para los crímenes de Alfortville; pero el asesinato frustrado de Lucía le hace caer por completo bajo el imperio de la ley.

—Pensemos ahora en mi madre —dijo Jorge—. ¿Qué ha sido de mi madre?

—No temas, que ya la encontraremos.

—¿Y respecto a Pablo Harmant, qué piensa usted hacer?

—¿Estáis dispuestos a no hacer más que lo que yo os aconseje?

—Sí, sí... —respondieron a la vez Jorge y Luciano.

—Entonces, venid conmigo.

Nuestros cuatro personajes salieron a la calle y ocuparon dos coches, que hallaron a la puerta, no sin antes adquirir el artista un pliego de papel timbrado en el estanco de enfrente.



## CAPÍTULO VI

**L**a noche anterior hablase retirado Pablo Harmant a su domicilio a la una de la mañana sumamente contrariado e inquieto, no explicándose la informalidad de Ovidio de citarle a una hora determinada y no concurrir a la cita.

A las nueve de la mañana siguiente salió de su casa, dirigióse a la de su banquero, hizo efectiva la suma de quinientos mil francos, prometida a Soliveau, y se hizo conducir a la fábrica, donde no encontró ningún telegrama ni carta para él. Esperó inútilmente hasta después de las once y el miserable, literalmente loco de temor, regresó nuevamente a París.

Al llegar a su hotel encerróse en su despacho, dejándose llevar por sus lúgubres pensamientos.

\* \* \*

Al salir del Centro de Panaderos, Juana, medio enloquecida, echó a andar hasta llegar, sin saber como, a la explanada de los Inválidos, donde, rendida de fatiga y sin alientos, dejóse caer sobre un banco.

—¡Todo ha terminado para mí! —se decía—. Se sabe que me encuentro en París... Voy a verme precisada a ocultarme nuevamente, a huir una vez más... a alejarme de mi hija... Pero Santiago Garaud vive aún. Aquel hombre lo ha dicho. Se hace llamar Pablo Harmant. A estas horas habrá sido detenido. Hablará seguramente, hará mención de su cómplice y entonces se descubrirá que he sido condenada injustamente y me pondrán en libertad... podre vivir con mi hija... con mi adorada Lucía. Pero ¿y si Santiago Garaud, advertido a tiempo, logra escapar a la Justicia? ¿Y si ese miserable, que ha querido asesinarme hace unos días, se retracta de lo dicho? Inútil será que yo grite que bajo el nombre de Pablo Harmant se oculta Santiago Garaud... nadie daría crédito a mis palabras, porque carezco de pruebas...

Juana rompió a llorar. Al levantar la cabeza, vio que dos gendarmes la observaban desde lejos, púsose en pie y alejóse.

Caminando otra vez sin rumbo fijo, llegó al bosque de Bolonia, donde se le hizo de noche, refugiándose entre la espesura de los árboles. Rendida de cansancio y emoción, cayó desvanecida.

Cuando recobró el conocimiento empezaba a amanecer. Empezó nuevamente su peregrinación y, al llegar a la orilla del Sena y contemplar su rápida corriente, la idea del suicidio pasó por su cerebro. Mas acordóse en seguida de la hija que ya había encontrado y del hijo a quien aún conservaba la esperanza de encontrar, y pensó que con su muerte se beneficiaría tan sólo Santiago, que quedaría completamente impune, y libre para amar a su hija y darle por marido al hombre a cuyo padre asesinara; ante estas reflexiones, entró en una taberna a reponer en parte sus fuerzas.

Juana salió del establecimiento completamente transfigurada. Durante el desayuno había tomado una resolución heroica. Encaminóse hacia París y una hora después deteníase ante el hotel de Pablo Harmant y llamaba a la puerta del millonario.

Un golpe dado en la puerta sacó al industrial de las profundas reflexiones en que se hallada.

—Hay ahí fuera una mujer de cierta edad —dijo, entrando, el ayuda de cámara—, que desea ver al señor... Dice que viene de parte del señor Ovidio...

—¿Por qué no viene en persona? —preguntóse Pablo.

Introdujo el criado a la visitante y retiróse en seguida. Al reconocer el millonario a Juana, lanzó un grito de terror y, pálido, tembloroso, con los ojos extraviados, retrocedió hasta un rincón de su gabinete.

\* \* \*

—¡Ah! —dijo Juana Fortier, con voz lenta y sosegada—. ¡Su terror de usted le acusa! ¡Me confirma que es usted quien pagó a Soliveau para que me hiciera beber la poción que debía denunciarme a la Policía!

El ex contra maestre de Alfortville creyó volverse loco. Avanzando hacia Juana, exclamó:

—¡Usted, desdichada! ¡Usted aquí! ¿Qué viene usted a hacer a mi casa?

—¿No comprende usted que vengo a arrancarle la máscara que le ha ocultado? Vengo a pedir a usted estrecha cuenta de los padecimientos que he sufrido durante veintiún años, Santiago Garaud.

El millonario fingió viva sorpresa.

—¿Santiago Garaud? —repitió—. ¿Qué nombre es éste?

—El de usted.

—Todos saben que me llamo Pablo Harmant... Usted, Lisa Perrin, está loca de remate.

—No soy Lisa Perrin, yo soy Juana Fortier. ¡Demasiado lo sabe usted! Usted me ha reconocido en casa de Jorge Darier. Yo soy Juana Fortier, la víctima de sus crímenes.

—¡Cállese usted!

—No he de callarme, no. Denunciada por ti y por tu cómplice, me buscan, me persiguen. He venido aquí para que la Policía pueda detenernos juntos. Una vez preso, tendrás que confesar que eres el único autor del triple crimen de Alfortville, y que después has pagado a una mano criminal para que nos asesinara a mi hija y a mí misma.

Pablo Harmant no tuvo tiempo material de responder. Abrióse la puerta bruscamente y apareció María en el dintel de la puerta, lívida, vacilante.

—¿Qué ocurre aquí, papá?

El millonario precipitóse hacia la joven.

—Hija querida —respondió tratando de hacerla salir del gabinete—, vete... aléjate de aquí... Esta mujer está loca... insulta... desvaría... me amenaza...

—Pues llame usted, papá. Que vengan los criados y la arrojen de la casa.

María aproximóse a Juana y dirigióle estas palabras:

—¿Quién es usted, mujer?

—Pregúnteselo usted a su padre...

—¿Qué es lo que pretende usted?

—Que le prendan a él conmigo y que nos hagan justicia.

—¡Ya ves cómo está loca! —exclamó Pablo Harmant.

—¡Ya ve usted que no se atreve a llamar! —dijo Juana—. Uno de los dos tiene miedo, y no soy yo ciertamente.

—Toque el timbre, papá. ¿Qué espera usted?

El millonario permaneció inmóvil y mudo.

—Pero ¿por qué no llama usted? —insistió María.

—Ya se lo he dicho a usted, señorita; porque tiene miedo —dijo Juana lanzando una carcajada siniestra.

—Entonces llamaré yo —dijo la joven, avanzando hacia la chimenea, donde se encontraba el timbre.

—María... hija de mi alma... —balbuceó el miserable, deteniéndola con un gesto—. No llames, hija querida.

—Pero ¿por qué, papá?

—Voy a responderle por él señorita —dijo Juana Fortier—. No llama porque no quiere de ningún modo que se sepa que bajo el falso nombre de Pablo Harmant se oculta Santiago Garaud, el ladrón, incendiario y asesino.

—¡Silencio, desdichada! —balbuceó el industrial, tambaleándose.

Pero Juana prosiguió:

—Al cabo de veintiún años de impunidad y tinieblas, sabe que la luz va a brillar esplendorosa, que va a triunfar la justicia, y tiembla cobardemente...

—¡Por favor, cállese usted! ¡Tenga compasión de mi hija!

—¿La ha tenido usted acaso de mí ni de mis hijos? ¿No creen, gracias a usted, que su madre es una infame? Pues yo, a mi vez, deseo que su hija sepa hoy quién es su padre. Quiero que sepa que, después de haber entregado a mi hija al cuchillo homicida de su cómplice, ha tratado de matarla por la desesperación...

—¡Oh, cállate, cállate! —exclamó Pablo Harmant, precipitándose sobre Juana—. ¡Ten la lengua si no quieres!...

Pero María se había interpuesto en él y Juana.

—Quiero que hable esta mujer —dijo a su padre—. La violencia nada prueba. Si miente, respóndale usted.

Dominado por la mirada de su hija, dejóse caer en una butaca el millonario, completamente anonadado.

—Hace ahora veintiún años —prosiguió la evadida de Clermont cometió ese miserable el triple crimen de incendio, asesinato y robo; y agregando a tantos delitos otro aun más bochornoso, hizo creer a todo el mundo que había muerto heroicamente y dejó que me condenase la justicia en su lugar; y cubierto después de la sangre de su víctima, cuyos despojos llevóse, adoptó un nombre supuesto y se casó con su madre de usted. Hizo en América una cuantiosa fortuna y regresó después a Francia, a vivir y triunfar alegremente, mientras yo agonizaba en un presidio. Deseando ver a mis hijos, separados de mí, perdidos para mí a consecuencia del inmenso desastre de que había sido víctima, me evadí y me dediqué a buscarlos. También este miserable los buscaba y la casualidad le puso, desde luego, frente a frente del hijo de su víctima, de Luciano Labroue, con quien quería casarla a usted.

Lanzó María un gemido sordo y miró a su padre, que volvió la cabeza al lado opuesto.

—Luciano Labroue amaba a mi hija —siguió diciendo Juana— y para arrancarle de su corazón este amor tuvo su padre de usted la infame audacia de decirle: «La mujer a quien ama usted es hija de la miserable que asesinó a su padre».

—¡Eso es horrible! —exclamó María, ocultándose la cara entre las manos.

—¿Espantoso, verdad? He ahí las hazañas que ese miserable ha realizado. Ahí tiene usted explicado por qué tiembla en mi presencia; por qué no quiso hace un instante que llamase usted a sus criados. ¡Vamos, Santiago Garaud, levántate y di a tu hija que Juana Fortier no ha mentado, que eres, efectivamente, el ladrón, el asesino y el incendiario de Alfortville!

El miserable levantóse, en efecto, pero fue para precipitarse sobre Juana, en un acceso de irreflexivo furor, y agarrarla por el cuello. La evadida de Clermont lanzó un grito de angustia, y María, llena de espanto, abandonó el gabinete. Juana se defendía, tratando de gritar para que acudiesen en su socorro.

—¡Estás aquí, en mi casa! ¡Nadie ha escuchado tus palabras! ¡Nadie las escuchará! ¡Me llamo Pablo Harmant y no Santiago Garaud! ¡Nadie podrá demostrar lo contrario! Tú has venido a atacarme, a amenazarme, y yo tengo el derecho a defenderme. ¡Muere, infame!

Sus dedos se crisparon más y más alrededor del cuello de la desdichada Juana, oprimiéndolo con vigor desesperado y empujola hacia la puerta de un cuarto sin salida. Harmant abrió las manos y la madre de Lucía desplomóse sin vida, al parecer, sobre el suelo de aquella pieza estrecha y sombría. En el instante mismo en que el miserable cerraba nuevamente la puerta, sintió ruido tras él. Anhelante y tembloroso, volvió la cabeza y vio a Esteban Castel que acababa de penetrar en el despacho.

—Tal vez le moleste, querido señor Harmant. He rogado al ayuda de cámara que me anunciase para darle una sorpresa... Pero ¿qué le pasa a usted, querido señor Harmant? Está usted lívido, tembloroso... ¿Se encuentra usted indispuerto?

—Sí, amigo mío; una indisposición repentina —respondió Santiago Garaud, tratando de reponerse y preguntándose cuál sería el significado de la visita del artista

—. Pero no es nada... me siento ya mejor. ¿A qué debo el honor de verle a usted tan de mañana?...

—Vengo a hacerle a usted una consulta acerca de un negocio.

Pablo Harmant invitóle a tomar asiento.

—Perdóneme usted, querido artista, si no le he recibido como usted se merece; pero estoy enfermo. Ahora sírvase decirme en qué le puedo ser útil —díjole el millonario lanzando una mirada recelosa a la puerta del cuarto donde había caído Juana.

—Voy en seguida... ¿Ha sido usted alumno, por espacio de dos años consecutivos, de la Escuela de Artes y Oficios de Chalons? —preguntó el artista.

—Sí, sin duda.

—Después de salir de la escuela parece que viajó usted mucho...

—Mucho, en efecto. He recorrido Alemania, Bélgica, Holanda e Italia.

—¿No estuvo usted en Suiza?

—También —respondió el industrial, mirando con desconfianza a su interlocutor.

—¿Permaneció usted mucho tiempo en este último país?

—Quince o dieciséis meses...

—Tal vez pueda usted, entonces, facilitarme noticias acerca de una persona fallecida ya hace tiempo. ¿No conoció usted, en Ginebra, en los talleres donde estaba usted colocado, a un mecánico muy hábil, llamado Santiago Garaud?

Al pronunciar este nombre miró Esteban de hito en hito al millonario; pero ni sus ojos se bajaron, ni un músculo de su cara sufrió la menor contracción.

—Santiago Garaud... —repitió el padre de María con el tono más tranquilo—. Ese nombre no me es desconocido; pero no acierto a recordar dónde lo he oído pronunciar... ¡Ah! Sí... ya lo recuerdo. ¿Ese Santiago Garaud no era el contramaestre, de la fábrica de Alfortville, en cuyo incendio pereció, víctima de su abnegación? Creo que usted mismo me ha contado esta historia...

—En efecto, es ese mismo. ¿Lo ha conocido usted?

—No, señor.

—¿Está usted seguro de ello?

—Perfectamente seguro.

—Y en Nueva York, donde fue usted al abandonar Francia, ¿no oyó usted hablar nunca de ese hombre?

—¿Cómo era posible que oyese hablar de él, si estaba muerto?

—Es que precisamente hay quien supone que no ha muerto; que aquello del incendio fue una comedia hábilmente representada para alejar toda sospecha y poder disfrutar tranquilamente de los ciento noventa mil francos y el invento que robara a Julio Labroue, a quien acababa de asesinar.

—Eso es una leyenda sin fundamento alguno —respondió el industrial, sonriendo —, puesto que está demostrado plenamente que quien asesinó y robó a Julio Labroue y puso fuego a su fábrica, fue una infame mujer, justamente condenada por sus

crímenes.

—Es que esa mujer siempre protestó de su inocencia, afirmando que poseía una carta escrita por el mismo Santiago Garaud, que demostraba la culpabilidad de éste.

—De ser eso verdad, habríase apresurado a exhibirla ante sus jueces. ¡Eso es una pura fábula!

—¡Eso es una verdad, yo lo sostengo!

—¿Cómo lo sabe usted querido amigo?

—Lo sé por la mejor de las razones... La carta ha aparecido...

Santiago Garaud no pudo reprimir estremecimiento.

—Parece que la cosa le empieza a interesar... —añadió Esteban Castel.

—No demasiado; pero he de confesarle que me intriga. ¡Lo que usted me refiere es muy extraño! ¡Una carta encontrada al cabo de veintiún años, convendrá usted conmigo en que es curioso! ¿Dónde estaba esa carta?

—En el vientre de un caballejo de cartón.

El falso Pablo Harmant mordióse los labios y palideció intensamente, Decididamente sentía miedo.

—Ese caballo de cartón —prosiguió Esteban— era un juguete regalado a Jorge, el hijo de Juana Fortier, por el mismo Santiago.

—¡Esto es toda una novela!... pero una novela tan inverosímil que me va usted a permitir que no la crea.

—¡He aquí la carta! —dijo con calma el artista, sacando de su bolsillo el documento—. ¿Quiere usted que se la lea?

—Pero ¿qué tengo que ver con todo eso, querido señor Castel? —dijo el industrial con voz descompuesta, levantándose bruscamente.

—Va usted a saberlo ahora mismo —respondióle el pintor, extendiendo sobre la mesa del millonario la hoja de papel sellado.

Santiago le observaba con verdadera sorpresa.

—¿Qué es eso? —le preguntó.

—Ya lo ve usted. Papel timbrado.

—Sí, sí; pero no comprendo...

—No tardará usted en comprender; pero antes tenemos que discutir una cuestión pecuniaria. Ciento noventa mil francos colocados en una casa de comercio durante veintiún años, a interés compuesto, ¿en cuánto se convierten?

El falso Pablo Harmant no respondió.

—Hagamos cuenta redonda —dijo Esteban—. Señor —añadió dirigiéndose al industrial—, vengo a rogarle que se sirva entregarme, para a mi vez hacerlo al señor Luciano Labroue, la suma de 500 000 francos, que representan el capital y los intereses, más los intereses de estos últimos, de la suma robada por usted a su padre en 1861.

—¡Yo me llamo Pablo Harmant, caballero! —replicó el miserable, medio loco de terror—. ¿Con qué derecho viene usted a insultarme en mi propio domicilio?

—¡Usted se llama Santiago Garaud, y es usted el más abyecto de todos los criminales!

—¡Eso es una mentira odiosa, una calumnia infame!

—Vea usted aquí el acta de defunción de Pablo Harmant, fallecido en el hospital de Ginebra. Vamos, Santiago Garaud, ha llegado el momento de rendir cuentas a la persona despojada por usted. Más tarde las dará usted a la justicia. Pague usted, ante todo, quinientos mil francos...

—No tengo dinero aquí...

—Falso —observó el pintor— usted ha cobrado esta mañana en casa de su banquero la suma de quinientos mil francos que destinaba a su cómplice, Ovidio Soliveau, detenido ayer tarde.

—He aquí quinientos mil francos —dijo el industrial, resignado, sacando de un cajón cinco fajos de billetes, y alargándoselos a Esteban.

—Muy bien —respondió éste, guardándoselos en la cartera—. Ahora tome usted una pluma y prepárese a escribir lo que yo voy a dictarle. Santiago obedeció y Esteban dictó lo siguiente: «Yo, Santiago Garaud, en presencia de los señores Esteban Castel y Raúl Duchemin, me acuso...».

—Lo que usted exige de mí es una confesión escrita. Con esta confesión podría usted perder a mi familia... No escribiré de ningún modo.

En aquel preciso instante entró María en el despacho.

—¡Escriba usted, papá; yo se lo ordeno! —dijo la joven con voz que parecía de ultratumba.

Santiago dejóse caer de rodillas en el suelo.

—Hija mía, hija querida... Considera que quieren deshonorarnos...

Pero María permaneció impasible, con la mano apoyada sobre la mesa, y el millonario, sin fuerzas para resistir, obedeció a su hija, escribiendo lo siguiente, que le fue dictando el artista:

*«Me acuso de haber escrito a Juana Fortier, el 7 de septiembre de 1861, la carta firmada con mi nombre que va unida.*

*»Me acuso de haber robado el mismo día una suma superior a ciento noventa mil francos al señor Julio Labroue, el industrial de Alfortville».*

Santiago detúvose de nuevo.

—No... no... —exclamó, queriendo rebelarse.

—Escriba usted, papá, si no quiere usted que tome yo la pluma y escriba en su lugar.

El miserable continuó la tarea comenzada. Esteban Castel siguió dictando:

*«Me acuso de haber robado, no solamente el dinero, sino los planos también de Julio Labroue, mi principal, de haber incendiado su fábrica y de haberle asesinado.*

*»Me acuso de haber querido hacer asesinar a Lucía Fortier por un cómplice a sueldo mío, llamado Ovidio Soliveau, y de haber pagado a este mismo personaje para que intoxicara a Juana Fortier, a quien yo había reconocido bajo el nombre de Lisa Perrin, la panadera».*

De repente abrióse la puerta del cuarto que nuestros lectores ya conocen y presentóse Juana lívida, con el cuello cubierto de manchas rojizas.

—¡Que se acuse también —dijo con tono solemne— de haberme querido estrangular con sus propias manos hace contados instantes!

Al ver aparecer a Juana, Esteban lanzó un grito de sorpresa y María otro de espanto. Santiago parecía petrificado. Gruesas gotas de copioso sudor frío mojaban sus cabellos y su rostro. María tomóle la mano y volvió colocársela sobre el papel.

—¡Escriba usted, papa! —ordenóle nuevamente.

Santiago trazó otros dos renglones.

—Ahora, firme usted.

El miserable firmó. María tomó pliego de papel y presentóselo a Juana, que lo recibió en sus manos.

—He aquí su rehabilitación, señora —le dijo con voz grave. Y volviéndose a su padre, añadió:

—Que Dios le perdone a usted. En cuanto a mí, mis horas están contadas, por fortuna.

Y dichas estas palabras, alejóse con paso vacilante. Transcurrió un minuto terrible en el que se escuchó distintamente la respiración anhelante de Santiago, que permanecía anonadado, con los codos apoyados sobre la mesa y la cabeza oculta entre sus manos. De repente resonaron en salón contiguo al gabinete pasos de varias personas, y Lucía, Jorge Darier y Luciano Labroue hicieron su entrada en el despacho del millonario, en unión del juez de instrucción, del jefe de seguridad y de varios agentes que conducían a Ovidio Soliveau.

—¡Madre mía!... ¡Madre querida!... —exclamó Lucía, arrojándose enloquecida en los brazos de Juana Fortier, que la estrechó contra su pecho fuertemente, balbuceando entre sollozos:

—¡En nombre de la Ley, Santiago Garaud, dése usted preso! —dijo con solemnidad el jefe de policía, poniéndole una mano en el hombro al ex contramaestre de Alfortville.

—¡Maldita la gracia que esto tiene!, —¿eh, querido pariente?— dijo con tono zumbón Ovidio Soliveau—. ¡Pero qué le hemos de hacer!

—Juana Fortier —dijo el juez—. Estoy autorizado por el procurador de la



República para dejarla a usted en libertad provisional... libertad que bien pronto será definitiva. Hágame el favor del pliego que acaba de entregarle la hija de este miserable. Y usted, señor Castel, deme el acta de defunción de Pablo Harmant y la carta escrita por Santiago Garaud a Juana Fortier en 1861. Su rehabilitación no se hará esperar, señora —añadió el magistrado dirigiéndose a la panadera.

—¡Gracias, señor, mil gracias! ¡He padecido tanto!

—Y he aquí el abogado que defenderá su causa —dijo Esteban Castel aproximando a Jorge a la desdichada mujer—, no sólo con todo su talento, sino con todo su corazón.

Juana contempló a Jorge con ojos en que brillaba la alegría y la gratitud e iba a tenderle la mano, cuando oyó decir a Lucía:

—Sí, hermano mío, tú la defenderás y en lo sucesivo seremos dos a quererla.

—¡Tu hermano! ¡Hijo de mi alma! —balbuceó Juana, estrechando con su corazón a Jorge que acababa de precipitarse en sus brazos.

Pero eran demasiadas alegrías, después de tan grandes angustias y dolores, para la pobre mujer, que se hubiera desplomado, perdido el conocimiento, si su hijo no la hubiese sostenido. Cuando recuperó su lucidez, Luciano, arrodillado a su lado, le prodigaba también el dulce nombre de madre.

Media hora después, cuando los agentes se llevaron a Santiago y su cómplice, se encontraron a María muerta tendida en su lecho. Su mano oprimía todavía contra sus labios un pañuelo ensangrentado por la crisis suprema. Antes de echarse en lecho para no levantare más, había escrito esta carta:

*«Para Lucía Fortier:*

*»Perdóneme usted, Lucía, el mal tan grande que le he hecho. No es esa mi manera de ser, pero... ¡le amaba tanto! No me guarde usted rencor y ruegue a Dios por mi alma. Está usted bien vengada...*

*»María».*

Tres meses después de este terrible día, Santiago Garaud y Ovidio Soliveau eran condenados a perpetuidad a trabajos forzados. La sentencia no pudo cumplirse, sin embargo, en la persona del primero; porque aquel miserable, en cuyo corazón no anidaba más que un solo sentimiento humano, el amor paternal, no pudo sobrevivir a la muerte de su hija y puso fin a su existencia ahorcándose en su calabozo.

Transcurrió cerca de un año antes de que fuese decretada, la rehabilitación de Juana Fortier; pero el día siguiente al de la publicación del acuerdo, celebró Luciano Labroue sus bodas con Lucía y entraron en posesión de la fábrica construida sobre los terrenos de Alfortville en los que se alzara un día la de su padre. Los jóvenes esposos se adoran y son tan felices como es posible serlo en este suelo. Juana Fortier, la panadera, rica, porque sus hijos lo son, es actualmente la mujer más dichosa de la creación.

—Mucho he sufrido en esta vida —suele decir con frecuencia—; pero hoy día, para mí, la tierra es un paraíso. ¡Bendito sea el Señor!

Jorge Fortier está en vías de alcanzar un alto puesto entre los más célebres abogados. No tardará en ser diputado, y ¡quién sabe si tal vez llegará con el tiempo a ser ministro!

¡No cabe duda de que hay justicia en el Cielo!

Fin de *La portera de la fábrica*



XAVIER HENRI AUMON PERRIN, conde de Montepin, nacido en Apremont (Alto Saona) el 18 de marzo 1823 y muerto en París el 30 de abril de 1902, fue un popular novelista francés.

Autor de folletines y de dramas populares, se hizo popular con los folletines. Es el autor de uno de los más vendidos del siglo XIX, *La Porteuse de pain*, publicado de 1884 a 1889, que fue adaptado sucesivamente al teatro, al cine y a la televisión.

*Le Médecin des pauvres*, publicado de enero a mayo de 1861 en el periódico ilustrado *Les Veillées parisiennes*, fue un plagio de una novela histórica de Louis Jousserandot, un abogado republicano. Jousserandot y Montepin se enfrentaron en un proceso que tuvo lugar en enero de 1863, en el que ambos fueron condenados a las costas.

*Les Filles de plâtre*, publicado en 1855, fue también un escándalo y le valió a Montepin una condena a tres meses de encarcelamiento y 500 francos de multa en 1856.